



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
MAGÍSTER EN FILOSOFÍA

DEMOCRACIA PARA EL SIGLO XXI:

De la democracia radical de Chantal Mouffe a una democracia popular

por

CONSUELO DE LA TORRE DEL POZO

Memoria para optar al grado de Magíster en Filosofía

Profesor guía:

Carlos Ruiz Schneider

Santiago, Chile

Abril 2020

@2019, Consuelo de la Torre del Pozo

TABLA DE CONTENIDOS

RESUMEN	3
<i>ABSTRACT</i>	4
INTRODUCCIÓN	5
Democracia radical en tiempos de posdemocracia	5
Radicalización democrática, estrategia populista y reformismo radical.....	14
¿Democracia radical o democracia popular?.....	15
1. DEMOCRACIA LIBERAL Y POLÍTICA RADICAL.....	19
1.1. La paradoja democrática.....	19
1.2. Antagonismo y dislocación.....	32
1.3. La ‘ciudadanía radical’	45
1.4. Hacia un mundo plurihegemónico.....	49
2. EL POPULISMO DESBORDADO	57
2.1. La construcción hegemónica del pueblo.....	57
2.2. El marco discursivo-psicoanalítico	64
2.3. Política y afectos.....	70
2.4. Los afectos en la práctica	85
2.5. Sobre las fuentes <i>productivas</i> del poder popular	88
2.5.1. ¿En el nombre del liberalismo idóneo o del anticapitalismo incompetente? ..	88
2.5.2. ¡No más recios líderes populistas!.....	95

3. ¿“REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA” O REFORMA RADICAL? LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN EL SIGLO XXI	99
3.1. Liberalismo político y posdemocracia	99
3.2. Una reconstrucción posdiscursiva de la práctica	109
3.3. Institucionalidad y reformismo radical	117
3.4. Representación, transferencia y participación	122
CONCLUSIONES.....	130
Poder popular	130
Liberación real.....	139
BIBLIOGRAFÍA.....	143

RESUMEN

En esta tesis lo que propongo es una reconstrucción crítica del proyecto de democracia radical de Chantal Mouffe como pauta directriz para pensar un proyecto de democracia sustantiva, basada en los ideales de igualdad y soberanía popular. Para ello, organizo los capítulos de esta investigación en torno al análisis de los alcances y límites teóricos y políticos de los tres ejes que identifico como centrales a su obra: programático, referido a su defensa general de la democracia radical; estratégico, referido a su propuesta de construcción hegemónica del pueblo (populismo), e institucional, referido a los procesos reformistas implicados en ese proyecto, de una reconstitución hegemónica radical de la democracia. Lo que demuestro, entonces, es que este programa contiene una especificación normativa paradójica, tal que, sumada al marco discursivo en que la teoría se apoya, reduce la complejidad práctica de la realidad humana a la lógica política del discurso hegemónico de la democracia liberal. En términos políticos, esto significa que la reforma radical de la democracia que Mouffe avanza queda, en definitiva, limitada a una reanimación de la democracia liberal sobre una base estratégica coja. Una implicancia central de la reducción mencionada, es que el análisis de Mouffe no puede adecuadamente captar la realidad de la coyuntura actual que califica como ‘posdemocrática’ y, en consecuencia, actualizar los requerimientos que la estrategia contrahegemónica, de reinstitución radical de la democracia, efectivamente demanda.

Mi propuesta, entonces, consiste en una reconstrucción posdiscursiva de la práctica. La que, unida a una reivindicación de la democracia que desarma la especificación normativa paradójica denunciada, arroja una visión muy distinta de la política democrática radical. Permite pensar una praxis democrática más amplia, inclusiva, compleja, productiva y dinámica, que no puede limitarse a los mecanismos de representación hegemónica, sino que debe ser capaz de estratégicamente integrar las diversas y no siempre claras expresiones sociales de resistencia, denuncia y descontento a través de formas combinadas (i. e., representativas, “transferenciales” y participativas) de aseguración del *poder popular*. Tales son las bases del modelo de democracia popular que intento aquí perfilar.

ABSTRACT

In this thesis, I propose a critical reconstruction of the project of radical democracy developed by Chantal Mouffe as a guideline to think of a project of substantive democracy, based on the ideals of equality and popular sovereignty. To achieve this, I organize the chapters of this research around an analysis of the scope and boundaries of the three theoretical and political axes that I identify as pivotal to her work: Programmatic, referring to her general defense of radical democracy; strategic, referring to her proposal of hegemonic construction of the people (populism), and institutional, referring to the reformist processes entailed by that project, of a radical hegemonic reconstitution of democracy. What I demonstrate, then, is that the program contains a paradoxical normative specification such that, added to the discursive framework in which this theory stands, reduces the practical complexity of human reality to the political logic of the hegemonic discourse of liberal democracy. In political terms, this means that the radical reform of democracy that Mouffe puts forward is thus limited to a revival of liberal democracy on a lame strategy. A main implication of the aforesaid reduction, is that Mouffe's analysis cannot adequately grasp the actual implications of the current conjuncture that she describes as 'post-democracy', and accordingly update the requirements that the counter-hegemonic strategy, of radically reinstituting democracy, effectively demands.

My proposal, then consists in a post-discursive reconstruction of practice. This, in conjunction with a revindication of democracy that disarms the normative specification I denounce, casts a very different vision of radical democratic politics. It allows to think of a wide, inclusive, complex, productive and dynamic democratic praxis that cannot be confined to the mechanisms of hegemonic representation, but that must be able to strategically integrate the diverse and not always clear social expressions of resistance, denouncement and discontent, through combined forms (representative, "transferential" and participatory) of securing popular power. These are the bases of the model of popular democracy I attempt to outline here.

INTRODUCCIÓN

Democracia radical en tiempos de posdemocracia

Han pasado exactamente treinta y cinco años desde la publicación del influyente proyecto de democracia radical lanzado por Chantal Mouffe en coautoría con Ernesto Laclau en el texto que podemos calificar de canónico del ‘posmodernismo político’¹. La propuesta, que subtitula la obra, corresponde al desarrollo del cuarto y último capítulo del libro, titulado “Hegemonía y radicalización de la democracia”, que Laclau ha luego expresamente atribuido a su colaboradora: “*The formulation of politics in terms of radical democracy, which appears in the last part of the book, is basically her contribution*”². A las justificación, expansión y actualización de esa contribución, Mouffe, por su parte, dedica todas sus elaboraciones teóricas, como su correlativa praxis política, en las tres décadas y media transcurridas desde entonces.

Las condiciones del mundo liberal, en tanto, experimentan considerables transformaciones. El diagnóstico de progresivo menoscabo de los valores democráticos de igualdad y soberanía popular y las crisis crecientes, cumulativas y prolongadas de la hegemonía neoliberal reinante, que la filósofa registra muy sucintamente en su último libro³, han puesto directamente en cuestión los alcances de la democratización proyectada. No en balde, Mouffe advierte que esta situación de inminente “posdemocracia” significa que ya no es posible avanzar en la radicalización de la democracia sin primeramente recobrarla⁴. Pero el libro también pregona que las tensiones condensadas a contar de la crisis financiera

¹ Cf. Laclau, 1985, justificaré esta calificación en lo subsiguiente.

² Laclau, 1990a, p. 180.

³ Cf. Mouffe, 2018.

⁴ “*During the years of neoliberal hegemony, many of the social-democratic advances [in Europe] have been dismantled. (...) At the time of the crisis of the postwar consensus (...) Many democratic values that were central elements of the social-democratic common sense were still in force and it was possible to envisage the project of the left in terms of their radicalization. Obviously this is no longer the case (...). Nowadays, before being able to radicalize democracy, it is first necessary to recover it*” (ibid., pp. 36-37).

de 2008 y que seguidamente, ya en el 2011, comienzan a exponer los agrietamientos extensivos del modelo⁵ (asimismo, exacerbados por la tecnificación de la política, los flujos de inmigrantes y refugiados y la degeneración acelerada del medioambiente) propician lo que la teórica belga consigna en términos de un “momento populista”: la emergencia, a raíz de esas brechas, de una multiplicidad de expresiones de resistencia, denuncia y protesta frente a los choques adversos del sistema:

We can speak of a ‘populist moment’ when, under the pressure of political or socioeconomic transformations, the dominant hegemony is being destabilized by the multiplication of unsatisfied demands. In such situations, the existing institutions fail to secure the allegiance of the people as they attempt to defend the existing order. (...). This, I contend, is precisely what characterizes our present conjuncture (...). This populist moment signals the crisis of the neoliberal hegemonic formation that was progressively implemented in Western Europe through the 1980s. (...)

This model (...) did not face any significant challenge until the financial crisis of 2008, when it began to seriously show its limits. (...) [leading to] a period of crisis during which several tenets of the consensus established around a hegemonic project are challenged. (...). The ‘populist moment’, therefore, is the expression of a variety of resistances to the political and economic transformations seen during the years of neoliberal hegemony. These transformations have led to a situation that we could call ‘post-democracy’ (...).⁶

Es en esta coyuntura, por tanto, que Mouffe emplaza la oportunidad estratégica para ejecutar una unificación popular verdaderamente transversal de esas demandas, en torno a la reivindicación de los ideales de una tradición democrática que, aunque intensivamente degradada, perviviría aún en, y conservaría la capacidad para connotar, el imaginario común de las personas. No obstante, al inspeccionarse más detenidamente, la idea, en mi lectura, revela importantes deficiencias que atraviesan los diversos frentes de análisis con los que entronca y por los que se explaya.

En primer lugar, la diferenciación entre el proceso de recuperación de la democracia y la radicalización anunciada carece de una base programática clara. Ambas dinámicas deben remitirse a la estrategia populista mencionada, movilizadas en el nombre de una democracia que se divisa sustancialmente en falta y se pretende reponer. Pero ¿cómo debe comprenderse

⁵ *Ibid.*, p. 19.

⁶ *Ibid.*, pp. 11-13.

y conducirse este itinerario en dos etapas? Los límites del planteamiento de Mouffe están dados por la reflexión de que:

Con la victoria de la hegemonía neoliberal ese sentido común social demócrata [“que daba por sentado los derechos sociales y el valor de la igualdad”] ha sido destruido (...). Del otro lado, con las políticas de privatización (...) la mayor parte de las instituciones del Estado de bienestar han sido desmanteladas. Es un poco irónico, pero hoy en día tenemos que defender las instituciones de la social-democracia que antes criticábamos por no ser suficientemente radicales. Nunca nos hubiéramos imaginado que (...) podrían ser retractadas... En el año 1985 nosotros decíamos “hay que radicalizar la democracia”, ahora nos toca primero recuperar la democracia para poder radicalizarla; la tarea es mucho más difícil. Ha habido un claro retroceso. (...) estoy pensando fundamentalmente a partir de Inglaterra y Francia (...).⁷

¿Acaso debemos extraer, entonces, que la agenda de radicalización hoy está obligada a depender de un momento que es esencialmente conservador, y que el significante democrático radical puede legítimamente convocar, como su requisito previo indispensable, esa renovación? ¿Que el proyecto de democracia radical sigue estando, aun ahora, basado en la radicalización de “los aspectos positivos”⁸ del imaginario y las instituciones socialdemócratas de las “democracias capitalistas” (los Estados de bienestar con respecto a los casos ejemplares de Inglaterra y Francia, cuyos ejes pueden, con mayor o menor justicia, extenderse también a las otras) hoy profundamente horadadas? Este es, o era hasta hace poco, ciertamente el panorama.

El reciente giro en las priorizaciones políticas de Mouffe hacia el ecologismo parece resueltamente partir con esa inconducente nostalgia. Pero este tránsito no ha incluido ninguna especificación con respecto al desdoble estratégico de recuperación-radicalización en que su posición todavía descansa. El punto persiste invariablemente el mismo: la distinción no contribuye en modo alguno a dilucidar la problemática central, acerca de ¿cómo la propia democracia degradada, en la práctica y el sentido común que la acompaña

⁷ Errejón, 2015, p. 18.

⁸ Mouffe, en efecto, afina así esta posición en su reflexión de que: “*Many things have changed, and one cannot simply go back to traditional social democracy. (...) let’s not forget the shortcomings of social democracy, and the fact that many of those shortcomings laid the bases for the success of neo-liberal parties. (...) What is at stake is a new vision which retrieves the positive aspects of social democracy in the field of social rights but goes much further in several crucial areas, integrating economic questions with social, environmental and political ones*” (Mouffe, 2013a, pp. 60-61).

(ya sea en la versión socialdemócrata o en su sentido “popular” general, como lo abreviaré gráficamente en adelante⁹), puede de igual modo desempeñar el rol simbólico esencial de unificar en un bloque popular transversal la ofensiva radical contra la hegemonía neoliberal posdemocrática, que la socava?

En segundo lugar, esa promesa descansa sobre un análisis inadecuado de los efectos de la hegemonía impugnada, que se devela, a su vez, enraizado en una comprensión equívoca de las propias lógicas sociales. La recapitulación de estas falencias, sin embargo, demanda primero que todo determinar aquello que denota en este contexto el concepto de *lógica*. A saber: las “reglas de la gramática” especial que gobierna cada esfera de la actividad humana (‘lógicas regionales’), según se derivan de los tipos de relaciones entre objetos que actualizan ese sistema. Pero donde, a su vez, la propia ‘gramática’ refiere a un horizonte lógico universal irreductible a esas sistematizaciones regionales (refiere a una ‘lógica general’). El horizonte, esto es, de lo ‘hegemónico’, con sus dos movimientos principales: diferencia y equivalencia¹⁰. De manera que se tiene, en consecuencia, un colapso entre la ‘gramática’ y la ‘hegemonía’, es decir, como cabe ya traducirlas, entre la estructura

⁹ I. e., basado en los valores de igualdad y soberanía popular antes señalados, comillas incluidas.

¹⁰ “(...) *by logic I do not mean formal logic, not even dialectical (...). By logic I understand something close to its meaning when we speak, for instance, of the logic of kinship, the logic of the market, juridic logic, etc. It means that there is a special grammar governing each sphere of human activity: it determines the objects which it is possible to constitute within that sphere, the relations which are possible between those objects, etc.*” (Laclau, 1999, p. 17). A lo que sumo, entonces, la especificación de esta noción de ‘determinación’ que Laclau luego redefine: “*By ‘logic’ (...) I understand the type of relations between entities that makes possible the actual operation of that system of rules*” (Laclau 2004, p. 305). “*These are regional logics (...). If we speak about the operation of the unconscious, we are no longer speaking about a regional logic but about something universally present, which systematically distorts the workings of the symbolic order. The crucial point is that this distortion is not a random phenomenon but an orderly drifting away: it has itself its own logic. (...). To the same order of generality belongs the logic that I call ‘hegemonic’. Its two main movements I have called ‘difference’ and ‘equivalence’ (these are, of course, only basic distinctions whose subdivisions would embrace the whole field of the political tropoi). This generalisation to the whole of society of the movements governing the political field shows that they are not regional movements but, on the contrary, pervade the ensemble of social (symbolic)relations —as far as the latter are unable to fully suture themselves, to symbolise within their differential systems a real always exceeding them*” (Laclau, 1999, pp. 17-18).

Como mostraré en su momento, esta renegociación teórica del registro psicoanalítico como horizonte trascendental de la ontología social es una ambición de Laclau que Mouffe yuxtapone de una manera analíticamente marginal y, en general, sustituible en su obra. Por lo demás y como intentaré demostrar, así como en el caso de la lógica social, también va a quedar últimamente sujeto al colapso de la propia lógica política (hegemónica) y la estructura formal (relacional-diferencial) omnimoda del discurso, que arrojan los supuestos básicos de este marco teórico.

discursiva y la lógica política. Siguiéndose la resultante sumamente incómoda de que todos los campos regionales de lo social quedan últimamente sumidos en esta lógica omnímoda del modelo político-discursivo enunciado; de aquí su ristra de denominaciones como ‘totalidades discursivas’, ‘formaciones hegemónicas’, ‘estructuras socio-simbólicas’ y otras similares. Así como, a la inversa: la implicancia de que ni lo político ni lo discursivo suponen aquí categorías regionales, sino ontológicas, podría aducirse, formales, apuntando a una estructura o sistema trascendental del que todas las reconfiguraciones sociales y subjetivas toman prácticamente su forma.

Sobre la categoría central de hegemonía también se hace preciso, por lo tanto, agregar una breve puntualización inicial antes de proseguir con la crítica. La noción, en su presente empleo, recoge una especie de culminación de la evolución crítica de este concepto de acuerdo con su previo avatar en el pensamiento teórico político de Antonio Gramsci, en un curso genealógico que se prefigura a raíz de los primeros y limitados desencajes que experimenta y se ve llamado a cubrir el paradigma marxista en la socialdemocracia rusa¹¹, hasta el desbarajuste total del antiesencialismo posmoderno. Se engrana, por lo tanto, en un contexto histórico y filosófico específico, que tras la publicación de *Hegemonía* merece a sus autores el atinado apelativo de *posmarxistas*¹².

Pues bien, el contexto histórico está dado por una transformación *post*-Segunda Guerra Mundial de las relaciones sociales bajo la reconfiguración del capitalismo “avanzado”, y la emergencia de los “nuevos movimientos sociales” como los agentes políticos que reclaman las banderas de las luchas por la igualdad en este escenario¹³. El contexto filosófico asiste a los dos grandes desarrollos teóricos que a partir de una redefinición de lo social y recuperación coligada del sujeto, emprenden un cambio de paradigma volviéndose contra los supuestos esencialistas de sus predecesores. La concepción gramsciana de la hegemonía, que introduce la idea del ‘bloque histórico’, unificado a partir de la composición política de la ‘voluntad colectiva’, contra la perspectiva marxista del denominado ‘determinismo

¹¹ Con Plejánov y Axelrod: *cf.* Laclau, 1985, pp. 31-75.

¹² *Cf. infra*, nota 63.

¹³ *Cf.* Laclau 1985, pp. 202-216.

económico'. Y la crítica posestructuralista, con su relativización de los efectos estructurales de los sistemas que analiza (lingüístico, histórico, psicoanalítico), extrapolada, por cierto, también a los propios sujetos. El posmarxismo es este 'posmodernismo político' que, frente al diagnóstico de desestructuración y atomización de la sociedad bajo las lógicas mercantilistas (liberales económicas) de la democracia capitalista, y correlativa fragmentación, particularización y dispersión de los agentes sociales y sus intereses, concreta el giro constructivista preludiado en la propuesta política de Gramsci: si la sociedad y los agentes políticos carecen de cualquier esencia última determinante, el objetivo de la política emancipatoria debe ser reconstruir su configuración hegemónica, en forma mantenida. Aquí es donde entran en juego las lógicas *equivalenciales* (o asociativas) de síntesis de los *diferentes* intereses reivindicados por los "nuevos movimientos" en el 'pueblo', como estrategia de construcción (contra)hegemónica de la "sociedad" que Mouffe y Laclau desarrollan. Una construcción que debe siempre renovarse, en la medida que, descartada la posibilidad de una fundamentación definitiva, su constitución es siempre necesariamente frágil, contingente e inestable. Como recién advertía, sin embargo, esta lógica acaba en última instancia paradójicamente emplazando las determinaciones esencialistas del marxismo y el estructuralismo por una ontología político-discursiva, formal, omnimoda... Pero de ello hablaré más adelante.

En cualquier caso, y ahora sí con respecto a las dificultades que nos conciernen: el punto es que no sólo las consecuencias de la reinscripción neoliberal posdemocrática de la "democracia" serían mucho más ubicuas, complejas y totalizantes de lo que la ontología discursiva de lo social en que Mouffe se apoya le permite computarlas. Sino que las propias formas de resistencia que los puntos críticos del neoliberalismo propician no pueden tampoco reducirse a esa rígida matriz lógica: diferencial-equivalencial. En otras palabras: tanto la sociedad capitalista neoliberal como los procesos mismos de reidentificación social de los agentes se desmarcan del diseño político-discursivo formalista de la 'formación hegemónica'. Más generalmente: (a) los procesos reales de una formación política hegemónica exceden al marco teórico discursivo bajo el que Mouffe los estructura, y por eso (b) también las resistencias que se generan en sus intersticios no pueden reducirse

omnínimamente a ese orden. El neoliberalismo no puede aprehenderse *completamente* a partir de este modelo, ni los procesos sociopolíticos que se desencadenan al interior del mismo capturarse completamente en función de su significación hegemónica.

Lo que me interesará demostrar es que hay también una dimensión productiva-afectiva constitutiva del neoliberalismo y las identificaciones políticas y sociales, de las propias prácticas hegemónicas, que no puede últimamente asimilarse a lo discursivo. Antes aún: que el ámbito mismo de la práctica (y no sólo, desde luego, política, sino, p. ej., científica, económica, psicoanalítica, médica, jurídica, artística, y todo el abundantísimo etcétera de las demarcaciones o campos regionales discernibles) resulta materialmente irreductible a la ontología establecida (sus regiones, a meras ‘formaciones hegemónicas’, que se recortan de la estructura diferencial-equivalencial de esa estructura de primer orden). La realidad que el componente *productivo-afectivo* pone de relieve.

De cualquier modo, lo importante, para la sinopsis pertinente, es que Mouffe cuenta con una aproximación insuficiente de la hegemonía neoliberal reinante y las formas de protesta y reivindicación emergentes, y que la reconstrucción filosófica exigida por la crítica del carácter inflado y formalista de la “ontologización” discursiva de la práctica en que dicho análisis descansa, demanda una hoja de ruta decididamente más compleja que la ofrecida. Capaz de recuperar la materialidad irreductible (no discursiva) de los afectos desde la perspectiva de las implicancias políticas que estos presentan. Más específicamente: de integrar el potencial radical de los descontentos y demandas o *luchas* sociales concretos, y discernir adecuadamente la especificidad práctica de las lógicas económicas (en tanto que indisociablemente también, por cierto, político-económicas o, en un sentido aún más general y complejo, socioeconómicas) contemporáneas.

En tercer lugar, la inscripción liberal de la democracia radical proyectada le impone una delimitación normativa que conlleva la paradoja de problemáticamente coartar sus pretensiones radicales, contrahegemónicas. Lo que esto quiere decir es que, a la vez que Mouffe se propone revitalizar y reformar de manera radical a la democracia sobre la base de una reivindicación de sus pilares ético-políticos ideales de igualdad y soberanía popular,

lo que hace es recetarle una forma específica; a la propia definición diferencial de la democracia, una diferencia ulterior, necesaria. El liberalismo no es una predicación contingente, entre otras que pudieran también combinarse, de la democracia radical visualizada. Asume el papel de un predicado *primordial e inapelable* con respecto a la radicalización que Mouffe tiene en mente (‘agonista’), aplicada a las inminentemente acentuadas posdemocracias occidentales contemporáneas¹⁴. Esto significa que cualquier otra interpretación ético-política de los principios democráticos y reconfiguración posible de sus instituciones sólo puede componer una predicación secundaria y subordinada a los adoquines axiomáticos del liberalismo político defendido: libertad individual, pluralismo, estado de derecho, división de poderes, representación parlamentaria, multipartidismo, sistema electoral, sufragio universal, etc. Por eso, lo normativo no constituye aquí de ningún modo “simplemente un aspecto más de un sistema de ordenamiento social”¹⁵: es el prerequisite de entrada del ordenamiento social dispuesto. De toda y cualquier política que se pretenda a sí misma como legítimamente democrática. La radicalización, en otras palabras, tiene un límite político-normativo *especialmente* definido.

Dos puntualizaciones al respecto: la democracia liberal no es sólo un sistema político legítimo cuya radicalización Mouffe impulsa, es la condición cuasitrascendental de la política que defiende. Las combinaciones que permite con otras corrientes (p. ej., de democracia participativa, directa, socialista, ecologista, etc.) no pueden aspirar más que al perfeccionamiento de su concreción práctica; nunca a una reestructuración radical,

¹⁴ En la última sección de su libro de 2007, titulada de manera prácticamente homónima a la presente, “*Democracy in Post-Democratic Times*”, Stavrakakis aborda su defensa textual de que “*democracy can still function as the mobilising force, the common denominator, for a politics of alternatives, to the extent that existing Western regimes are re-evaluated and recognised by political theory and analysis as the ‘postdemocracies’ they are increasingly becoming*” (Stavrakakis, 2007, p. 258). Sin embargo, reduce esa “política de alternativas” precisamente a las combinaciones o “*blends of liberalism and democracy*” (*ibid.*, p. 257) propiciadas por el proyecto que Mouffe pone adelante, y deja sin abordar la relación –que ello plantea– entre la democracia como común denominador de la política radical, y la teorización y análisis adecuados de la posdemocracia. Con esto, el autor griego-británico pasa completamente por alto las tres insuficiencias que detecto en dicho proyecto, acerca de: cómo es que, previstas las circunstancias en cuestión, la democracia puede aún funcionar como el común denominador de la lucha radical; la cuestión de en qué consiste y cómo puede llevarse a cabo su movilización estratégica, y el modo en que su encarnación liberal coarta las alternativas radicales de lucha democrática.

¹⁵ Villalobos, 2002, p. 115.

transformadora. Lo segundo, es que la intención de esta crítica no es denigrar los valores e instituciones políticas del liberalismo de los que al menos *en parte* es indudable que dependemos, requerimos y no podemos simplemente desentendernos (el orden constitucional de derecho, el sistema representativo, el pluralismo político, etc.); sino, el estatus paradójicamente primordial e inapelable con que, desde el punto de vista del marco normativamente amplio (de la atingente defensa radical) de la lógica democrática –el punto de vista democrático radical en que esta investigación críticamente se enmarca¹⁶– delimitan el espacio de lo políticamente factible y disputable.

Estos tres frentes, reorganizados en función de los que en mi interpretación cercan los tres ejes axiales del proyecto democrático radical perfilado, a saber, programático (general), estratégico e institucional, compendian los tres capítulos centrales de lo presente. Lo que me interesará, a través de ellos, es ahondar en las deficiencias respectivas, y de tal manera acotadas a esta parcelación tripartita del programa político investigado, con el propósito general de impulsar una reinterpretación crítica y reconstructiva de los límites y alcances de ese marco. Mi objetivo consistirá por lo tanto en procurar críticamente, de esa manera, repensar la propuesta de democracia radical de la filósofa política belga con vistas a una *reconstrucción* teórica que propone revisar y políticamente revalorar el *potencial radical* contenido en su aporte. Su potencial, esto es, para hacer frente a la erosión que la hegemonía neoliberal deliberadamente impacta en las democracias liberales contemporáneas.

Esta pretensión responde, de modo más general, al anhelo de aportar a la indagación en torno a las proyecciones efectivas de una política radical cuya ambición sea construir una alternativa factible al atolladero neoliberal posdemocrático. Este es el mencionado potencial radical que identifiqué en el sentido y objetivos de la sugerente contribución de Mouffe a las

¹⁶ I. e., de una defensa de la democracia (sin especificación política privativa, sino que tomada en su sentido “popular” general) como la lógica normativa de la política radical teorizada. Sin la cual “*we lose the language and frame by which we are accountable to the present and entitled to make our own future, the language and frame with which we might contest the forces otherwise claiming that future*” (Brown, 2015, p. 210). Pero esta defensa normativa de la democracia, en que todo el presente proyecto político radical definicionalmente descansa, no puede –o es lo que busco disputar– colapsarse con la defensa normativa del liberalismo como su encarnación primordial e inapelable, que la trunca. Este es el problema que denuncio en relación con la propuesta que Mouffe pone en marcha.

teoría y práctica de la política radical democrática. En el sentido y objetivos, más específicamente, *hegemónicos y de democratización* comprendidos en su aspiración de una construcción populista de contrahegemonía (“*the construction of a ‘people’ apt to build a different hegemony*”), enfocada en el cultivo de una multiplicidad “*of discursive/affective practices that would erode the common affects that sustain the neoliberal hegemony and create the conditions for a radicalization of democracy*”¹⁷; de una radicalización, esto es, en el interés de reavivar los ideales democráticos “populares” de igualdad y la libertad individual que los acompaña (mas, de este modo no, como en la democracia liberal que Mouffe proclama, de una ‘libertad individual’ que los especifica o *enmarca*, sino de aquella que se asegura con base en una cierta “garantización” fundamental de igualdad política y social habilitante).

Radicalización democrática, estrategia populista y reformismo radical

Los tres ejes que, a mi juicio y como anticipaba, configuran el proyecto de democracia radical que Mouffe elabora, desde su gestación a mediados de la década de los ochenta, corresponden entonces a: las bases programáticas generales de la radicalización democrática (capítulo 1. “Democracia liberal y política radical”); sus delineamientos estratégicos (capítulo 2. “El populismo desbordado”) y sus directrices institucionales (capítulo 3. “¿“Revolución democrática” o reforma radical?”). Es así como el primer capítulo cubre la “insuficiencia” del tercer frente de análisis que señalaba, acerca de la especificación normativa implícita y paradójica de la política agonista que Mouffe reclama. El segundo, el cuestionamiento de la lógica político-discursiva de la hegemonía, y las limitaciones teóricas y estratégicas del marco teórico-discursivo en que descansa. Y el tercero, el primer problema mencionado, acerca de los alcances de la política radical-democrática frente a la desactivación neoliberal continua de sus bases.

Pero por cierto que estos capítulos van también más lejos: ahondando en las implicancias extendidas y profundas de cada flanco, y trazando las coordenadas de la

¹⁷ Mouffe, 2018, p. 77.

reconstrucción crítica que bosquejo. En los supuestos filosóficos de la democracia radical agonista impulsada y sus extrapolaciones a los dos dominios “macropolíticos” centrales de la ciudadanía y la política internacional, en el caso del primer capítulo. En el argumento general del populismo como construcción hegemónica del “pueblo” y la integración teórico-política del andamiaje ontológico del psicoanálisis, centrada, por lo que a Mouffe atañe, en la concepción freudiana de los afectos, en el caso del segundo capítulo. En una propuesta de descompresión discursiva de la realidad práctica, enfocada en sus implicancias para el análisis operativo del neoliberalismo y la revaluación, sobre esa base, adecuada y actualizada de los objetivos estratégicos y reformistas radicales de la reestructuración hegemónica que defiendo, en el caso del tercer y último capítulo.

En las Conclusiones, por último, recolecto las líneas directrices de la reconstrucción crítica que planteo como pauta para una política radical comprometida con la implementación de una democracia política y social sustantiva. E intento, en un análisis muy sumario y tentativo, evaluarlas a partir del contexto coyuntural de la protesta social en Chile. Lo que pretendo no es más que pergeñar, de forma muy provisoria y limitada, una aplicación ilustrativa de los alcances y proyecciones de esta reflexión para la cuestión estratégica y apremiante de pensar, y factiblemente reimaginar, los procesos radicales de reestructuración (contra)hegemónica. La construcción, según propongo, de una hegemonía popular sustantiva, necesariamente antineoliberal; positivamente recreadora de la institución democrática de lo social. Anexo, al final, un breve mapeo contextual de los delineamientos teóricos de la trayectoria crítico-reconstructiva que sugiero, situándolos en el marco más amplio de una crítica de los supuestos discursivos posmodernos de la política democrática radical desglosada. Y el modo en que, en ese sentido, la perfilo a partir de la coyuntura política y filosófica contemporáneas.

¿Democracia radical o democracia popular?

La hipótesis general de mi investigación gira entonces en torno a la cuestión de que el planteamiento de Mouffe, no obstante que extiende un marco teórico y estratégico importante y meritorio para una política de radicalización de la democracia continuamente

desplazada, resulta insuficiente desde el punto de vista de su potencial de transformación radical, contrahegemónica, del orden neoliberal posdemocrático actualmente en orden. De aquí mi reedición de que: una propuesta de política radical cuyo horizonte sea una democracia política y social sustantiva –una *democracia popular*, según interpreto– exige (como la alternativa, a mi juicio, más promisorio, en términos de un proyecto político practicable) comenzar por repensar las delimitaciones práctico-teóricas, filosóficas y contextuales de ese marco. El potencial radical de sus delineamientos teóricos y programáticos, encarando el desafío crítico reconstructivo de actualizarlos.

Esta tarea, en el sentido preliminar y acotado de la reflexión directriz que emprendo, implica una serie de proposiciones, que dejaré aquí meramente enunciadas. La recuperación de las formas afectivas de “identificación” político-social (aquellas que se cuelan, podría decirse, por debajo del plano discursivo en el que Mouffe absorbe la totalidad de la práctica) o, como las llamo, ‘intermedias’, así como de las identidades particulares desarticuladas (‘flotantes’), con base en la implementación de plataformas y recursos de lectura relevantes capaces de, con mayor o menor eficacia, vehicularlas en un sentido radical positivo. La comprensión *transfereencial* y participativa de esas plataformas, principalmente partidistas, pero también extendida a otras formas de institucionalización más descentralizadas y relativamente autónomas de interacción e intermediación políticas, orientadas al fomento de una rehabilitación radicalmente inclusiva, eficaz y participativa de la praxis ciudadana. La circulación de herramientas de interpretación basadas en el imaginario democrático popular (i. e., de igualdad, con la libertad indivisible que la acompaña), así como en la activa significación anticapitalista de las distintas formas intermedias y autónomas recién mencionadas, con que los sujetos responden, al menos en primera instancia, a las crisis o inadecuaciones hegemónicas que los descolocan. Un programa democrático radical que se impone como objetivo, en fin, desplazar las lógicas de hegemonización socioeconómica del capitalismo neoliberal con base en la reinscripción democrática y anticapitalista (antineoliberal) de los descontentos y movimientos colectivos alzados con ocasión de las brechas entre las expectativas sociales, y de calidad de vida, normales de la gente y los puntos críticos del sistema.

Tales ideas, en cualquier caso y para reenganchar, entonces, con los cuestionamientos del inicio, entablan una diferenciación sustantiva entre los movimientos respectivos de recuperación y radicalización democráticas. La primera, referida a la movilización anticapitalista/antineoliberal de las resistencias particulares y afectivas que rescato, y la segunda, a la implementación e institucionalización reformista de la renovación democrática promocionada. Diferenciación que tiene, sumariamente, sus bases en una revisión de la *ontología práctica* de las lógicas sociales y su descompresión relativa de los ámbitos afectivo y discursivo, social y político, político y hegemónico. Y que, al identificar el momento radical con la democracia popular que redefino, adquiere el efecto de esencialmente desvincular el ideal democrático de la forma normativa –o especificación– liberal privativa que Mouffe le imprime. La política agonista, de los principios liberales de legitimación que su aproximación de esta manera “formaliza”.

Así pues, en la medida en que esta revisión crítico-reconstructiva supone, en definitiva, complementar y reforzar los procesos radicales de extensión y profundización de la democracia con procesos positivos y eficaces de transformación en los sentidos políticos y socializantes asumidos¹⁸ –que implican, antes que todo: repensar los límites y déficits de la institucionalidad democrática liberal; reevaluar la implementación de mecanismos de participación ciudadana directa e inclusiva, la labor mediadora de los partidos, la democratización extensiva de nuevas instancias pertinentes (servicios públicos, empresas y consorcios, municipios, etc.), la esfera misma de la política global. Procurando, de igual modo, reintegrar, en el propio análisis estratégico, las formas no hegemónicas de resistencia disponibles mediante una recuperación material de los afectos y una aproximación adecuada a las lógicas neoliberales dominantes–, parece, en fin, resultar más característico y adecuado rebautizarla en los términos distintivos de un *proyecto de democracia popular*.

¹⁸ I. e., en el rumbo de los ideales de igualdad social, política y material que defiende. Por lo que atañe a la socialización en cuestión, baste con este sucinto pronunciamiento de Laclau, con el que concuerdo de lleno, de que “*social regulation (...) does not necessarily have to be state regulation; numerous forms of local and national organization (...) can be given the power to participate. Only nostalgia for traditional social relations can maintain an exclusively pessimistic vision of this process*” (Laclau, 1990a, p. 52). Para un análisis crítico y comprensivo de modelos de socialización factibles en este sentido: cf. Wright, 2010, pp. 191-269.

Una propuesta de construcción participativa, continua e involucrada de la sociedad, que subvierte la comprensión que tiene Mouffe (al igual que Laclau) de lo social como sedimento. Donde lo social, como dominio de lo humano –no exclusivo o restringido, por cierto–, no es un sedimento de lo político, sino una esfera dinámica muchísimo más amplia y diversa, irreductible a las relaciones y actividades de ese ámbito regional específico — por muy difuso, incontenible y ubicuo que parezca. Donde lo político no sólo se sedimenta (o naturaliza): la intención de esta propuesta es darle precisamente duración y capacidad institucional al poder político del pueblo; la integración de un poder social política y materialmente garantizado. Donde la hegemonía, en definitiva, no puede concebirse como un proceso de sedimentación política del “pueblo”. Donde el ‘pueblo’ también pasa, de esta forma, a denotar algo diverso; ya no la sedimentación de la lógica política (supuestamente) *auténtica* de la síntesis hegemónica, mas aquello que se asegura mediante las formas combinadas de representación, participación y transferencia sugeridas en las proposiciones, especificaciones y medidas anotadas en los párrafos precedentes.

No se trata, por lo tanto, del ‘pueblo’ como una construcción política de lo social en proceso, encabezada (casi siempre) por un líder carismático que unifica el interés mayoritario en oposición a una minoría enemiga hostil (‘populismo’) al paso que abre la puerta a una nueva sedimentación institucional, radical, contrahegemónica de la democracia liberal en deuda. Sino de una institución dinámica, contundente y durable de ese mismo movimiento en su estadio más o menos descabezado (de cualquier líder fuerte), aglutinado bajo una taxonomía de símbolos y bullente de elementos desarticulados y dispersos (‘poder popular’), en una forma política amplia, diversa y combinada de movimiento social y partido formal. Una “utopía real” en la acepción de Eric Olin Wright¹⁹, capaz de actualizar una apertura hacia la construcción democrática popular y poscapitalista (o, al menos, sustantivamente distinta del capitalismo neoliberal actualmente operativo)²⁰ de la sociedad.

¹⁹ Wright, 2010.

²⁰ El anticapitalismo de la reforma democrática radical que propongo, así como el horizonte poscapitalista al que apelo, responde específicamente a la coyuntura neoliberal actual del capitalismo financiero; no pretende crear algo distinto desde cero. A lo que debe apuntar es a plantear una modificación sustantiva de los derechos

1. DEMOCRACIA LIBERAL Y POLÍTICA RADICAL

1.1. La paradoja democrática

El proyecto de democracia radical que Mouffe ha defendido desde la publicación, en 1985, de *Hegemonía* se inserta en el marco de los principios ético-políticos del liberalismo, simbolizados por la igualdad de derechos y la libertad individual. Pero la articulación moderna entre liberalismo y democracia no es la historia de una conjunción relativamente armoniosa. En primer lugar, y de esto trata precisamente el referente epónimo de su libro *La paradoja democrática*, porque pone de tal manera en contacto dos tradiciones, dos lógicas políticas que son, en principio, irreconciliables. La democrática, que refiere a la idea de igualdad, la identidad entre gobernantes y gobernados y la soberanía popular. Y la liberal, tradicionalmente especificada por el estado de derecho (o, en el anglosajón, por un “imperio de la ley”), la defensa de los derechos y el respeto por la libertad individual. Los límites que esta última debe, por definición, imponer a la igualdad de su contraparte democrática²¹, dan cuenta de una tensión política irreparable. Por eso su alianza es histórica e inherentemente polémica.

Inherentemente, porque representa el *locus* irreductible y regulado de una división ético-política insalvable; de una confrontación real y sostenida, una vez que modulada bajo las condiciones paradójicas de ese empalme. En otras palabras, la forma paradójica o polémica de este arreglo es justo aquello que lo hace, a la vez, *propicio*: un ordenamiento social que

de propiedad, repensar las leyes corporativas, las relaciones laborales, un control democrático extensivo, la sobreproducción y el extractivismo, etc. En palabras de Wright:

Capitalism might still remain a component in the hybrid configuration of power relations governing economic activity, but it would be a subordinated capitalism heavily constrained within limits set by the deepened democratization of both state and economy. This would not automatically ensure that the radical democratic egalitarian ideals of social and political justice would be accomplished, but if we were somehow to successfully move along these pathways to such a hybrid form of social organizations we would be in a much better position to struggle for a radical democratic egalitarian vision of social and political justice (*ibid.*, pp. 144-145).

²¹ Cf. Mouffe 2000, pp. 3-4.

permite dar expresión al conflicto político desviando el riesgo de un desenlace virulento. E históricamente, porque la imbricación que contingentemente, como Mouffe recalca, fruto de un contexto histórico-cultural específico²², conduce a la compenetración moderna entre ambas corrientes (liberal y democrática), “*far from being a smooth process, was the result of bitter struggles*”²³ a lo largo del siglo XIX y principios del XX²⁴.

Lejos, sin embargo, de mantenerse ese suspenso, la democratización del Estado liberal y consiguiente liberalización de la democracia –“*as C. B. MacPherson was keen to emphasize*”²⁵– tuvo, en realidad, como tendencia política dominante el desplazamiento de los valores de la igualdad y la soberanía popular por una identificación típicamente unívoca de la democracia con el *Rechtsstaat* y la defensa formalista de los derechos. El poder social del pueblo es evacuado de la política, originando el así reputado “déficit democrático”, y abriendo eventualmente paso al incordio posdemocrático que hoy verificamos²⁶. Mouffe refiere, en particular, al impacto práctico, sociopolítico, del paradigma característicamente racionalista e individualista del pensamiento liberal asociado, que identifica con dos ramas centrales. La deriva “agregativa” remite a la destacada reformulación economicista de la política consagrada por Joseph Schumpeter, basada en la maximización de los intereses agregados de los agentes, concebidos como individuos racionales autointeresados. En tanto que, y reaccionando directamente contra la racionalidad instrumental de ese primer modelo, la “deliberativa” atiende a las formas de justificación racional, preconizadas por John Rawls y Jürgen Habermas –de un ideal comunicativo regulador²⁷ o lo público-culturalmente razonable²⁸–, de los procedimientos que debieran éticamente gobernar a la política²⁹.

Más recientemente, Mouffe, sin embargo, columbra que incluso esas ‘democracias formales’ o “liberalizadas” alimentadas por los enfoques racionalistas e individualistas

²² Cf. Mouffe, 2013a, p. 29.

²³ Mouffe, 2000, p. 3.

²⁴ Mouffe adhiere en esto al argumento general de C. B. Macpherson en: cf. Macpherson, 1977. No obstante, que –y volveré sobre esta crítica *in extenso* en la tercera parte– a expensas del embrague económico.

²⁵ Mouffe, 2000, p. 3.

²⁶ Cf. *ibid.*, pp. 3-4.

²⁷ Cf. Mouffe, 2013a, p. 92.

²⁸ Cf. Mouffe, 1993, pp. 45-55.

²⁹ Para la tipificación de estos dos modelos: cf. Mouffe, 2000, pp. 80-90.

predominantes comparecen, en virtud de ciertos procesos que se desencadenan a contar de las décadas de 1970 y 1980 –experimentando una consolidación en ese último y el subsiguiente decenio–, profundamente socavadas por el actual régimen neoliberal oligárquico del capitalismo financiero³⁰. Con esto, no solamente el, según constatábamos, eje de igualdad, mas también el de libertad, que componen conjuntamente los principios constitutivos fundamentales de la democracia liberal, desaparecerían de la política.

El punto central de la crítica de Mouffe es que la destitución de estas bases no puede sino significar la erradicación de la política *simpliciter*. Esto es lo que los intentos de formalización liberal unívoca de la democracia, a través de su subsunción del plano igualitario, precisamente anteceden: la anulación impositiva de la tensión constitutiva entre la igualdad y la libertad que permitía colar el antagonismo político implacable. Podemos atisbar ya aquí la definición general de lo que entiende Mouffe por ‘política’: la expresión ético-política e institucionalmente formalizada del conflicto social inherente (lo que en adelante llamo simplemente “formalización”, destacando esta acepción entre comillas). En el caso de la democracia liberal, a saber, derivada de la paradoja, como hemos visto, entre la lógica democrático-igualitaria, “popular”, del autogobierno, y la limitación que le sobreviene desde el plano liberal de los derechos. De aquí que la apuesta de Mouffe a grandes rasgos recaiga en la legitimación de lo que se ha catalogado como una visión disociativa de la política³¹; perspectiva que enfatiza en el carácter conflictual intrínseco de la política. En tanto que su propuesta política particular, la ‘radicalización democrática’, por su vez, lo haga en una vigorosa reivindicación de la constitución conflictual o paradójica de la moderna política liberal democrática; de su potencial de regular la condición disyuntiva inherente a la experiencia social humana.

³⁰ Cf. Mouffe, 2018, pp. 35-38. Sobre este análisis volveré en el tercer y último capítulo de esta tesis.

³¹ “*My position belongs to what Oliver Marchart calls the dissociative view of the political, which emphasizes the dimension of conflict and that he distinguishes from the ‘associative’ view, which envisages the political as ‘acting in concert’*” (Mouffe, 2013b, p. 231). Dos visiones de la política que Marchart pone respectivamente en contraste a partir de una división entre las posturas influidas por Schmitt y las que toman su influencia de Arendt: cf. Marchart, 2007, pp. 38-43.

Las consignadas ‘democracias formales’ y la posdemocracia neoliberal, contrariamente, cancelan ese potencial. La válvula reguladora que permite políticamente lidiar (esto es, de manera amortiguada y no autoritaria) con la división y el vigor destructivos que, según esta visión, todo ordenamiento social necesariamente entraña. La ‘política’ que merece propiamente el nombre se convierte así en sinónimo de ‘política liberal democrática’. Es por esto que, a juicio de Mouffe, la “paradoja democrática” no puede ser eliminada; tan sólo y como mucho “*temporarily stabilized through pragmatic negotiations between political forces which always establish the hegemony of one of them*”³² — una hegemonía que sólo podrá, por lo tanto, ser igualmente temporal, inestable y precaria. Nunca el correlato definitivo y solapadamente afianzado (o “sedimentado”) de una configuración política –i. e., de fuerzas/poder– establecida de una vez y para siempre. Sólo habrá política hegemónica (sedimentación hegemónica de la política) en el terreno inherentemente tensionado de la configuración liberal democrática. Toda hegemonía deberá, por lo tanto, ser democrática liberal; de lo contrario, su sedimentación restringirá o suspenderá la válvula democrática de la política. El espacio político abierto, y sucesivamente engrosado y fortalecido, con la moderna “revolución democrática”³³: esto es lo que Mouffe propone reactivar y radicalizar con su programa. Una conformación hegemónica que, por el contrario, suprima ese espacio, rescindiré también su propia lógica.

Por último, la regulación de las condiciones inestables y precarias (cada vez más anómicas y fragmentadas, bajo los efectos del desarrollo actual del capitalismo) de ese terreno corresponde a lo que Mouffe “formaliza” con su concepto del ‘consenso conflictual’ *agonista*³⁴: el marco de operación de la política. Este marco, como podrá deducirse, exige por parte de las diferentes fuerzas políticas en litigio el consentimiento a concederse mutuamente el derecho de legítimamente, y sin remilgos, disentir en torno al significado e

³² Mouffe, 2000, p. 5.

³³ Mouffe (a la par con Laclau) concibe la radicalización democrática en términos de la expansión y profundización “de la revolución democrática iniciada en el siglo XVIII, continuada en los discursos socialistas del siglo XIX, y que debe ser extendida hoy [todavía] a esferas cada vez más numerosas de la sociedad y del Estado” (Laclau, 1985, p. 23; *infra*, nota 213), por medio de, según veremos, una articulación cada vez más transversal de las luchas sociales por la igualdad y su institucionalización agonista.

³⁴ Cf. Mouffe, 2005, p. 52.

implicancias específicos de los valores, instituciones y procedimientos del arreglo. La figura del consenso conflictual agonista es una confrontación real pero regulada entre *adversarios* políticos; los *enemigos* son, desde luego, quienes se excluyen y destruyen ese acuerdo — el acuerdo de los términos del desacuerdo.

Entonces, para recolectar: la intención detrás de la radicalización democrática que Mouffe tiene en mente consiste en asegurar que, dada la realidad conflictual de lo social o, como técnicamente la reconceptualiza, *ontológica* de ‘lo político’, la dimensión *óptica* de ‘la política’ consista en mantener y atizar la latitud agonista de la desavenencia entre los componentes de ‘igualdad política’ y ‘libertad individual’³⁵: el espacio ético-político e institucional de confrontación legítima donde la pluralidad de proyectos sociales y políticos lícitamente disputables y las “negociaciones pragmáticas” antes referidas puedan tener cabida. En definitiva, “*to envisage the creation of a vibrant ‘agonistic’ public sphere of contestation where different hegemonic political projects can be confronted*”³⁶ con vistas a salvaguardar la soberanía de un pueblo que se expresa –gracias a la mediación polémica de la ‘democracia liberal agonista’– como irreductiblemente heterogéneo y múltiplemente dividido.

Ahora bien, dado que ‘la política’ se vuelve idéntica con la ‘política democrática liberal’, el consenso conflictual agonista representa la “formalización” de la política como tal. Sin embargo, cuando Mouffe dice que “*most kinds of politics are situated somewhere in-between agonism and antagonism*”³⁷ no sólo retrae la política a su sentido general como “formalización” óptica del conflicto (el sentido sintetizado en mi definición arriba), retrae también al agonismo de la “formalización” democrática liberal. El agonismo puede pensarse ahora como el “tono” menos intenso en una gama tonal (definitivamente muy peculiar) que se desplaza en el espectro graduado del conflicto político, cuyo “tono” más intenso es el antagonismo. La aparición del agonismo en este espectro representa, por definición, una especie de indicador democrático: de la existencia de formas (más o menos) inclusivas de

³⁵ Cf. Mouffe, 2013a, p. xii & p. 2.

³⁶ *Ibid.*, p. 3.

³⁷ Deceus, 2000, p. 684.

canalización política del conflicto. Este agonismo, por lo tanto, denotaría *la condición misma de posibilidad interna de la política democrática* — bajo cualquier combinación factible; de suerte que habría varias clases o grados de agonismo, de acuerdo con los diversos tipos variables de “formalización” democrática, i. e., además de la liberal, que para Mouffe incuestionablemente consistiría en la más exitosa. La identificación de la “formalización” agonista con la paradoja democrático-liberal no sería, por lo tanto, necesaria; hay otras maneras de concebirla.

Indudablemente, esta no es, sin embargo, la línea argumentativa que la reflexión central de Mouffe persistentemente valida. Resulta, empero, interesante porque apunta a la posibilidad de recuperar al agonismo de su “formalización” moderna. De retraerlo como “formalización” de otras maneras de manejar políticamente el conflicto; sin, del otro lado, suprimirlo. De hecho, esto también es lo que encontramos, aunque últimamente comprometido (por la otra deriva, central, de este argumento), en el modelo multipolar que Mouffe diseña para la política internacional, según veremos. De cualquier modo, este camino de interpretación desarma el argumento central de la democracia radical proyectada. Ello puede analizarse a partir de tres grandes proposiciones básicas, profundamente interrelacionadas entre sí. Veamos:

1. ‘Toda y cualquier “formalización” democrática de la política debe configurarse a partir del doble movimiento hegemónico de equivalencia y diferencia’. Como he argüido, lo que en Mouffe a final de cuentas verificamos es una identificación del proceso de formación hegemónica con la política democrática liberal. No obstante, así como la ‘equivalencia’ no refiere exclusivamente a la lógica democrática de ampliación igualitaria (aunque esta encuentre su “terreno constitutivo” en ella³⁸), de modo que habría otros tipos de “formalización” hegemónica; tampoco la ‘diferencia’ depende de la especificación liberal, de suerte que habría otros tipos de “formalización” democrática. Pero esto significa que la “paradoja democrática” no puede reducirse a la paradoja de su polémica articulación liberal.

³⁸ “(...) *the democratic logic finds its constitutive terrain in the equivalential logic (which, of course, does not mean that any equivalence is per se democratic)*” (Laclau, 2004, p. 310)

Cualquier articulación específica (diferencial) de la democracia va a entrar en tensión con su lógica equivalencial (igualitaria), e independientemente de la manera en que esta paradoja se “formalice”, la lógica democrático-igualitaria supone que esa diferencia específica que la pervierte siempre debe ser (valga la redundancia, democráticamente) contestada. Descubrimos así una paradoja general o, últimamente, de la propia democracia. La paradoja de que cualquiera que sea su positivación óptica particular, toda democracia siempre debe hacer visible esa exclusión que la traiciona. Y en la contraparte, dependiendo –ahora sí– de la manera en que esta paradoja se “formalice”, arrojará distintas políticas agonistas. Con la consecuencia de que, efectivamente, la identificación de la política agonista con la paradoja democrático-liberal no es necesaria, sino que hay otras maneras de concebirla.

En este sentido, podría aducir, por lo tanto, que el objetivo de toda mi consiguiente reconstrucción crítica del proyecto democrático radical inspeccionado puede justamente concebirse como un ejercicio tentativo de pensar una “formalización” más democrática del agonismo. Una ‘política democrática radical’ que lo que actualice no sea tanto una radicalización de la democracia liberal, cuanto una democracia sustantiva (por de pronto: más inclusiva, participativa, horizontal, etc.).

2. ‘El liberalismo político no es ninguna diferencia específica preestablecida de la democracia, sino una articulación contingente’. Esta premisa queda comprobada con la demostración precedente; pero, nuevamente, pese a que forma parte explícita del marco teórico que Mouffe afirma, no es lo que su argumentación últimamente construye. Su propuesta, como hemos visto, reduce la política a la configuración liberal de la democracia; la hegemonización democrática a la “formalización” de su paradójica encarnación moderna. El resultado es que el liberalismo es convertido en la diferencia específica de esa democracia; en la política democrática conveniente a las condiciones expansivas, precarias y fraccionadas de las sociedades contemporáneas, que sería preciso radicalizar. Lo que se sigue es una paradoja al final tributaria de la paradoja democrática (liberal) que Mouffe recaba: la democracia radical a la vez que descansa sobre la forma particular, históricamente

contingente, de su institución liberal moderna, establece las directrices normativas –casi trascendentales– de la política sin más, proyectando la *necesidad* de ese horizonte.

En lugar, por lo tanto, de un genuino proyecto de radicalización democrática, que lo que se proponga sea recobrar y renegociar políticamente la brecha entre la democracia “realmente existente” y los valores democráticos “populares” –entre las exclusiones de la “igualdad” que se establece hegemonícamente y la igualdad idealizada; entre la lógica de la diferencia y la equivalencia que resulta posible urdir políticamente–, atendiendo, esto es, a la propia *tensión constitutiva de la democracia*, lo que trasciende resulta en una especie de teoría normativa privativa, donde la brecha ético-política de la democracia aparece jaqueada por los valores liberales. No un proyecto en que, como Mouffe declaradamente pretende, la relación de la política con la ética procure mantenerse permanente y polémicamente abierta³⁹ permitiendo, precisamente, cotejar una pluralidad de reinscripciones democráticas posibles. La ‘paradoja democrática’ obedece al objetivo, en este sentido, de justificar una “formalización” conveniente del agonismo inherente a la política democrática. Y esto es lo que finalmente produce la situación paradójica de la democracia radical impulsada: de que ese ‘agonismo’ es la condición política que permite la confrontación hegemónica de la política democrática radical, pero también paradójicamente lo que asegura la inscripción de esa disputa en los valores e instituciones políticos del liberalismo. La forma hegemónica indisputable de la radicalización disputada⁴⁰.

³⁹ I. e., en vista de que es, en todo caso, la aseguración de la interrogación de lo político por lo ético, de poder siempre cuestionarlo éticamente, la condición práctica que impide su cierre normativo. En palabras de Mouffe:

Refusing to reduce the necessary hiatus between ethics and politics and acknowledging (...) the political logic which entails the establishment of frontiers with the violence that they imply, this is to recognize that the field of the political is not reducible to a rational moral calculus and always requires decisions. To discard the illusion of a possible reconciliation of ethics and politics and to come to terms with the never-ending interrogation of the political by the ethical (...) (Mouffe, 2000, p. 140).

⁴⁰ Podríamos incluso hablar de una, absolutamente impostada, nueva gran narrativa –resucitándose una vez más y de manera inesperada el manoseado tópico del fin de la Historia– para los siglos que han asistido al derrumbe teórico y real del marxismo... Y es que en cierta forma podríamos decir que el posmarxismo de Mouffe es este liberalismo político: *el metarelato hegemónico sedimentado que se insinúa como el axioma normativo contemporáneo de la política*. La paradoja se recrudece de manera aún más tensa cuando vemos plasmado en el texto mismo de Mouffe que esta “*illegitimate assimilation of the political project of the Enlightenment and its epistemological aspects (...) is why Lyotard finds it necessary to abandon political*

3. ‘El agonismo resulta “*of an eminently political decision, not of a moral requirement*”⁴¹; opera un marco “ético-político”, donde “*the ethical and the political are intertwined and depend on each other*”⁴². Acabamos de ver que, pese a las pretensiones de su autora, este no es últimamente el escenario. La “formalización” liberal del agonismo no es una decisión eminentemente política, o *ético-política*, en el sentido de que deja abierta la brecha de (re)negociación entre ética y política; es un requerimiento moral de la democracia radicalizada. Pues si bien es cierto que, como Mouffe sostiene, “*antagonistic principles of legitimacy cannot coexist within the same political association without putting into question the political reality of the state*”⁴³, de ello no se deriva la prioridad inapelable de la realidad política liberal. Lo que se sigue es la exclusión *política* de principios de legitimación antidemocráticos, los cuales serán, ciertamente, iliberales una vez que lo que se tenga sea (aunque profundamente en cuestión) una democracia liberal. Pero nada en esa condición impide que otras alternativas de rearticulación del Estado no puedan válidamente enfrascarse en una confrontación agonista, en condiciones políticas de igualdad, con esos principios. Que no puedan disputarse y pragmáticamente negociarse en la arena política y, de convertirse en hegemónicos, iniciar procesos radicales de reforma y/o refundación institucional (constituyente) de la democracia real. Pero la argumentación de Mouffe cierra las compuertas a estas *otras maneras* en favor de una defensa de la identificación ético-política entre liberalismo y agonismo como un requerimiento *necesario* de la política democrática radical. Por eso, su agonismo, al tiempo que da cuenta de la condición constitutiva peculiar a la encarnación liberal de la democracia moderna, impone los delineamientos normativos de la única política radical admisible.

En síntesis, podemos decir entonces que: en tanto que el ‘agonismo’ de Mouffe se apoya sobre los pilares ético-políticos del liberalismo, estos importan últimamente el marco de lo legítimamente válido. Estableciendo no sólo los límites del pluralismo⁴⁴ y las condiciones

liberalism in order to avoid a universalist philosophy” (Mouffe, 1993, p. 9); la vocación universalista del liberalismo de la que Carl Schmitt tanto desdeñara.

⁴¹ Mouffe, 2000, p. 25.

⁴² Decreus, 2011, p. 689.

⁴³ Mouffe, 2000, p. 25.

⁴⁴ Cf. Mouffe, 2005, pp. 120-123.

definitivas de ingreso a la comunidad política, sino el delineamiento normativo de la política *tout court*. La consecuencia es que la ‘radicalización’ emprendida determina, por tanto, la única política radical (democrática) posible; el programa de democracia radical, el encuadre normativo de cualquier estrategia hegemónica de transformación política. De modo que esta, como Mouffe la califica, hegemonía de los valores democráticos⁴⁵ concurre, paradójicamente, antes que todo, a prescribir una estrategia privativa que relega cualquier otra ‘política radical’ o forma posible de (contra)hegemonía, inscrita o inscribible como democrática, a un plano forzosamente secundario y subordinado, normativa y formalmente predeterminado *por una determinada interpretación de su articulación con los valores del liberalismo*.

Alternativas radicales como las que la propia autora en teoría admite, de democracia socialista, ecosocialista, participativa o asociativa⁴⁶, y más evidentemente aún en los casos en que ella misma las impulsa –como sucede con el socialismo en la coyuntura de *Hegemonía* o, más actualmente, con el ecosocialismo bajo su versión de un “*Green New Deal*”⁴⁷– sólo pueden, por lo tanto, articularse bajo el constreñimiento previo de los principios constitutivos del liberalismo político⁴⁸. De ningún modo a partir de una crítica inmanente verdaderamente radical de ese marco, que pudiese potencialmente apuntar a una transformación hegemónica real de la democracia liberal desde dentro de la constitucionalidad que define. Sobre la base, esto es, de procesos de reinención e incluso

⁴⁵ Cf. Mouffe, 2018, p. 18.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 51. Lo mismo que las “nuevas formas de democracia” a las que refiere en su señalamiento de que: “*Representative democracy is better suited in some cases, direct democracy in others; we should also try to imagine new forms of democracy*” (Mouffe, 1993, p. 104). Cf. Mouffe, 2018, p. 60 & p. 69

⁴⁷ Cf. Mouffe, 2019. En el marco de la segunda versión del festival “A toda marcha” organizado por el partido político chileno Revolución Democrática y realizado del 15 al 17 de noviembre de 2019 en el, pocos meses después incendiado, Centro Arte Alameda en Santiago, Mouffe es invitada a dar una charla magistral a la que titula “El ‘Green New Deal’, un proyecto para radicalizar la democracia”, en la que afirma la intención citada.

⁴⁸ ‘Liberalismo político’ al que reservaré *pars pro toto* la locución en adelante, segregándolo del paradigma racionalista-individualista de los modelos agregativo y deliberativo previamente catalogados.

refundación basados no en quiebres orgánicos revolucionarios⁴⁹, sino en redescripciones ético-políticas y reformas genuinamente radicales, sustantivamente democráticas.

Así, por más que Mouffe busque justamente reafirmar el aspecto discordante y circunstancial, el carácter precisamente paradójico de la democracia en su moderna encarnación liberal, e insista en subrayar que sus implicancias normativas sólo pueden ser “ético-políticas” en un sentido fundamentalmente variable⁵⁰, fracasa en hacerse cargo del estatus últimamente axiológico y formalmente determinante que su defensa le adscribe. De igual modo, aunque expresamente rebate que “es un error creer que el modelo agonista favorece el proyecto democrático radical” y esto, precisamente, a pesar de que “crea las condiciones para que tenga lugar una confrontación hegemónica”⁵¹, elude completamente el hecho de que esas condiciones predisponen ya un enclave político-normativo específicamente conveniente a dicho proyecto. El agonismo, como Mouffe lo entiende, no sólo crea las condiciones de la disputa hegemónica. Opera una determinada interpretación ético-política que regula un modo particular de coexistencia: la hegemonía liberal defendida. Y similarmente, aun cuando arguye que

[for democratic pluralism] a difficult balance has to be struck between, on the one hand, democracy understood as a set of procedures required to cope with plurality, and, on the other hand, democracy as the adherence to values which inform a particular mode of coexistence. Any attempt to give one aspect precedence over the other runs the risk of depriving us of the most precious element of this new form of government⁵²;

⁴⁹ Al menos en principio, pues la posibilidad de una condensación tal de malestar y protestas que pudiera romper en una revolución auténtica debe considerarse como una posibilidad siempre virtualmente presente en cualquier orden. Esto es lo que la inerradicabilidad final del antagonismo social entraña.

⁵⁰ “*This is why I envisage the normative dimension inscribed in political institutions as being of an ‘ethico-political’ nature, to indicate that it always refers to specific practices, depending on particular contexts*” (Mouffe, 2005, p. 121).

⁵¹ Mouffe, 2016, pp. 33-34. Curiosamente esta y la subsiguiente cita en español provienen de una conferencia ofrecida por Mouffe el 2016 en Valparaíso en la cual expone su concepción del agonismo por oposición al pensamiento liberal *in toto*, evitando expresamente referirla al intersticio entre los valores de igualdad y libertad de la democracia liberal, a no ser como un ejemplo (*cf. ibid.*, p. 27). Esto, sin embargo, no tiene ningún paralelo, menos aún una elaboración, en su obra anterior o posterior a tal fecha. Así, tanto en *Agonistics* (2013) como en *For a Left Populism* (2018) Mouffe reafirma su compromiso con la ‘radicalización’ “*of the ethico-political principles of liberal-democratic regime*” (2018, p. 39) orientada a hacer “*the principles of liberty and equality become effective in an increasing number of social relations*” (2013a, p. 133; 2018, p. 40).

⁵² Mouffe, 1993, pp. 132-133.

lo que se le escapa es que los valores que condicionan su “formalización” agonista, particular, del pluralismo al delimitarlo normativamente preceden a los procesos político-institucionales que lo establecen. O, como ya anticipaba previamente: que la propia articulación ético-política de los valores del pluralismo democrático “*inform[s] a particular mode of coexistence*”: el modo liberal democrático. No se trata, por lo tanto, de la consecución práctica de un “difícil balance” entre el aspecto “procedural” descrito (de institucionalización de los límites agonistas del pluralismo) y los valores particulares de la comunidad democrática respectiva, sino de la aplicación arbitraria de una forma de prefiguración normativa de la política. Esto implica que el “elemento más valioso” de la democracia pluralista, su propiciación del espacio regulado de la política agonista, está ya comprometido por ese marco condicionante.

Pero eso no es todo. Mouffe prosigue aún a respaldar esos rebates afirmando que “no hay una ruta directa que lleve desde los postulados ontológicos [el modelo agonista] hacia posiciones políticas específicas [el proyecto democrático radical]”⁵³, por lo que no es posible establecer su dependencia. Ahora bien, Mouffe puede considerar a la democracia agonista como un “postulado ontológico” sólo en el sentido derivativo de que materializa una solución política al escollo ontológico (*per se*) del antagonismo social constitutivo; o más concretamente: da cuenta de una canalización política, institucional –política óptica, en la terminología conjurada–, del conflicto tendencial intrínseco. No obstante, en la medida en que ese agonismo únicamente es posible en virtud de su articulación con los valores del liberalismo y el modo especial en que estos lo determinan, esta especificación no sólo impone en consecuencia el marco cuasitrascendental del sistema democrático, sino que, de esa forma, condiciona todas las “posiciones políticas específicas” en el sentido de la *diferencia* especial estipulada.

Sin embargo, hay también en el texto de la autora un intento, todavía más problemático –pues, de hecho, y contra todos los rebates que he criticado de lo contrario, apunta a una fundamentación esencialista de la democracia agonista– por consagrar al agonismo como

⁵³ Mouffe, 2016, p. 34.

un postulado ontológico en sentido estricto. Se trata de la justificación ética que Mouffe va a buscar en el horizonte onto-epistémico del psicoanálisis, presentándola como *requerida* para la fundamentación de su democracia agonista. La consecuencia, en este punto inevitable, es el cortocircuito argumentativo, en que Mouffe de dicha manera incurre, de consolidar el marco supuestamente contingente del liberalismo como el principio trascendental de la democracia propiamente dicha. Haciendo de la paradoja entre dicha contingencia y el alcance normativo del mismo una contradicción *explícita* de su defensa.

Ahora bien, puesto que a la cuestión del aporte de la teoría psicoanalítica en el pensamiento de Mouffe me vuelvo en la segunda parte, mi demostración en lo que sigue consistirá en explorar los límites que esa paradoja (del carácter “ético-político”, contextual y contingente, del liberalismo *versus* su prescripción normativa para todo y cualquier alineamiento democrático posible — que, por lo tanto, implícitamente se superpone a la paradoja explícita constitutiva de la ‘democracia liberal’) acarrea para las dos principales instalaciones o directivas, podríamos decir, macropolíticas del programa que Mouffe avanza: su reivindicación radical de la ciudadanía y su proyección agonista multipolar o plurihegemónica de la esfera política internacional. Todo lo cual exige, preliminarmente, analizar los lineamientos filosóficos de esta política agonista: los otros ‘postulados ontológicos’, si se quiere, de: los principios ontológicos *per se* (el antagonismo o, en el relevo de la importante revisión de Laclau, la dislocación) y el propio marco teórico-discursivo, que la acreditan. Pero antes de proceder, sin embargo, a ello, quisiera adosar un breve anexo analítico, recopilando la distinción de estos empleos de la locución ‘postulados ontológicos’.

La descripción refiere, respectivamente, (i) a la naturaleza agonista de la política (como política democrática liberal), tanto en su acepción, como las he calificado, derivativa, como estricta; (ii) a los fundamentos *stricto sensu* de la política, es decir: a ‘lo político’ por oposición a ‘la política’, o los ‘principios ontológicos *per se*’ de mi calificación arriba; y (iii) al propio marco ontológico general en que se insertan: teórico-discursivo. Un tema que me interesará especialmente demostrar en este trabajo es que Mouffe últimamente sobrepone una ontología democrática con una ontología de lo político-social con una

ontología general sin más, entrañando la implicancia de colapsar cuatro categorías distintas: la realidad material con la realidad discursiva (como veremos, la *ontología general* de este marco), la realidad discursiva con la realidad política, la realidad política con la estructura específica de la democracia liberal, y esta con la propia ética democrática.

Una tesis central de mi reflexión es que la ontologización misma de la política según asienta sus bases en *Hegemonía* genera como correlato una profunda distorsión de la realidad. Lo que tiene, por de pronto, el efecto de ofuscar las implicancias normativas del proyecto político entre manos, dando de este modo lugar a la paradoja recién detectada: en que la condición ético-política (i. e., contingente) de la democracia liberal moderna asume como la forma normativa de la política *simpliciter* coartando no sólo el pluralismo que la sustenta, sino toda y cualquier posibilidad *radical* de reinención y cambio estructural sustantivo. (En cuanto que los otros dos colapsos, de lo material con lo discursivo –o ‘colapso práctico-discursivo’– y entre lo discursivo y lo político, condensarán los nervios centrales respectivos de mis críticas en el tercer y segundo capítulos).

1.2. Antagonismo y dislocación

Habiendo determinado que el agonismo constituye una formalización normativa e institucional –específicamente democrática liberal– del conflicto social inherente, se hace preciso revisar cómo es que resulta primeramente posible esta sublimación de esa condición constitutiva de lo político. Ahora bien, junto con el agonismo las otras dos categorías fundamentales del modelo democrático radical de la filósofa son la hegemonía y el antagonismo. Esta es la tríada conceptual que comprende el núcleo filosófico de su proyecto: la dimensión ontológica de ‘lo político’ (antagonismo), la dimensión óptica de las prácticas e instituciones políticas (hegemonía), y las condiciones de mediación entre ambas (agonismo).

Pues bien, el antagonismo, como la dimensión ontológica de *lo político* representa la tendencia inherente de lo social a dividirse en dos campos contrapuestos, que constitutivamente desestabiliza y frustra cualquier posibilidad de reconciliación definitiva

de la sociedad. Así pues, lo que los autores de *Hegemonía* demuestran es que esta disyunción no puede, por consiguiente, reducirse ni a la relación de oposición entre dos objetos que tienen su propia positividad independiente de esta⁵⁴ (oposición real), ni a aquella donde “la relación de cada término con el otro agota la realidad de ambos”⁵⁵ (A-no A)⁵⁶ (oposición conceptual). Debe comprenderse, en cambio, como la experiencia misma de la negatividad radical que divide constitutivamente a lo social; como la condición última, negativa y radical, de la comunidad política. Donde los dos polos no vienen, por consiguiente, objetivamente (ni real ni conceptualmente) dados de antemano, una vez que se *construyen* a partir de esa *exclusión* elemental.

El antagonismo significa, entonces, el límite de la objetividad social como construcción política⁵⁷. Aquello que hace, de un lado, posible su conformación *hegemónica*, que debe basarse y sostenerse partir de la exclusión antagonica. Y la vuelve, del otro lado, imposible, desde que por más que consiga constitutivamente, a través de instituciones y prácticas que oculten los actos (de poder) de esa exclusión originaria, asentarse como dada (o sedimentarse)⁵⁸, siempre va a resentir los efectos incontenibles, antinaturales, de ese límite. Por eso es que he dicho que toda formación hegemónica y por ende toda “sociedad” es siempre últimamente contingente, inestable y precaria. Y también, en la misma línea, amonestado contra los intentos de resolución racional de ese orden, como por ejemplo en el modelo deliberativo del liberalismo político *à la* Rawls, o con la despolitización posdemocrática –tecnocrática– de la “democracia de expertos”⁵⁹. En efecto: ‘antagonismo’ significa tanto la condición de posibilidad de toda constitución/identidad política (en tanto

⁵⁴ En vista de que resulta, en efecto, cuando menos difícil ver “en qué sentido aquello que el choque de dos fuerzas sociales [como ejemplo del antagonismo social analizado] y el choque de dos piedras [ídem, de la atingente oposición física] comparten” podría “constituir la base para una teoría (...) de los antagonismos sociales” (Laclau, 1985, p. 166).

⁵⁵ *Ibid.*, p. 165.

⁵⁶ Dado que, en la contraparte, resulta al menos claro que la contradicción lógica característica de ciertas situaciones reales no implica necesariamente una relación antagonica: “todos participamos en numerosos sistemas de creencias que son contradictorios entre sí y, sin embargo, ningún antagonismo surge de estas contradicciones” (*ibid.*, p. 167).

⁵⁷ *Cf. ibid.*, p. 169.

⁵⁸ *Cf. Mouffe*, 2005, pp. 17-18.

⁵⁹ *Cf. ibid.*, p. 3.

que hegemónica) como de imposibilidad de una identidad total y transparente; de una *sociedad* reconciliada consigo misma⁶⁰.

De aquí que sea, entonces, el reconocimiento de ese intersticio, de la posibilidad óptica y la imposibilidad ontológica de todo ordenamiento social, lo que apremie a Mouffe a lanzar su propuesta radical agonista. Si la política, en su acepción óptica, está siempre penetrada por el flagelo ontológico de lo político, por la existencia de una negatividad congénita que necesariamente impide la completa totalización objetiva de la comunidad, todo proceso de construcción hegemónica/de sociedad –en oposición a la total impostura autoritaria– implica una “formalización” agonista. El problema, como sabemos, es que el proyecto de Mouffe privilegia una resolución hegemónica específica (la democracia liberal), que predetermina la única “formalización” agonista aceptable. De modo que ese intersticio adquiere una forma diferencial especialmente establecida (aquella de la “paradoja democrática” descrita), conveniente al designio radical que defiende.

Ahora bien, después de *Hegemonía*, y tras la revisión teórica que esa comprensión del antagonismo recibe en el trabajo posterior de Laclau, más específicamente, con base en su *New Reflections on the Revolution of Our Time*⁶¹, Mouffe lo reorganiza también en su obra, aunque de manera no sistemática y, como mínimo, imprecisa. Veíamos recién que en el panorama teórico de *Hegemonía* la noción en lugar de denotar una relación real o conceptual entre objetos recogía la negatividad (exclusión) radical constitutiva de la estructura relacional misma: la experiencia límite de las relaciones dicotómicas indefectiblemente en el soporte de toda identidad sociopolítica. El registro ontológico de esta experiencia no podía, por ende, situarse en ninguno de los órdenes del dualismo contrastado, sino que

if we maintain the relational character of any identity [“the great advance carried out by structuralism”] and if, at the same time, we renounce the *fixation* of those identities in a system [i. e., against said tradition], then the social must be identified with the infinite play of differences, that is, with what in the strictest sense of the term we can call *discourse* — on the condition, of course, that we liberate the concept of discourse from its restrictive meaning as speech and writing. (...) [But in this sense:] The social is not only the infinite

⁶⁰ “La sociedad no llega a ser totalmente porque todo en ella está penetrado por sus límites, que le impiden constituirse como realidad objetiva” (Laclau, 1985, p. 170).

⁶¹ Laclau, 1990a.

play of differences. It is also the attempt to limit that play, to domesticate infinitude, to embrace it within the finitude of an order. But this order –or structure– no longer takes the form of an underlying essence of the social; rather, it is an attempt –by definition unstable and precarious– to act over that ‘social’, to *hegemonize* it.⁶²

Desde el punto de vista de nuestro argumento: si, haciendo caso del recuento de *Hegemonía*, todo espacio social se configura a partir de una relación de exclusión antagónica que, como experiencia de su propia delimitación, no puede nunca establecerse definitivamente y sin remanentes. Lo que se descubre lógicamente, entonces, es un terreno relacional de diferencias, donde las identidades no tienen ningún lugar *esencial* determinado⁶³ una vez que se establecen únicamente en virtud de su relación con otras diferencias. Este es el sentido teórico, posestructuralista, de lo que los autores asumen a partir de la categoría de ‘discurso’: un sistema relacional de diferencias que sólo puede, en la medida que se trata de un juego interminable, consolidarse –es decir, *significar* una identidad específica– como un intento fallido de hegemonización. El establecimiento, bajado al campo práctico de construcción de lo social, *práctico-discursivo* de una *estructura* de poder determinada, fundada y sostenida a base de una exclusión necesaria. Mas cuya frontera, al resultar, como he descrito, contingente y precaria, necesariamente fracasa en fijar y detener el flujo de elementos diferentes.

Traducido a un lenguaje más lato, el orden político hegemónico no puede nunca cerrarse en un *sistema* decisivo y sin restos, sin excedentes heterogéneos, sin, como veremos, el acecho de las diferencias que reprime; de las identidades que lo niegan. Su frontera siempre puede verse amenazada y desplazada, políticamente contestada y atacada, como ocurre de manera continua –y en el último tiempo persistentemente marcada tanto por brotes

⁶² Laclau, 1990a, pp. 90-91.

⁶³ Como es sabido, Laclau y Mouffe desarrollan esta redescrición antiesencialista de la hegemonía (que diseccionaré en el próximo capítulo) a partir de una examinación crítica de los modos en que la tradición marxista “[was] grounded in an essentialist conception of both society and social agency” (*ibid.*, p. 89): “Against this essentialist vision we (...) accept the infinitude of the social, that is, the fact that any structural system is limited, that it is always surrounded by an ‘excess of meaning’ which it is unable to master and that, consequently, ‘society’ as a unitary and intelligible object which ground its own partial processes is an impossibility” (*ibid.*, p. 90). De esto trata, justamente, el proyecto genealógico de reconstrucción conceptual de *Hegemonía*. El telón argumental de fondo que les vale el calificativo, a sus autores, de *posmarxistas*.

impetuosos de insurgencia⁶⁴ como por una férrea reacción neo-protofascista (Le Pen, Bolsonaro, Duque, Trump, Modi, Erdoğan)⁶⁵— en las sociedades democráticas — pudiendo, en fin, resultar resquebrajada e incluso demolida por este exceso.

⁶⁴ Cf. *infra*, nota 318.

⁶⁵ En una entrevista reciente a Mouffe, se le formula una pregunta por su opinión con respecto al populismo de derecha y el partido español Vox a la que responde trazando la siguiente nebulosa y vaga línea demarcatoria entre el populismo de derecha, que, en tanto populismo, retendría los rasgos de la construcción hegemónica (respondiendo a/articulando demandas democráticas), y el exceso protofascista:

No sé si el de Vox es un populismo de derecha. Según un artículo que acabo de leer, Vox es mucho más parecido al caso de Jair Bolsonaro en Brasil. Estoy de acuerdo con eso. Y al de Bolsonaro personalmente no lo veo como un populismo de derecha. Yo por lo general no hago una equivalencia entre fascismo y populismo de derecha (...) [y Bolsonaro es] una especie de protofascismo y hay que hacer la diferencia. De la misma manera, Vox me parece que no es un populismo de derecha. El populismo de derecha es un populismo que da respuestas o una articulación xenófoba a demandas democráticas. Pero si no son demandas democráticas, no hablaría de populismo de derecha. En el caso de Vox, es tal vez un poco apresurado porque todavía no hay muchos análisis (...). En el caso de Bolsonaro, es complicado pero tampoco veo que haya demandas democráticas, en su mayoría se trata de un rechazo total, más que una articulación de demandas democráticas (Mazzolini, 2019, p. 133).

La distinción, sin embargo, no se plasma de manera consistente. Por un lado, pareciera que el referente de esta “especie de protofascismo” que Mouffe discierne no puede analizarse en función de la lógica hegemónica, democrática, del populismo que su teoría acomoda. Por el otro, parece tratarse de un exceso no completamente (no “en su mayoría”) diferenciado respecto de ese plano, lo que quiere decir que debiera aún retener en cierto modo la estructura democrática de construcción hegemónica del pueblo. Pero en este caso no puede ni mínimamente, sin contradicción, significar el “rechazo total” mencionado. Aquello que los enunciados inferidos de que (a) el populismo de derecha difiere del protofascismo por su carácter hegemónico-democrático, y (b) el protofascismo supone una totalización plena de la sociedad basada en el rechazo (del contenido positivo) de los reclamos democráticos, a mi parecer, describen son los extremos de un espectro a menudo turbio y caprichoso. ¿Hasta qué punto no podemos decir que se trata, en ambos exponentes, de construcciones políticas homogéneas, firmemente dirigidas, centradas en torno a una exclusión basada en el asedio de grupos concretos, mas que deben, sin embargo —en principio—, suponer un proceso de universalización hegemónica (articulado en torno a ese foco de antagonización)? No obstante, esto no sólo corre en contra de (i) la lógica diferencial-equivalencial (basada en cadenas plurales y heterogéneas de demandas singulares), (ii) popular (o “desde abajo”), (iii) fundada en el establecimiento de una frontera binaria, definicionales del ‘populismo’ en su actual acepción hegemónica (el populismo como Mouffe lo entiende, *cf. infra*: 2. 1.), sino también del protofascismo en su carácter totalizador, que no puede ser democrático ni, en esa estrecha acepción, hegemónico. Y en esta misma línea, precisamente: ¿hasta qué punto no son ambos, de igual modo, posdemocráticos —y, por ende, no democráticos—, defensores de ciertas instituciones liberales, p. ej., el estado de derecho, pero sólo en sus corrupciones neoliberales, en el ejemplo: de un estado de derecho servil al derecho privado (*cf. infra*: 3. 1.)? Los dos géneros, del populismo de derecha y el nuevo protofascismo emplazado, se resisten a ser tipificados bajo la matriz analítica (posgramsciana sobregirada) de la hegemonía populista vs. la totalización autoritaria.

El problema de fondo, como desarrollaré más adelante, es la supuesta autenticidad conferida al populismo democrático como la lógica política, y, por ende, hegemónica *tout court*, que emana del colapso de la lógica política con la política democrática (liberal) que he acusado. El populismo democrático es tan sólo un modo de construcción hegemónica. El neoliberalismo, como he deslizado, actualiza una hegemonía posdemocrática. Asimismo, no todo populismo es democrático, como demostraré en mi crítica del líder carismático.

Lo que Laclau eventualmente, sin embargo, percibe es que para que esa hegemonización últimamente fallida e inestable de la “sociedad” pueda en efecto constituirse a partir de la escisión antagónica, requiere de alguna forma de identificación previa, de un cierto historial simbólico que torne significativa y permita articular y afianzar la exclusión. Si se tratara, como constaba en el análisis de *Hegemonía*, de la experiencia “pura” del límite de toda identificación socio-simbólica, de toda *significación* práctica, la propia división emergería como radicalmente descontextualizada, anterior a todo espacio social-discursivo, a toda producción común de sentido. Lo cual es absurdo. El antagonismo en tanto que constitutivo de las formas de identificación políticas y sociales debe ser, entonces, reinscrito. Derrocado, esto es, de su rango ontológico de condición y límite radical de esos objetos; en suma: relativizado. Esto es lo que Mouffe, por su parte, asimila a partir de

the Derridean notion of the ‘constitutive outside’: (...) a content which, by showing the radical undecidability of the tension of its constitution, makes its very positivity a function of the symbol of something exceeding it: the possibility/impossibility of positivity as such. In this case, (...) the ‘them’ is not the constitutive opposite of a concrete ‘us’, but the symbol of what makes any ‘us’ impossible.

Understood in this way, the constitutive outside allows us to tackle the conditions of emergence of an antagonism. This arises when this us/them relation, which until then was only perceived as simple difference, began to be seen as one between friend and enemy. (...). Antagonism, then, can never be eliminated and it constitutes an ever-present possibility in politics. A key task of democratic politics is therefore to create the conditions that would make it less likely for such a possibility to emerge.⁶⁶

El antagonismo deja de ser el límite radical de la simbolización/constitución de los objetos y las identidades sociales; sus condiciones de afloramiento en lugar de invocar la “pura” experiencia de la negatividad radical en tanto que indicativa de la condición ontológica (socio-simbólica) humana, remiten a lo que Laclau conceptualiza como una *dislocación* de ese orden⁶⁷. Es esta experiencia previa, de una falta o corte abierto en la propia estructura de la significación, la que pasa a constituir entonces “*the ultimate ontological horizon of human construction and discourse*”⁶⁸. La negación (no simbólica y, por ende, previa a

⁶⁶ Mouffe, 2000, pp. 12-13.

⁶⁷ En *New Reflections*, Laclau expresamente desplaza su comprensión del antagonismo como el límite simbólico que funda (discursivamente) a lo social por esta aplicación del concepto psicoanalítico de ‘dislocación’. Cf. Laclau, 1990.

⁶⁸ Stavrakakis, 2007, p. 69.

cualquier exterior constitutivo) que amenaza su positividad y a la vez propicia las condiciones para que se asiente: es aquí donde la posibilidad del antagonismo reemerge como la lógica irreductible y radical de construcción socio-simbólica. No obstante, si todas las identidades devienen originalmente, por lo tanto, dislocadas, condicionadas por una crisis estructural básica que, en negarlas las diferencia, la construcción antagónica sólo puede ser “irreductible y radical” como una *tendencia* interna de la estructura misma. Dependiente, de manera no directa ni necesaria, de ese *principio* previo. Podría decirse, como una condición ontológica *potencial* (dependiente, intradiscursiva) en contraste con la condición ontológica *radical* de la dislocación⁶⁹. Dos razonamientos se siguen, en mi distinción, de esto:

Primero, que, dado que la fractura sistémica de la dislocación consiste en una negación básica de cualquier “nosotros”, en tanto que esta construcción debe presuponer (la articulación de) un ‘ellos’ para positivarse, el antagonismo refleja la *tendencia* constitutiva de esa relación de “simple diferencia” a convertirse en el *locus* de una confrontación donde lo que se arriesga es la propia inclusión/exclusión sistémica⁷⁰. Pero este es tan sólo el tipo más radical de recomposición política/socio-simbólica entre otros (como el puramente diferencial, o el agonista). Y tan sólo una forma interna particular de exclusión: el ‘exterior constitutivo’, construido como *enemigo*. Más radical que la externalidad puramente diferencial del “ellos”, pero a la vez dependiente de la exclusión radical previa, irrepresentable, de la dislocación.

⁶⁹ La dislocación es ontológicamente radical en el sentido negativo de que corta el orden discursivo desde el inicio y con ello provee la condición de emergencia del antagonismo potencial. Esquemáticamente, podríamos decir que: 1) el ‘discurso’ denota el marco ontológico trascendental de lo político-social (ontología general, o el principio ontológico sin más); 2) la ‘dislocación del discurso’ denota el límite radical interno y condición ontológica de lo político-social (principio ontológico negativo); 3) el ‘antagonismo’ denota la condición ontológica de lo social que sólo puede emerger al interior del discurso (principio ontológico intradiscursivo).

⁷⁰ Esto es, debido a los puntos de crisis –dislocaciones– que se generan en el sistema, la indeterminación estructural que estos representan. En palabras de la autora: “(...) *many us/them relations are merely a question of recognizing differences. But (...) there is always the possibility that this ‘us/them’ relation might become one of friend/enemy. This happens when the others, who up to now were considered as simply different, start to be perceived as putting into question our identity and threatening our existence*” (Mouffe, 2013a, p. 5).

Segundo, si lo ontológicamente primordial como límite o condición de posibilidad/imposibilidad de la vida social no es más el conflicto mismo, un “puro” y crudo antagonismo (relación amigo/enemigo), su necesidad deviene ahora condicionada y puede, en teoría, desviarse; manejarse. Esto es lo que Mouffe operacionaliza (en el sentido de que hace teóricamente operativo para la política empírica; en su práctica óptica) con la introducción de su noción de agonismo (relación entre adversarios).

Pero si esto es así, y el antagonismo es la condición ontológica interna, potencial, de la construcción socio-simbólica, aquello que transforma la simple diferencia en una relación de inclusión/exclusión entre dos campos claramente contrapuestos (el primer razonamiento), entonces cualquier y toda “formalización” o comunidad política sólo puede originalmente determinarse a partir del establecimiento de una frontera antagónica (el segundo). De modo que, así como el antagonismo “*constitutes and ever-present possibility in politics*”, la política misma no puede cimentarse sin una fisión antagónica mediante. Y si bien ‘lo social’, consiguientemente, remite al momento de sedimentación o desvanecimiento y ocultación de esos orígenes en un estado de cosas que se disimula, entonces, como natural o dado, se trata en todo caso de una construcción que es “*ultimately political and has to show the traces of the acts of exclusion which govern its constitution; what, following Derrida, can be referred to as its ‘constitutive outside’*”⁷¹ (aun en los casos en que la sedimentación es tan espesa que “*the contingent nature of that influence, its original dimensión of power*”, que por igual la bloquea y es prerequisite de aquella⁷², *do not prove (...) visible*”⁷³).

Pero las dos premisas que sostienen este argumento, nos reenvían aún al principio anterior, y propiamente fundante, de que: es la indeterminación estructural de la dislocación la que, al fin y al cabo, revela “*the impossibility of constituting a form of social objectivity which would not be grounded on an originary exclusion*”⁷⁴. La existencia última de una negatividad que interrumpe de manera incondicional el cierre objetivo de todas las

⁷¹ Mouffe, 2000, p. 21.

⁷² Cf. Laclau, 1990a, p. 17.

⁷³ Laclau, 1990a, p. 34.

⁷⁴ Mouffe, 2000, p. 11.

diferencias de la “sociedad”. El antagonismo ha resultado categorialmente relevado y subordinado; ontológicamente rebajado a la condición de una potencialidad *interna* al proceso de significación. Al terreno de los actos de poder (decisión, objetivación) que suplantán los efectos estructurales primarios de la dislocación, donde la oposición amigo/enemigo no es la única clase de reagrupación político-discursiva, de reinscripción hegemónica, que configuran. La noción de ‘agonismo’ de Mouffe pretende recoger, sobre esa base, efectivamente otra: entre adversarios, que sería ético-políticamente constitutiva, y compatible con, los objetivos de la democracia pluralista. La clase de reunión que se conseguiría como producto de, según he mostrado, una determinada “formalización” óptica del antagonismo: su inscripción en el contexto de una comunidad política (en una *cierta* medida) inclusiva.

El problema, como buscaré poner en evidencia en lo siguiente, es que en la obra de Mouffe persiste también un relato que se contradice con esta medida, recogiendo sobre una versión no relativizada del antagonismo. En esta aprehensión no puede, evidentemente, tratarse, como veíamos en la segunda premisa precedente, de una operacionalización de esa disociación hostil intrínseca concebida como una condición que es posible desviar o, de cierta manera, manejar políticamente. Ninguna institución “formal” del campo social puede influir sobre su propio principio último, constitutivo; inscribir discursivamente el límite radical de la inscripción misma.

Para volver, entonces, a mi pregunta inicial acerca de cómo sería posible la sublimación agonista del antagonismo, los argumentos primero y segundo que derivé en mi exposición arriba apuntan a la respuesta de: porque no consiste literalmente en sublimar el antagonismo constitutivo, sino en una diferente construcción política de esa división, que permitiría aliviar dicha tendencia. Esta es la línea argumentativa que Mouffe defiende, afirmándola de manera clara, compacta y repetida en *La paradoja democrática* y *En torno a lo político*:

The adversarial [agonistic] model can be seen as constitutive of democracy because it allows democratic politics to transform antagonism into agonism. In other words, it helps us to envisage how the dimension of antagonism can be ‘tamed’, thanks to the establishment of

institutions and practices through which the potential antagonism can be played out in an agonistic way.⁷⁵

Pero, en las escasas y someras oportunidades en que Mouffe, no obstante, vuelve sobre lo que esa dimensión significa, esto es, sobre los supuestos ontológicos del modelo político-óntico que las ‘transformación’ o ‘domesticación’ de la cita concretizan, su descripción del antagonismo parece simplemente revertirlo al horizonte de la dislocación⁷⁶. Aun cuando estas ocasiones, marginales y tenues, pudieran parecer quizás intrascendentes, su intercalación da cuenta de la presencia de dos lecturas estrictamente antinómicas. El agravante sustancial es que la susodicha identificación del antagonismo con el hito mismo radical efectivamente obtiene una atestación textual, por lo demás y nada menos que en la única publicación –post-*Hegemonía*– en que la filósofa, a mi entender, directamente ahonda en su comprensión ontológica del concepto: la crítica de los postulados filosóficos del planteamiento estratégico de Hardt y Negri extendida en *Agonística*:

The problem of this immanentist ontology is its inability to give an account of radical negativity, i. e. antagonism. True, negation is present in the work of these theorists, and they even use the term ‘antagonism’, but this negation is not envisaged as radical negativity. It is either conceived on the mode of dialectical contradiction or simply as a real opposition. (...). As I and Ernesto Laclau have shown in *Hegemony and Socialist Strategy*, to envisage negation on the mode of antagonism demands a different ontological approach. It is not possible to make room for radical negativity without abandoning the immanentist idea of a homogeneous, saturated social space and acknowledging the role of heterogeneity. Indeed, as pointed out by Laclau, the two poles of antagonism do not belong to the same space of representation and they are essentially heterogeneous with respect to each other. It is out of this irreducible heterogeneity that they emerge. (...). To envisage it [i. e., the field of

⁷⁵ Mouffe, 2005, p. 21.

⁷⁶ En adición al testimonio textual de *Agonística* que reviso a continuación en el cuerpo, este movimiento de reducción de las funciones de la dislocación al antagonismo está presente en momentos como los significados por las citas: “(...) by the simple fact of the presence of negativity and given the primary and constitutive character of any antagonism, the hiding of the “ultimate” undecidability of any decision will never be complete” (Mouffe, 1993, p. 141). “My reflection (...) is informed by a theoretical approach developed in *Hegemony*” de los conceptos clave de ‘antagonismo’ y hegemonía: “Both notions point to the existence of a dimension of radical negativity that manifests itself in the ever-present possibility of antagonism” (Mouffe, 2018, p. 87). Una ulterior confirmación de esta reducción está dada a partir de la retención, por parte de Mouffe, de la noción del sujeto discursivamente posicionado de *Hegemonía*, que no incorpora teóricamente la revisión, exigida por la introducción de la ‘dislocación’, de aquel como necesariamente dislocado, el ‘sujeto de la falta’ de Laclau: cf. *infra*, nota 129.

politics] as ‘acting in concert’ leads to erasing the ontological dimension of antagonism that I call ‘the political’, which provides its quasi-transcendental conditions of possibility.⁷⁷

La confusión es aquí patente: Mouffe presenta la aproximación de *Hegemonía* y la versión perfeccionada por Laclau como las dos caras de una misma idea, en que el ‘antagonismo’ deviene coextensivo con lo que el autor de *La razón populista* designa como ‘dislocación’. Sin embargo, esta última no puede ser equivalente a una escisión antagónica radical precisamente porque –como he indicado– la idea “de vivir esa experiencia de la dislocación como antagónica (...) ya presupone un momento de construcción discursiva de la dislocación, que permite dominarla, de alguna manera, en un sistema conceptual”⁷⁸. Pero esto es imposible. La dislocación, contrariamente, lo que señala es una indeterminación sistémica radical; una falta en el campo conceptual de representación. Asimismo, el antagonismo no puede, tampoco, suponer una exclusión irrepresentable porque para construir al enemigo debe insertarse dentro del sistema de representación y, por lo tanto, subordinarse a los efectos de esa negatividad previa.

Esta asimilación errónea de ambos principios persiste a través del texto de Mouffe, no sólo en su empleo de la noción de negatividad radical, sino a la base también de otras descripciones⁷⁹. Esto aun y precisamente a pesar de sus intentos por consagrar la imagen revisada del antagonismo como “la posibilidad siempre presente” de la dimensión ontológica de “lo político”. La reconceptualización del antagonismo como una forma tendencial –no originaria ni radical– de lo social, que tiene sus condiciones de emergencia al interior constitutivo de ese orden permitiendo, de esa manera, entonces, abordarlo como una propensión virtual de las relaciones sociales humanas que *puede desviarse* políticamente. Lo que no podría ser, sin duda, el caso de tratarse efectivamente del límite de la objetividad social, como leíamos en la crítica de la ontología inmanentista atribuida a los autores de *Imperio*. En cualquier caso, la ontologización del antagonismo que se desprende de esta exégesis expone una disparidad teórica en el pensamiento de la autora:

⁷⁷ Cf. Mouffe, 2013a, pp. 77-82.

⁷⁸ Villalobos, 2002, p. 126.

⁷⁹ Cf. *supra*, nota 76.

hay una continuidad de su denotación como límite *radical* que, no obstante, aparece, de ese modo, conflagrada con su revisión como *potencia*.

Si el antagonismo es una condición potencial, una posibilidad constitutiva, entonces puede encausarse a través de canales “formales”. Donde esta *construcción*, a pesar de las ambigüedades que pudiera educirse de sus rótulos descriptivos (de domesticación o amansamiento, sublimación, transformación, etc.) no puede significar modificarlo; su presencia continuará siempre latente. Pero esto significa que no puede afirmarse simultáneamente, sin contradicción, como una condición radical, una categoría irreductible y absolutamente primaria con respecto a la realidad sociopolítica. Es por esto que decía que la asimilación que es posible verificar en Mouffe de la concepción relativizada del antagonismo es imprecisa; más bien, visiblemente inconsistente. Pero aquí es donde interviene la segunda lectura a la que hacía mención arriba, que da cuenta de una línea argumentativa distinta, en que Mouffe explícitamente repite y valida la revisión exacta de Laclau:

It is true that in *Hegemony and Socialist Strategy*, we presented antagonism as the very limit of objectivity (...). But later on, we realised –in fact it was Ernesto Laclau who has elaborated this in *New Reflections on the Revolution of our Time* (1990)– that prior to the category of antagonism there is the category of dislocation. Compared to dislocation, antagonism is already a form of symbolic inscription. And thus, dislocation is what indicates the limit of every objectivity, (...). In this sense, the category of antagonism is in fact a category that situates itself between the ontological and the ontic. It is what Derrida would call ‘*charnière*’ or ‘hinge’. As such, a category like antagonism belongs to the ontological, but since it contains already some kind of symbolic inscription, it is also an ontic category. It is true that in my posterior work I became more interested in the symbolic ontic inscription.

So there is indeed some kind of slight shift, but this is due to the fact that we have introduced the category of dislocation as being prior to the category of antagonism. Once this becomes clear, it becomes understandable that you can study the way antagonisms are inscribed in the symbolic order.⁸⁰

Este extracto corresponde a una entrevista en la que se le pregunta a Mouffe si acaso habría un cambio en su concepción del antagonismo con respecto a la postura de *Hegemonía*. Lo curioso es que su respuesta, transcrita casi enteramente en la cita, antecede a la publicación de *Agonística* donde Mouffe expone la primera línea argumentativa comentada. La autora,

⁸⁰ Decreus, 2011, pp. 681-682.

en cualquier caso, no se hace textualmente cargo de esta revisión teórica; la inconsistencia señalada igualmente aflora.

Sea como fuere, lo innegable es que aceptar la realidad inerradicable del elemento disociativo implica reconocer no sólo que el *demos* es múltiple, sino también que está dividido y que esta condición no puede ser superada, sólo canalizada institucionalmente de maneras ya más o menos democráticas e igualitarias, sobre la base ético-política de un consenso conflictual entre adversarios (el modelo al que también, en sus diversas variaciones, se le ha llamado *democracia disociativa*⁸¹). Pero esta “formalización” no puede tampoco, por lo tanto, ser posible sin pluralismo. Sin, como Mouffe lo entiende, “*a plurality of competing forces which attempt to define the common good and aim at fixing the identity of the community*”⁸². Un bien común que nada más puede implementarse como un horizonte parcial y contingente de la práctica política⁸³, y una fijación que, en ese sentido, requiere, y volveré sobre esta importante cuestión más adelante, asegurar “*a real purchase on people’s desires and fantasies*”⁸⁴.

El problema, podrá a estas alturas advertirse, es que el bien común, “bien político”⁸⁵, definitorio de la democracia liberal en el pensamiento de la teórica paradójicamente presupone una frontera ético-política primordial e inapelable que precisamente pervierte su papel de horizonte práctico tentativo. Quisiera, por último, concluir este capítulo con un breve análisis de las implicancias de ahí acarreadas para las dos aplicaciones macropolíticas

⁸¹ Cf. *supra*, nota 31.

⁸² Mouffe, 2000, p. 56.

⁸³ “*The political community, (...) where a “we” is constituted, requires the correlative idea of the common good, but a common good conceived as a vanishing point, something to which we must constantly refer but that can never be reached. (...) a “social imaginary”*” (Mouffe, 1992, p. 30). En el marco liberal democrático de Mouffe este ‘bien común’ especifica “*a ‘grammar of conduct’ that coincides with the allegiance to the constitutive ethico-political principles of (...) liberty and equality for all*” (*loc. cit.*). En este sentido, sin embargo –y este es justamente el pivote de mi crítica–, el bien común que la teórica reivindica, de los principios democráticos en su demarcación liberal, antes que ese horizonte social aludido, prescriben una frontera institucional y normativa: una determinación primordial e inapelable de la comunidad política.

⁸⁴ Mouffe, 2005, p. 6.

⁸⁵ Mouffe introduce la especificación del ‘bien político’ para defender su posición de que: “*(...) if a liberal democratic regime must be agnostic in terms of morality [i. e., of the common good or common moral good], it is not –and cannot be– agnostic concerning the political good since it affirms the political principles of liberty and equality. (...) the rejection of a single conception of the moral good should not ignore the existence of the ‘political good’, the good which defines a political association as such*” (Mouffe, 1993, pp. 31-32).

del programa radical agonista que Mouffe sostiene: la ciudadanía y el esquema político internacional.

1.3. La ‘ciudadanía radical’

El concepto democrático radical de ciudadanía que, como he emplazado, contempla una implantación programática central del proyecto de democracia radical de la filósofa política belga, responde a un componente esencial de su veredicto con respecto a la liberalización de los regímenes políticos occidentales y su degradación en meras, empobrecidas, democracias formales. Según sintetiza:

Liberalism has contributed to the formulation of the notion of universal citizenship, based on the assertion that all individuals are born free and equal, but it has also reduced citizenship to a mere legal status, indicating the rights that the individual holds against the state. The way those rights are exercised is irrelevant as long as their holders do not break the law or interfere with the rights of others. Notions of public-spiritedness, civic activity and political participation in a community of equals are alien to most liberal thinkers. Besides, the public realm of modern citizenship was constructed in a universalistic and rationalistic manner that precluded the recognition of division and antagonism and that relegated to the private all particularity and difference.⁸⁶

Ante este escenario, Mouffe propone revigorar los valores del brazo liberal “ético” del pluralismo y la libertad individual⁸⁷, diluidos bajo la caracterizada reducción legalista-formal de la ciudadanía, a través de su complementación con los de participación política y una comunidad activa provenientes del republicanismo cívico⁸⁸. Una campaña que no sólo involucra redimir el sentido de lo público y reacondicionarlo a la expansión del reconocimiento e institucionalización agonista de la democracia pluralista que la autora vindica, sino reformularlo con vistas a su continua, recíproca imbricación con lo privado⁸⁹.

⁸⁶ Mouffe, 1993, p. 83.

⁸⁷ Opuesto a la tendencia prominente de las lógicas despolitizantes reafirmadas por los modelos racionalistas e individualistas de las contribuciones paradigmáticas de J. Schumpeter y J. Rawls, antes referidos. La tradición que, como analizaré en el tercer capítulo, Mouffe, siguiendo la reivindicación de Macpherson, remite al “liberalismo ético” de J. S. Mill, en el sentido de: “*To take seriously the ethical principle of liberalism is to assert that individuals should have the possibility of organizing their lives as they wish, of choosing their own ends, and of realizing them as they think best*” (*ibid.*, p. 104).

⁸⁸ Cf. Mouffe, 1993, p.p. 37-38; 1992, p. 29.

⁸⁹ “*In this view, the public/private distinction (...) does not correspond to discrete, separate spheres; every situation is an encounter between ‘private’ and ‘public’ because every enterprise is private though never*

De aquí que la reconfiguración equivalga no sólo a una diferente comprensión de la facultad ciudadana, sino a una reconstrucción radical de la comunidad política. La ciudadanía en esta resignificación deja de representar la mera concreción pasiva de un estatus legal y adjunta aseguración de garantías políticas, para denotar la *identidad política común* creada a través de una forma cívico-republicana de identificación activa, colectiva, con los valores político-liberales defendidos. Un ‘principio articulador’ para los diversos modos potencialmente disponibles de asumir prácticamente ese horizonte⁹⁰, los diferentes proyectos hegemónicos que de tal modo habilita (liberal conservador, socialdemócrata, neoliberal, para repetir los ejemplos que Mouffe menciona⁹¹), “*fostering a plurality of forms of being a democratic citizen and creating the institutions that would make it possible to follow the democratic rules in a plurality of ways*”⁹². En la recolección de la autora:

What we share and what makes us fellow citizens in a liberal democratic regime is (...) a set of political principles specific to such a tradition: the principles of freedom and equality for all. These principles constitute what we can call, following Wittgenstein, a ‘grammar’ of political conduct. To be a citizen is to recognize the authority of such principles and the rules in which they are embodied, to have them informing our political judgement and our actions. To be associated in terms of the recognition of liberal democratic principles: this is the meaning of citizenship that I want to put forward. It implies seeing citizenship not as a legal status but as a form of identification, a type of political identity: something to be constructed, not empirically given. Since there will always be competing interpretations of the democratic principles of equality and liberty, there will therefore be competing interpretations of democratic citizenship.⁹³

Ahora bien, la interpretación ‘democrática radical’ de la ciudadanía que la postura política de Mouffe específicamente favorece consiste en concretizar la “gramática de conducta” ciudadana que ese proyecto impulsa: la asociación de los diferentes grupos enzarzados, desde sus propias posiciones particulares, en la lucha por una mayor y mejor democracia, en torno a la denuncia de las situaciones de dominación que todavía deben ser

immune from the public conditions prescribed by the principles of citizenship. Wants, choices and decisions are private because they are the responsibility of each individual, but performances are public because they have to subscribe to the conditions specified by a particular understanding of the ethico-political principles of the regime which provide the ‘grammar’ of the citizen’s conduct” (Mouffe, 1993, p. 84).

⁹⁰ “*Citizenship (...) is an articulating principle that affects the different subject positions of the social agent, while allowing for a plurality of specific allegiances and for the respect of individual liberty*” (*ibid.*, p. 84).

⁹¹ Cf. Mouffe, 2000, pp. 103 o 104.

⁹² *Ibid.*, p. 73.

⁹³ Mouffe, 1993, pp. 65-66.

desafiadas para que esa aspiración se cumpla⁹⁴. Tal vendría a ser su rol como principio articulador de estas luchas, en la *construcción* hegemónica de una identidad política colectiva (“nosotros”) en tanto que ciudadanos democráticos radicales.

La tentación en este punto es a querer, subsiguientemente, aseverar que lo que se tiene a partir de lo anterior es, respectivamente: la forma programática general de la ciudadanía que una democracia radical pluralista debiera impulsar, y el contenido político específico que se pretende que la hegemonice. Pero la desambiguación es imposible: lo que se nos presenta no es, por un lado, una forma política general sin referente o vacía y, por el otro, una especificación particular, sino una forma que posee ya una marca específica –definida por la identificación cívico-republicana con los principios del liberalismo político asumido– que en consecuencia predetermina la especie de conjugaciones posibles permitidas. Con la consecuencia de que: o bien la ‘ciudadanía democrática radical’ ha de ser una de estas conjugaciones que habilita, pero no puede ser la especie misma; tan sólo un modo particular de concebirla. O bien constituye la especie misma, en cuyo caso se identificaría plenamente con la forma general de la ciudadanía, determinando no solamente el único proyecto de ciudadanía admisible, sino la forma de identificación fundamental, necesaria, con la misma. Pero esta segunda opción es lo que la caracterización referida directamente rechaza, de manera que: (a) la ‘ciudadanía democrática radical’ que Mouffe propone no puede identificarse enteramente con el modelo de ciudadanía específico de la democracia radical como construcción sociopolítica, y (b) esta última no puede proveer una *mera* forma (práctico-discursiva) general de identificación/hegemonización para una diversidad de modelos de ciudadanía posibles.

Otra manera de interpretar esto es desde el prisma estratégico. Vale decir, no ya por la vía de la distinción entre la forma y el contenido de la ciudadanía promovida, mas de su destilación en el sentido del horizonte habilitante o ‘ideal práctico’ y la estrategia

⁹⁴ “A radical democratic interpretation will emphasize the numerous social relations in which situations of domination exist that must be challenged if the principles of liberty and equality are to apply. It indicates the common recognition by the different groups struggling for an extension and radicalization of democracy that they have a common concern” (*ibid.*, p. 84).

hegemónica concreta. Visto a partir de este reverso: la ‘ciudadanía democrática radical’ define una estrategia ciertamente idónea para realizar ese ideal directriz de ciudadanía inclusiva, pero existen también otras formas específicas de identificación hegemónicas que podrían disputarlo y reimaginarlo. De modo que su determinación político-liberal y cívico-republicana no requiere necesariamente de la articulación de una identidad democrática radical, sino que habilita también múltiples otras, p. ej., liberal conservadora, socialdemócrata, neoliberal, etc. La salvedad que surge entonces es que la determinación, sin embargo, es estrecha. En realidad, se trata de un problema aún mayor: establece –ya lo previmos– un horizonte específico. En otras palabras, lo que la conjugación democrática radical del pluralismo y la libertad individual con los valores cívico-republicanos de involucramiento político activo promociona como la forma hegemónica de la ciudadanía es un proyecto ético-político definido. De modo que, nuevamente: (a) la ‘ciudadanía democrática radical’ es más que una mera alternativa disputable de ciudadanía, y (b) la democracia radical, menos que un mero marco ideal-directriz de la disputa.

La implicancia es que la ciudadanía no puede configurar un principio articulador general para una variedad de identificaciones políticas posibles con los principios liberales y los ideales cívico-republicanos de participación política y, a la vez, articular una construcción específica de los mismos. Los intentos por desambiguar esta relación reflejan el callejón sin salida de que: (a) una particularidad no puede hegemonizar una forma específica –un universal ya diferenciado específicamente– con la que no se identifique (ya que esa diferenciación específica la excluiría), e inversamente: (b) la universalidad de la forma específica no puede admitir que otras diferencias particulares la hegemonicen (a menos que puedan identificarse específicamente con ella).

La razón es que, para adelantar un argumento que analizaré más adelante, la operación hegemónica requiere que el principio articulador funcione como el símbolo de una universalidad ausente, en este caso, de la ciudadanía democrática radical que falta. Y en un sistema relacional-diferencial como el que rige esto sólo puede concretarse cuando una diferencia particular la consolida. Si el principio articulador es, en cambio, ya un símbolo específico, una universalidad con un cierto contenido –o, en la fórmula de Laclau:

parcialmente encarnada— su consolidación no va a poder provenir de cualquier diferencia disponible, sino de una que ya esté específicamente comprendida en ese campo. De cualquier manera, y puesto que al análisis de la hegemonía me volcaré en la segunda parte, lo importante es que, a pesar de las pretensiones activamente inclusivas de la concepción de ciudadanía investigada, lo que se obtiene es un marco altamente restrictivo —en lugar de general, inclusivo y radicalmente democrático— de reconstrucción política de la ciudadanía. Completamente antitético con el agonismo pluralista que pretendidamente promueve.

Aunque estas consecuencias parecen bastante extrañas reproducen un patrón ya plenamente identificado: la paradoja implícita en el programa, entre las pretensiones de inclusión pluralista de la democracia radical proyectada y su “formalización” específica. Es esta discordancia fundamental la que trunca cualquier posibilidad de desambiguar el análisis, impidiéndole a Mouffe negociar la distinción entre la ‘ciudadanía radical’ como hegemónicamente disputada (por la diversidad de formas posibles de interpretarla, que representan la pluralidad de proyectos en pugna) y la ‘ciudadanía radical’ como el propio marco hegemónico de la disputa (encarnada por un proyecto político específico). De aquí que su posición increíblemente engendre una estrategia virtual, insospechada, de cierre y despolitización del orden hegemónico sobre el concepto de ciudadanía; prácticamente en las antípodas de su legitimación como objeto permanente y radicalmente disponible de reconstrucción política. En oposición a una concreción activa, en la veta cívico-republicana, de la democracia radical pluralista, lo que esta concepción de la ciudadanía prescribe es su formalización normativa. Es decir que los valores ético-políticos liberales a los que Mouffe adscribe, continúan aquí paradójicamente funcionando como un marco político-normativo incompatible con cualquier proyecto radical importante.

1.4. Hacia un mundo plurihegemónico

Por último, resta todavía repasar la manera en que Mouffe propone extender el proyecto democrático radical a la arena internacional. Sus consideraciones en este campo se sitúan en oposición tanto a las arremetidas radicales que, confrontadas con la falta de canales políticos para desafiar la hegemonía del modelo de globalización neoliberal imperante, se

repliegan en una negación total del orden internacional establecido⁹⁵, como a las teorías enfocadas en la defensa de una democracia cosmopolita, dividida en dos grandes derivas. La versión tradicional, de aliento kantiano, que postula no sólo la posibilidad de una superación mundial de la hegemonía y la soberanía –con la consecuente extirpación de la política al nivel planetario–, sino y con ello, la universalización del modelo democrático-liberal occidental por sobre la pluralidad de los demás regímenes⁹⁶. Y la deriva del “nuevo cosmopolitismo”, cuyo objetivo apunta a reconciliar su estándar abstracto de justicia mundial con los sentidos de pertenencia y acción locales a través de un reforzamiento de la solidaridad y la reciprocidad a nivel transnacional; así pues, en detrimento de los valores racionalistas y eurocéntricos del cosmopolitismo tradicional⁹⁷. El universalismo sigue, sin embargo, radiando también esta perspectiva que, con su insistencia en “*a common belonging beyond all differences*” y correlativa disolución “[*of the*] *individual attachment to specific communities*”⁹⁸, desconoce la dimensión política del antagonismo, últimamente promoviendo (el establecimiento de un consenso en torno a) la hegemonía del modelo de modernidad occidental⁹⁹.

En contra de estas alternativas, respectivamente antisistémica y de universalización hegemónica del modelo occidental, en cuyas perspectivas (análogamente, en lo que Mouffe registra como “*an unexpected convergence*”) “*power can be overcome, the constitutive*

⁹⁵ Las alternativas del “éxodo”, que tienen su fuente en la obra seminal conjunta de Michael Hardt y Antonio Negri, y sobre cuya impugnación crítica Mouffe vuelve repetidamente en su obra. Cf. Mouffe, 2005, pp. 107-115; 2013a, pp. 66-71.

⁹⁶ Cf. Mouffe, 2013a, p. 20; 2005, pp. 97-103. Mouffe refiere esta versión a distintos autores como David Held y Daniele Archibugi, Ulrich Beck y Martha Nussbaum.

⁹⁷ Según *grosso modo* lo integrarían las diferentes versiones de James Clifford, Homi Bhabha y Dipesh Chakrabarty; Bruce Robbins, Walter Dignolo y Paul Rabinow (cf. Mouffe, 2013a, pp. 20-21).

⁹⁸ *Ibid.*, p. 22.

⁹⁹ Cf. *ibid.*, pp. 21-22. Más allá de eso, Mouffe respalda su argumento en contra de este modelo que describe en términos de un “pluralismo sin antagonismo” haciendo eco de la defensa de Danilo Zolo (cf. Zolo, 1997) acerca del carácter impracticable de la reforma de las Naciones Unidas, que representa la espina dorsal –en general– central de estos enfoques. E incorporando la demostración de David Chandler (cf. Chandler, 2003) acerca de las consecuencias negativas de proyectar, como este nuevo cosmopolitismo pretende, el concepto de los derechos humanos por sobre el marco de los límites nacionales, previendo el peligro inminente de que “*they may be used to undermine existing democratic rights of self-government*” (Mouffe, 2005, p. 101), cabría inferir, en perjuicio de los viejos derechos de soberanía, como de los derechos democráticos de los ciudadanos (cf. *ibid.*, pp. 91-101). El eurocentrismo democrático-liberal de Mouffe en esta materia es, por cierto –y como remarcaré en unos instantes–, francamente apabullante.

*character of antagonism is denied, and the central question of sovereignty is dismissed*¹⁰⁰.

La autora de *Agonística* insiste en que el antagonismo y las relaciones de poder constitutivos del relacionamiento humano requieren admitir que

envisaging the aim of politics –be it at the national or international level– as the establishment of a consensus around one single model eliminates the possibility of legitimate dissent, thereby creating a favourable terrain for the emergence of violent forms of antagonism¹⁰¹;

requiere, en lo que nos concierne, conceder que el mundo social humano no es un universo, sino un pluriverso; “*that every order is a hegemonic order and that there is no possible order ‘beyond hegemony’*” y que, en consecuencia, “*the only solution lies in the pluralization of hegemonies*”¹⁰². Contra la posibilidad de un mundo unipolar, (ético-)políticamente unificado; el establecimiento de un mundo multipolar¹⁰³. Mouffe extrae que este orden “*could be called ‘agonistic’ in the sense that it would acknowledge a plurality of regional poles, organized according to different economic and political models without central authority*”¹⁰⁴. En este marco, los conflictos se mostrarían menos propensos a precipitarse en la caldera del antagonismo que en un mundo regido por un solo modelo económico y político, impuesto como el único legítimo, racional y/o moralmente superior al resto¹⁰⁵.

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 107. Mouffe desarrolla su análisis de esta “inesperada convergencia” en: *cf. ibid.*, pp. 107-115.

¹⁰¹ Mouffe, 2013a, p. 20.

¹⁰² *Ibid.*, p. 22, con respecto a la cual, Mouffe admite inspirarse en un artículo de 1952 publicado por Carl Schmitt en el cual el autor imagina diversos escenarios posibles para el mundo *post*-Guerra Fría favoreciendo personalmente la opción –que considera, con todo, más improbable– de una evolución de la arena internacional hacia

the opening of a dynamics of pluralization, the outcome of which could be the establishment of a new global order based on the existence of several autonomous regional blocs. This would provide the conditions for an equilibrium of forces among various large areas, instituting among them a new international law. (...) because he believed that, by establishing a ‘true pluralism’, such a multipolar world order would provide the institutions necessary to manage conflicts and avoid the negative consequences resulting from the pseudo-universalism arising from the generalization of one single system (Mouffe, 2005, pp. 116-117).

¹⁰³ La proyección multipolar vendría de algún modo (no en absoluto nuevo, como veíamos con la nota precedente) imponiéndose como un enfoque dominante en materia de política internacional desde hace un tiempo (en vaticinio de la emergencia de potencias como Rusia, China, India y Brasil, y de fenómenos como una futura explosión poblacional en África), pero no parece existir mayor consenso en torno a las definiciones e implicancias teóricas que lo respaldan.

¹⁰⁴ Mouffe, 2013, p. 22.

¹⁰⁵ *Cf. loc. cit.*

Ahora bien, este ‘agonismo’ no puede, por supuesto, imaginarse todavía circunscrito a los principios ético-políticos de la articulación democrático-liberal, a cuyos precursores europeos el proyecto de radicalización se vierte indefectiblemente desde sus orígenes. No obstante, traslada y, más significativamente, expande el valor nuclear del pluralismo¹⁰⁶. Los dos párrafos siguientes acogen el arco principal de esta defensa:

by speaking of an ‘agonistic’ world order, I am not trying to ‘apply’, strictly speaking, my agonistic domestic model to the field of international relations. What I am doing is bringing to the fore some similarities between these two very different realms. My objective is to stress that what is at stake in both cases is the importance of acknowledging the dimension of ‘the political’ and the conflicts which pluralism entails. We need to realize that, instead of trying to bring about a consensus that would eliminate the very possibility of antagonism, the crucial task both in the domestic and international domain is to find ways to deal with conflicts so as to minimize the possibility that they will take an antagonistic form.

But of course (...) [t]he kind of ‘conflictual consensus’ based on divergent interpretations of shared ethico-political principles that, I have argued, is necessary for the implementation of an agonistic model of liberal democracy at the political community cannot be realized at the global level. Such a consensus presupposes the existence of a political community which is simply not available at the global level. Indeed, to envisage the world order in terms of a plurality of hegemonic blocks requires relinquishing the idea that they need to be part of an encompassing moral and political unit. The illusions of a global ethics, global civil society and other cosmopolitan dreams prevent us from

¹⁰⁶ Si bien Mouffe en el texto referenciado no se detiene en la distinción entre este ‘pluralismo’ y el pluralismo liberal de los Estados democráticos, en su obra anterior sobre la materia, *On the Political*, explicita que:

When we move from domestic to international politics, we encounter a very different type of pluralism which it is necessary to distinguish from the liberal one. The first type of pluralism is characteristic of liberal democracy and it is linked to the end of a substantive conception of the good life and the assertion of individual liberty. This pluralism is embedded in the institutions of liberal democracy, it is part of its ethico-political principles and it has to be accepted by its citizens. But there is also another type of pluralism, a pluralism which undermines the claim of liberal democracy to provide the universal model that all societies should adopt because of its superior rationality. Such a pluralism is the one which is at stake in the multipolar world (2005, p. 123).

El problema es que Mouffe no desarrolla aquello en que consistiría este “otro tipo” de pluralismo: cómo se define y diferencia del respectivo al ‘liberalismo político’, vinculado a una visión sustantiva de la vida buena y la aserción de la libertad individual. A primera vista, parecería tratarse de la mera constatación del hecho. Un dato empírico. Pero Mouffe misma ha rechazado que el concepto, aplicado a lo social, pueda disociarse del elemento ético-político: “*The limits to pluralism are not only empirical limits; they also have to do with the fact that some modes of life and some values are by definition incompatible with others and that it is this very exclusion which constitutes them*” (Mouffe, 1993, p. 127). Sin embargo, ¿qué es esto sino precisamente una aplicación, extrapolada al campo internacional, del principio político-liberal de que “*pluralism, understood as the principle that individuals should have the possibility to organize their lives as they wish, to choose their own ends, and to realize them as they think best, is the greatest contribution of liberalism to modern society*” (Mouffe 1990, p. 104) — la apología resonante de J. S. Mill (*cf. infra*: 3. 1.), y que Mouffe precisamente acusa como “*something that is totally missed when one refers, like John Rawls, to the fact of pluralism*” (Mouffe, 2000, p. 13)?

recognizing that in the field of international relations, one can only count on prudential agreements.¹⁰⁷

No obstante, si un mundo multipolar no puede suponerse necesariamente democrático, sino que “*several of its poles might be organized around different political principles and a coexistence of opposing political regimes is therefore unavoidable*”¹⁰⁸. Los cimientos de esa coexistencia “agonista” entre los distintos focos regionales no parecen tener otro punto de apoyo que, precisamente, el optimismo pluralista liberal de Mouffe en la posibilidad de establecer acuerdos “prudenciales”. Pero esto no quiere decir sino que ese ‘agonismo’ debe estar normativamente afinado al valor central del pluralismo. El círculo entre las aspiraciones inclusivas del pluralismo agonista de Mouffe y sus delineamientos liberales resulta, una vez más, inescapable. Aunque de lo que se trata es justamente de una extensión transnacional de la ética política del agonismo, el pluralismo persiste como la garantía última necesaria de su concreción política a nivel internacional. La democracia liberal agonista pluralista, en definitiva, como el modelo político-normativo del sistema multipolar. (De aquí que Mouffe, en el gesto probablemente más sintomático del optimismo alegado, deposite en el polo regional de la Unión Europea –el bloque presumiblemente democrático-liberal del esquema internacional¹⁰⁹– el encargo positivo de, explícitamente, *promover* esa tendencia¹¹⁰):

But we do not need to discard the possibility that democracy could one day become established worldwide. However, (...) [w]e have to relinquish the claim that the process of democratization should consist in the global implementation of the Western liberal

¹⁰⁷ Mouffe, 2013a, p. 23.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 28.

¹⁰⁹ “Presumiblemente”, dados los déficits democráticos de su constitución, además de su expresa alineación con la norma neoliberal: *cf.* Dardot, 2017, pp. 81-103.

¹¹⁰ Dos pasajes resultan decisivos (y, por lo mismo, profundamente problemáticos) en este respecto:

the EU should be visualized as a regional pole in this multipolar world. Such a pole does not have any ontological privileged due to its supposedly superior form of rationality or morality, but that does not mean that it cannot play a positive role. By promoting a pluralist approach, it could contribute to fostering an agonistic world order that acknowledges the diversity of forms of life and modes of organization (Mouffe, 2013a, p. 64).

If Europe can play a crucial role in the creation of a new world order, it is (...) by contributing to the establishment of an equilibrium among regional poles whose specific concerns and traditions will be seen as valuable, and where different vernacular models of democracy will be accepted (Mouffe, 2005, p. 129).

democratic model. Democracy in a multipolar world can take a variety of forms, according to the different modes of inscription of the democratic ideal in a variety of contexts. (...). Democracy, understood as ‘rule by the people’, can therefore take other forms — for instance, forms in which the value of community is more meaningful than the idea of individual liberty. (...). Human rights might (...) continue to play a role, but on the condition that they are reformulated in a way that permits a pluralism of interpretations.¹¹¹

El punto central es que el agonismo pluralista de Mouffe no es ni puede ser un mero marco regulador imparcial, ético-política e institucionalmente abierto a la inclusión expansiva de una diversidad de contenidos específicos. Denota, en cualquier caso, un horizonte político-normativo que obtiene sus bases de la combinación democrática liberal de tradiciones, definida por Mouffe con epicentro en los valores del “gobierno por el pueblo” y el respeto por los derechos humanos.

Y, no en balde, Mouffe deposita en una extrapolación pluralista, en el resaltado sentido optimista, de precisamente esos dos conceptos, de los derechos humanos y la democracia como práctica popular de autogobierno, sus razonamientos en respaldo del modelo multipolar dispuesto. Comencemos por su proyección pluralista-optimista de los derechos. Si bien, acerca de estos, advierte y es enfática en tomar cautela de que “[w]hat Western culture calls ‘human rights’ is in fact a culturally specific form of asserting the dignity of the person”¹¹², enmarcada en los valores irreductibles del individualismo y el racionalismo. Confía, igualmente, el depósito central de sus esperanzas para las relaciones internacionales en la necesidad metodológica de buscar “equivalentes homeomórficos”¹¹³ de la dignidad humana y las condiciones de un orden social justo —ínsitas en la fórmula occidental de gobierno— en el resto de los horizontes culturales. Pretendiendo hacer, de este modo, inteligibles las especificidades de las distintas tradiciones y el sentido de sus trayectorias a partir de la narrativa del canon ético-político occidental moderno, con el objeto expreso de extenderlas a (en un sentido, si se quiere, desde arriba, o como reza más exactamente la

¹¹¹ Mouffe, 2013a, pp. 29-30.

¹¹² *Ibid.*, p. 31. “(...) it is important to question the dominant narrative about the superiority of the Western form of development. To acknowledge that the institutions of liberal democracy, with their specific vocabulary of human rights and their form of secularism, are the result of a contingent historical articulation in a specific cultural context should make us realize that there is no reason to present those institutions as a necessary condition of democracy” (*ibid.*, p. 36).

¹¹³ *Ibid.*, p. 32., recogiendo el ejemplo de Panikkar en: *cf.* Panikkar, 1982.

expresión técnica anglosajona, ‘*top-down*’), e incluirlas dentro, de la razonabilidad del paradigma impuesto¹¹⁴. Si bien no se trata de una extrapolación conceptual *stricto sensu* de los ‘derechos humanos’ lo que rige de cualquier manera en ese esfuerzo es el horizonte político-normativo (democrático-liberal) de aquellos¹¹⁵.

Pero eso no es todo. Mouffe procede, además –y con lo que pasamos ahora al segundo concepto– a justificar dicho procedimiento a través de la corroboración de que: “*In many parts of the world, intellectuals and activists are already engaged in these kinds of reflections, working towards the elaboration of vernacular forms of democracy inscribed in their respective cultural and religious traditions*”¹¹⁶. “[H]elping”, de tal manera, “*to challenge the dangerous thesis that democratization requires Westernization*”¹¹⁷. Pero hasta qué punto esa promoción de formas vernaculares de democracia no se encuentra ya condicionada por el modelo de “desarrollo” del mundo occidental liberal y sus valores, Mouffe no se lo cuestiona. Tal “vernacularización” indudablemente no opera a partir de una mera plantilla formal, institucional y ético-políticamente abierta de ‘democracia’. Sino que, justamente, la *promueve* con todas las implicancias políticas y normativas concernientes, en el sentido “*top-down*” impugnado.

La tesis, en fin, de que “*the democratic ideal can be inscribed differentially in a variety of contexts*”¹¹⁸, que deriva de la paradójica naturaleza contextual de la democracia liberal,

¹¹⁴ De aquí que la Unión Europea, más allá de todos los escollos y desafíos que plantea, en su opinión represente “*a very good example of keeping antagonism at bay by constructing an agonistic confrontation*”. Esto es, en que los involucrados, “*through their participation in shared projects, create among them a bond that made it less likely that they would treat each other as enemies*”. Mouffe celebra que “[*t*]his is exactly the purpose of my agonistic approach” (Mouffe, 2013, p. 48), pero pasa convenientemente por alto el hecho de que este “ejemplo” reproduce precisamente el caso paradigmático –democrático-liberal– del modelo agonista doméstico. Esto es, predispone, por lo tanto, el terreno común de relacionamiento, el “*common bond*” necesario para afianzar la “unión” (cf. *ibid.*, pp. 19-42). Pues, aun cuando Mouffe reconoce a la UE como, supuestamente, nada más que un polo regional entre otros, sin ningún estatus moral u ontológico privilegiado en la geopolítica plurihegemónica que defiende, la potencial misión positiva que le atribuye (de, justamente, *promover* el pluralismo como marco común necesario) significativamente confirma la calidad paradigmática de la forma democrática liberal de coexistencia.

¹¹⁵ Cf. *supra*, nota 99.

¹¹⁶ Mouffe, 2013a, p. 36, Mouffe refiere aquí a los análisis de Noah Feldman y Tariq Ramadan relativos al caso islámico.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 40.

¹¹⁸ *Ibid.*, p. xv.

no significa simplemente el rechazo del universalismo “*that postulates the rational and moral superiority of Western modernity*”¹¹⁹, sino una legitimación político-normativa de, particularmente, ese preciso modelo. Se tiene aquí pues, una vez más, la paradoja tributaria de la paradoja de la democracia liberal que lastra, de esta manera, el proyecto democrático radical que Mouffe antepone.

¹¹⁹ *Loc. cit.*

2. EL POPULISMO DESBORDADO

2.1. La construcción hegemónica del pueblo

La sociedad no existe, ergo debe construirse hegemónicamente. Esa construcción puede ser fundante, en cuyo caso deberá establecer una frontera antagónica, ya que sólo es posible forjar una identidad delimitándola. O puede responder a una reestructuración interna, en cuyo caso la frontera se construye desde adentro, provisto que pueda abrirse políticamente espacio a partir de la institucionalidad vigente. La primera señala un momento originario, simple o revolucionario. La segunda, una reconfiguración política radical, que debe contar con la existencia de alguna válvula agonista en sentido amplio, en tanto que indicador democrático; es decir, que sólo es posible en un marco, en cierta medida, democrático. El proyecto de democracia radical de Mouffe en este sentido aprovecha lo que todavía queda de las instituciones liberal-democráticas.

Cualquiera sea el caso, podemos identificar a la base de esos procesos la misma estructura argumentativa básica que ya habíamos avistado: (a) toda objetividad social se constituye a través de actos de poder basados en una exclusión originaria; (b) de manera siempre, consiguientemente, contingente y precaria, (c) resultado de prácticas sedimentadas, i. e., “que ocultan los actos originales de su institución (...) contingente” y “se dan por sentadas, como si se fundamentaran a sí mismas”¹²⁰. Se tiene aquí una aproximación teórica antiesencialista porque abandona cualquier fundamento esencialmente determinante de lo social para concebir a este último, en cambio, como “la expresión de una estructura particular de relaciones de poder”¹²¹, es decir, como *político*. Una *construcción* política lograda mediante la *articulación* contingente de un conjunto de formas de identificación precariamente integradas (puesto que no es posible remitirlas a ningún fundamento último y necesario de unificación) en un sistema de relaciones diferenciales o ‘discurso’: un

¹²⁰ Mouffe, 2016, p. 25.

¹²¹ *Loc. cit.*

sistema de diferencias que no puede ser nunca, en virtud de su diferencialidad interna, fijo y estable, sino siempre y más allá de todos sus niveles de sedimentación, “la articulación temporal de prácticas contingentes”¹²².

Así pues, contra la visión esencialista de las relaciones sociales cuya desintegración montaba el diagnóstico crítico de *Hegemonía*¹²³, los autores declaran aceptar

the *infinitude of the social*, that is, the fact that any structural system is limited, that it is always surrounded by an ‘excess of meaning’ which it is unable to master and that, consequently, ‘society’ as a unitary and intelligible object which ground its own partial processes is an impossibility¹²⁴.

Un, para englobar, juego relacional de *diferencias* delimitado como un discurso, a partir de una exclusión constitutiva que posibilita, en el lado inclusivo de la escisión que lo funda y refuerza, una *equivalencia* entre ellas. La ‘sociedad’ se conforma, entonces, en esta tensión entre equivalencia y diferencia. Su plena identidad o significación es, en función de lo que excluye, inalcanzable: sólo puede ser precaria y contingentemente estabilizada en razón del *símbolo* de ese “exterior constitutivo” que la bloquea. Volvamos a retomar el pasaje en el que Mouffe explica su introducción de este concepto, a partir de una extrapolación de la interpretación derrideana de “*a content which*”,

by showing the radical undecidability of the tension of its constitution, makes its very positivity a function of the symbol of something exceeding it: the possibility/impossibility of positivity as such. In this case, (...) the ‘them’ is not the constitutive opposite of a concrete ‘us’, but the symbol of what makes *any* ‘us’ impossible.¹²⁵

Todo lo cual, para retomar ahora el hilo de esta última extensión del argumento ‘(a)-(c)’, exige de tal manera dar cuenta de un segundo *set* de premisas, acerca de la lógica inherente

¹²² *Loc. cit.*

¹²³ Conforme tendría su “último reducto” en el paradigma marxista de la economía, concebida como (i) un espacio autónomo autorregulado, sometido a leyes endógenas; (ii) que constituye agentes sociales unificados en virtud de sus posiciones en el proceso económico, i. e., de clase; (iii) asumidas como la sede necesaria de intereses históricos (cf. Laclau, 1985, pp. 112-127). La emergencia de una ristra de movimientos “*in the wake of the 1968 revolts and that corresponded to resistances against a variety of forms of domination which could not be formulated in class terms. The second wave of feminism, the gay movement, the anti-racist struggles and issues around the environment had profoundly transformed the political panorama*” (Mouffe, 2018, pp. 1-2), que ya no podía, en el veredicto de los autores, teóricamente comprenderse a partir de ese marco.

¹²⁴ Laclau, 1990a, p. 90.

¹²⁵ Mouffe, 2000, pp. 12-13.

a la constitución hegemónica del “nosotros”, ahora sí reducido al “nosotros” democrático moderno (al que Mouffe, como he observado, reduce la aplicación total de este argumento). Esto es, como: (d) práctica discursiva; (e) articuladora, con respecto a una pluralidad heterogénea de formas diferenciales de identificación contingente y precariamente integradas en *cadena de equivalencias*; (f) mediante la cual, ciertos (de esos) eslabones particulares se convierten en los símbolos –imágenes, palabras o la figura singular del líder– de una totalidad imposible, pasando a operar como los principios articuladores de sus series enteras. El principio articulador denota la cristalización de la cadena alrededor de ese contenido particular que funciona entonces como el emblema de lo que aparece, para la colectividad involucrada, como una plenitud ausente: la democracia de la que aún se carece.

Ahora bien, antes he comentado que Mouffe espera que su concepto democrático radical de ciudadanía pueda convertirse en uno de esos. Imponerse como el símbolo de la lucha política por la ciudadanía que falta, por su totalidad bloqueada a causa de un exterior constitutivo que la niega: el *establishment* que favorece la ciudadanía legal-formal existente. El problema es que para que su programa de ciudadanía democrática radical pueda reclamar la representación de las cadenas por las que cristaliza, para que pueda articularlas político-discursivamente, tiene que hacerse extensivamente disponible para las “bases” y, a la vez, desvincularse de su significación específica, es decir: hegemonizar las identidades, luchas o demandas particulares abundantes, y transformarse meramente en un símbolo. Capturado en una sola frase: el proyecto debe movilizarse en las capas populares para poder cristalizar una identidad política común (popular) hegemónica. No obstante, esta es la condición esencial que la especificación normativa de la ‘ciudadanía’ formulada por Mouffe (que produce la ambigüedad conceptual anteriormente revelada, donde esa especificación importa un contenido normativo que paradójicamente delimita los alcances hegemónicos de su perspectiva) obstruye: la construcción radicalmente inclusiva de una identidad popular, movilizadora –podría igualmente decirse– desde abajo. Todo *principio articulador*, al final, debe operar en la delgada línea floja entre la contingencia adventicia y la imposición coercitiva: debe movilizarse políticamente para poder entretanto hacerse radicalmente

disponible como objeto de identificación auténtica del pueblo. La ciudadanía de Mouffe comporta una traba a esta “ecología” simultáneamente sutil y fragosa.

En cualquier caso, el argumento de este segundo conjunto de premisas, ‘(d)-(f)’, describe la instrumentalización política de la lógica hegemónica, de construcción e identificación discursiva del “nosotros”, en una estrategia para el programa de recuperación y radicalización de la democracia que falta (en el cual, la ‘ciudadanía democrática radical’ configura una instalación básica). Este es, precisamente, el punto fundamental de *Hegemonía*: que, para parafrasear una formulación posterior de Laclau, la tarea principal de la política es la construcción discursiva, sobre la base de determinados símbolos hegemónicos, de la identidad colectiva del “pueblo”¹²⁶.

This articulating principle [“that the hegemonic operation of constructing a people requires (...) to connect in a chain of equivalence the manifold democratic demands constituting the collective will”] will vary according to the different conjunctures and it can be provided either by a specific democratic demand that becomes the symbol of the common struggle for the radicalization of democracy, or by the figure of the leader.¹²⁷

Ya sea que el principio articulador de la democracia radical provenga –dominantemente– de una demanda específica (como la ‘ciudadanía democrática radical’) o de la figura de un líder, es en la medida en que estos se encadenan con otras identidades y logran de ese modo condensar la voluntad general, que pueden *surgir* como símbolos de la hegemonía popular. La heterogeneidad no desaparece. Por el contrario: da cuenta de la tensión constitutiva de la “voluntad popular” construida en esa lucha en común por la hegemonía; la condición precaria, inestable y contingente de su estructuración. Nada de lo cual puede, empero, comprenderse, y con esto obtenemos la última pieza argumental de este ensamblaje, sin la correspondiente concepción antiesencialista del agente social, que Mouffe, en línea siempre con la posición de *Hegemonía*, deposita en: “[A] *theory of the subject as a decentred, detotalized, agent, a subject constructed at the point of intersection of a multiplicity of*

¹²⁶ Laclau, 2006.

¹²⁷ Mouffe, 2018, p. 70.

subject positions between which there exists no a priori or necessary relation and whose articulation is the result of hegemonic practices”¹²⁸.

No obstante, dada la revaluación gestionada por Laclau del antagonismo y su introducción de la noción de dislocación, esta aproximación a la cuestión de la constitución del agente, basada en la idea foucaultiana de ‘posiciones de sujeto’ exige una reconsideración que Mouffe desafortunadamente no emprende¹²⁹. Si la articulación del agente consiste en el resultado de prácticas hegemónicas, y estas originalmente, como he recolectado, remontan a la experiencia radical de la dislocación, la “identidad” que se constituye en el punto de intersección de esas posiciones “*is only part of the story since it does not contemplate*” la indeterminación estructural que las disloca: “[T]he interruptions (...) through which the subject will emerge and will disrupt the (...) symbolic universe”¹³⁰. Esta es la diferencia entre el sujeto “posicionado” al interior de la estructura simbólica (la parte a la que Mouffe reduce el total de la historia), y su emergencia a partir de la falta originaria que esta revisión expone.

La ‘dislocación’ introduce aquí dos implicancias que la pensadora política rehúye. La primera es que el sujeto no se constituye enteramente como resultado de posicionamientos discursivos, internos. Y la segunda, que la desestructuración radical siempre va a dar paso a una reinscripción alternativa y –lo más importante, asumida la tendencia ontológica a la

¹²⁸ Mouffe, 2013a, p. 32.

¹²⁹ Mouffe, en efecto, retiene la aplicación del concepto de posiciones de sujeto empleada en *Hegemonía* para referir a las formas de identificación constitutivas de los agentes sociales. La crítica de Žižek (cf. Žižek, 1987) conduce a Laclau, en *New Reflections*, a reconsiderar esta concepción del sujeto como resultado de sus posicionamientos discursivos, en el sentido de la teoría psicoanalítica del sujeto como “falta” (cf. Laclau, 1990a). Mouffe, como se echará de ver en la cita arriba y en el resto de su obra, no sigue este giro ni se hace cargo de –no problematiza– sus implicancias para el estatus del agente social en su teoría. La razón no sólo responde a la relación teórica lateral que la autora en lo particular establecería con las categorías psicoanalíticas (que juegan un rol teórico apreciable en *Hegemonía* y pasan a ser centrales en los desarrollos posteriores de Laclau), como examinaré más adelante. Sino que reconecta directamente con su reducción problemática del momento radical de la dislocación –otra categoría trasladada del psicoanálisis– al del antagonismo, que critiqué en lo anterior. Después de todo, es esa ‘dislocación estructural’ la que indica la “falta” del ‘sujeto de la falta’ de la revisión de Laclau, “exactamente porque el sujeto debería haber sido totalmente determinado por la estructura pero”, interrumpida por los efectos de la dislocación, “la estructura no logra constituirse, y no logra, por tanto, determinarlo” (Villalobos, 2002, p. 83). El sujeto, en otras palabras, es sujeto *de la falta* en la medida en que la dislocación le impide *posicionarse* completamente dentro de la estructura simbólica.

¹³⁰ Laclau, 1994, p. 37.

disociación antagónica– potencialmente contrahegemónica, discursivamente mediada por una cierta experiencia. (De modo que si bien el sujeto que experimenta la dislocación no es el mismo sujeto que la recompone¹³¹, los actos de identificación hegemónica que lo reinscriben operan desde una experiencia discursiva –o en realidad, práctica amplia, en el sentido en que propondré críticamente restaurarla– necesaria. Una falta, después de todo, es una falta *de* identidad; no la inexistencia absoluta de esta. De aquí el potencial político radical que destapa).

Es decir: (g) las formas de identificación, que se articulan equivalencialmente, refieren a las *posiciones* específicas de los agentes; las identidades de los cuales –contrariamente a lo que Mouffe extiende– son también una falta. Esto es lo que Laclau formula en términos del sujeto de la identificación y la falta¹³². De modo que, según se desprende: “*The same excess of meaning, the same precarious character of any structuration that we find in the domain of the social order, is also to be found in the domain of subjectivity*”¹³³.

Por lo tanto, para sintetizar: el populismo, como la estrategia articuladora que se destila del funcionamiento de la lógica de la hegemonía descrita, presupone, en una ulterior reformulación de sus dos postulados vertebrales: (e) la unión equivalencial de diferentes posiciones o identidades particulares en una cadena que, en la medida en que permanece heterogénea, debe sostener siempre esta tensión entre la lógica de la diferencia y la lógica de la equivalencia. Y su consiguiente (f) cristalización en virtud de un eslabón (de una identidad diferencial, la cual puede ser representada por una demanda particular o en función de la emergencia de un líder) que, por una cierta sobredeterminación de factores, se convierte en el símbolo de la identidad colectiva de los agentes, de aquello que completa una carencia común reconocida. Pero esta argumentación, de la ‘(a)’ a la ‘(g)’, implica una

¹³¹ En palabras de Laclau: “(...) esa experiencia de dislocación precede absolutamente al momento de su recomposición por discursos posteriores” (Villalobos, 2002, p. 97).

¹³² Cf. Laclau, 1994. “*This means that we do not simply have subject positions within the structure, but also the subject as an attempt to fill these structural gaps. That is why we do not have just identities but, rather, identification*” (Laclau, 2000, p. 58).

¹³³ Laclau, 1990a, p. 92.

serie de cosas, de las cuales deberé ocuparme ahora, y que tienen básicamente que ver con la intersección entre:

1. Su circunscripción *democrática*, desde que es sólo con el advenimiento de la democracia liberal moderna que se vuelve posible esta lucha identitaria interna. A saber, donde en lugar de la imposición de una identidad social homogénea, en que la diferencia sólo puede percibirse antagónicamente (en la modalidad amigo/enemigo), lo que se obtiene es un terreno social amplio y heterogéneo¹³⁴, en que la frontera antagónica puede ser reinscrita agonistamente como el *locus* de tensión entre las lógicas de la equivalencia y la diferencia, en el sentido adversarial propuesto. Esto es, “*constructed through political struggle, and (...) always susceptible to rearticulation through counter-hegemonic interventions*”¹³⁵. (Aunque, como he apuntado, también las sociedades emergentes no democráticas son, desde luego, hegemonías que se construyen políticamente. Esto es lo que la posición de Mouffe reduce, no obstante que intente, igualmente, hacer un uso significativo –es decir, no perfectamente “oximorónico”– de expresiones como ‘hegemonía neoliberal’ o ‘hegemonía (neo)fascista’, esto es, a pesar de sus inflexiones no o anti- democráticas).

2. Su estructuración *discursiva*, apuntada en la premisa ‘(d)’ arriba.

3. Su fundamentación *psicoanalítica*, que no sólo pretende reforzar el terreno analítico-conceptual de este esquema, sino y más significativamente –como procuraré demostrar–, proveer una justificación ética de la resolución agonista del vector democrático ‘1.’, sobre la base del rol político esencial de los lazos afectivos.

Es con fundamento en la confluencia de estos tres frentes de análisis que procederé, en lo que resta del capítulo, a evaluar los alcances y limitaciones de la estrategia política aquí desmenuzada, de construcción discursiva de la identidad hegemónica del pueblo, en el marco programático de la democracia radical agonista que Mouffe ha formulado.

¹³⁴ “(...) *the very identity of the social agents was increasingly questioned when the flux of differences in advanced capitalist societies indicated that the identity and homogeneity of social agents was an illusion*” (*loc. cit.*).

¹³⁵ Mouffe, 2018, p. 63.

2.2. El marco discursivo-psicoanalítico

En la conclusión de *La paradoja democrática*, Mouffe se pregunta si el énfasis teórico discursivo, posmoderno, en la imposibilidad conceptual de la reconciliación social (su estatus de “*a conceivable, a determinable telos which in fact cannot be reached*”¹³⁶) es suficiente para aceptar la inerradicabilidad del antagonismo (en otras palabras, si es suficiente como fundamentación onto-epistemológica de ‘lo político’). Y si provee o no el tipo de perspectiva ética que una concepción agonista requiere (una fundamentación ética de ‘la política’, como política óptica)¹³⁷. Es decir, si es que su demostración discursiva de lo social todavía requiere de una (i) fundamentación onto-epistemológica distinta y, lo que sería aún más importante, si la requiere (ii) *como* fundamentación ética del consenso agonista. Si la ética agonista requiere de un ulterior horizonte ontológico.

En el primer capítulo, hice mención al papel que el concepto psicoanalítico de dislocación desempeña en la reinterpretación, llevada resolutamente a cabo por Laclau, del antagonismo. Esto imparte ya un guiño a la respuesta del punto (i), que tiene que ver con la función de las categorías psicoanalíticas “como herramientas del análisis sociopolítico”¹³⁸. Pero Mouffe, en el horizonte onto-epistémico del psicoanálisis encuentra, más relevantemente, la justificación ética del tipo de comunidad al que deben dar lugar dichas experiencias, de dislocación y antagonismo, donde la fisura es constitutiva¹³⁹. En lugar, sin embargo, de desarrollar esta reflexión desde lo propio, la teórica se limita aquí a pensar en torno a una selección de posturas afines a su enunciado. La más saliente en este ejercicio parece ser la de quien lo inaugura:

Yannis Stavrakakis, for his part, indicates how, for Lacan (...): ‘What lies beyond the successive conceptions of the good, beyond the ways of traditional ethical thinking, is their ultimate failure, their inability to master the central impossibility, the constitutive lack around which human experience is organized’¹⁴⁰. This impossibility is what he calls ‘the

¹³⁶ Mouffe, 2000, p. 137.

¹³⁷ “*Is such an emphasis on the conceptual impossibility of reconciliation enough to come to terms with the ineradicability of antagonism? Does it provide the kind of ethical perspective that an agonistic conception of democracy requires?*” (*ibid.*, p. 137).

¹³⁸ Laclau, 2005, p. 88.

¹³⁹ Cf. Mouffe, 2000, pp. 137-139.

¹⁴⁰ Stavrakakis, 1999, p. 129.

Real' and the ethical strategy of psychoanalysis consists in the symbolic recognition of the irreducibility of the Real. Breaking with traditional ethics, the 'ethics of psychoanalysis' consists in dislocating the very idea of the good instead of proposing to reach harmony thanks to yet another conception of the good.¹⁴¹

El psicoanálisis representa una estrategia ética de justificación de la imposibilidad de un estadio social plenamente reconciliado consigo mismo, “concerning the translation of the effects of the Real into socio-political analysis”¹⁴² (i. e., que tendrían su base en la falta y la dislocación, en una relación que la autora, por su parte y como ya vislumbrábamos, no teoriza¹⁴³). Estrategia que Mouffe hace de tal manera converger con una *fundamentación* de su exposición de la democracia agonista. Esto es lo que planta, entonces, el pivote de la intersección entre los frentes democrático y psicoanalítico que introduce en lo precedente. En tanto que el punto de intersección de ese cruce analítico, finalmente, con el frente discursivo radica en el enlace entre la teoría psicoanalítica y su acomodación en el marco de una ontología discursiva, que es lo que subyace a la utilidad del marco conceptual del psicoanálisis para el presente análisis antiesencialista de las identidades políticas y sociales. Muy concisamente, Mouffe sanciona este matrimonio atendiendo a que

psychoanalysis has shown that, far from being organized around the transparency of an ego, personality is structured on a number of levels which lie outside of the consciousness and rationality of the agents. (...). Expanding the Freudian insight, Lacan has shown the plurality of registers –the Symbolic, the Real and the Imaginary– that penetrate any identity,

¹⁴¹ Mouffe, 2000, p. 138.

¹⁴² I. e., de lo real concebido como negativo: “un límite interno que impide la constitución, en última instancia, de toda objetividad” (Laclau, 2006, p. 30): “*If the Real is conceived not as an effect of a deeper ground but as operating in the very terrain of constitution of the social, its forms of appearance –antagonism, dislocation– cannot be reduced to a positive ground explaining them*” (Mouffe, 2000, p. 139).

¹⁴³ Si bien pudiera parecer curioso que Mouffe refiera en el pasaje citado a la dimensión de la falta, hemos visto que no se hace teóricamente cargo de las revisiones profundas que esta reclama; no las integra de manera argumentalmente coherente y adecuada en su teorización política. Más allá de eso, la referencia aquí consiste en una recolección de la postura de Stavrakakis quien sí que ha dedicado una porción importante de su trabajo a analizar esta conceptualización de Laclau, quien fuera su profesor. Más interesante, sin embargo, es el pasaje de la cita siguiente porque recoge fielmente la lectura lacaniana de lo que he llamado el sujeto de la identificación y la falta de Laclau. No obstante, se trata de (i) un caso absolutamente excepcional en el texto de Mouffe, (ii) correspondiente a un extracto de su primer libro posterior a *Hegemonía*, mas que no encuentra ninguna resonancia en sus posteriores aproximaciones (véase, por ejemplo: Mouffe, 2013a, p. 125 o Mouffe, 2018, pp. 89-90 donde Mouffe repite casi de manera textual el párrafo aquí citado, pero justamente eliminando completamente su referencia a la concepción del sujeto como una falta o vacío estructural constitutivo), (iii) prosigue de inmediato, empero, a enfocarse en los aspectos de descentramiento e identificación, sin volver jamás sobre –esto es: eludiendo propiamente teorizar– las implicancias fundamentales de la falta y la dislocación en relación con aquellos; menos aún, para la propia cuestión del sujeto.

and the place of the subject as the place of the lack which, though represented within the structure, is the empty place that at the same time subverts and is the condition of the constitution of any identity. The history of the subject is the history of his/her identifications and there is no concealed identity to be rescued beyond the latter. There is thus a double movement. On the one hand, a movement of decentering which prevents the fixation of a set of positions around a preconstituted point. On the other hand, and as a result of this *essential* non-fixity, the opposite movement: the institution of nodal points, partial fixations which limit the flux of the signified under the signifier. But this dialectics of non-fixity/fixation is possible only because fixity is not pre-given, because no centre of subjectivity precedes the subject's identifications.¹⁴⁴

Al descentramiento del sujeto le siguen, en este panorama, su reconstrucción como el lugar de una *falta* (cuya teorización Mouffe remite directamente a Lacan, sin, de ninguna manera integrada y/o argumentada, apropiársela ¹⁴⁵) y el consiguiente historial de sus *identificaciones* alrededor de *puntos nodales, fijaciones parciales* de la significación. En lo que esto se traduce, para los efectos sociopolíticos relevantes –y ya, por lo demás, asimilados–, es en que toda identidad social en tanto constitutivamente dividida e inestable tiene su formación en torno a determinadas posiciones diferenciales, parciales, que la cristalizan y se convierten en los símbolos de una reconciliación inalcanzable. Laclau, en *La razón populista*, demuestra cómo a pesar de sus defectos

la psicología de las masas *había* tocado algunos aspectos de crucial importancia en la construcción de las identidades políticas y sociales, aspectos que no se habían tratado apropiadamente antes. La relación palabras/imágenes, el predominio de lo “emotivo” por sobre lo “racional”, la sensación de omnipotencia, la sugestibilidad y la identificación con los líderes, etcétera, constituyen rasgos reales del comportamiento colectivo. El hecho de concentrarse en ellos fue la contribución más original de la teoría de las masas a la comprensión del actor social y de la acción social.¹⁴⁶

Y si bien, puesto que “enmarcaban sus discursos dentro de dicotomías crudas y estériles”, esto los condujo “a un catálogo de aberraciones sociales”, es sólo, veinte años más tarde, con la aserción freudiana de “que en la psicopatología está el secreto de la psicología normal” que se descubren de ahí “procesos que, en diferentes grados, estructuran *cualquier* tipo de vida sociopolítica”¹⁴⁷. Para Freud, “los lazos emocionales que unen al grupo” son lazos

¹⁴⁴ Mouffe, 1993, pp. 75-76.

¹⁴⁵ Cf. *supra*, nota 143.

¹⁴⁶ Laclau, 2005, p. 59-6.

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 60.

libidinales, relacionados con el amor sexual, que “se han desviado de su objetivo original y que siguen un modelo preciso”¹⁴⁸, el modelo de las *identificaciones...*¹⁴⁹ Más allá de todas las implicaciones teóricas de esta historia, como relativas al aparato psicoanalítico en general, lo que me interesa es destacar cómo Laclau a partir de ello extrae un relato “de los sucesivos esfuerzos para hacer compatibles las lógicas sociales homogeneizantes (o equivalenciales)” y las de diferenciación (patológica, jerárquica, etc.), cuyos “últimos vestigios de dualismo” Freud finalmente desarma, “con el funcionamiento real de un cuerpo social viable”¹⁵⁰.

Ahora bien, aunque Mouffe coincide con el panorama analítico que su par argentino va a desarrollar continuando ese relato (a través de una exploración y elaboración puntillistas de las implicancias filosóficas de la aplicación de las categorías del psicoanálisis a la elucidación de los procesos de identificación política y social), su atención se clava, antes que todo, en el rol esencial desempeñado por los lazos afectivos libidinales, que trae a la vista el importante aporte de Freud, en los procesos de identificación colectiva¹⁵¹. En cómo la dimensión afectiva de la política sería por implicancia crucial para la teoría democrática, exigiendo un compromiso profundo con el psicoanálisis¹⁵². Para Mouffe, el análisis freudiano en torno a los apegos libidinales en juego en las mecánicas de identificación comunitaria no sólo contribuye a la comprensión de la cuestión de la emergencia de los antagonismos¹⁵³, sino y con ello, a la afirmación de la propia lógica democrática:

As he asserts in *Group Psychology and the Analysis of the Ego*: ‘a group is clearly held together by a power of some kind: and to what power could this feat be better ascribed than to Eros, which holds together everything in the world?’¹⁵⁴. A collective identity, a “we”, is the result of a passionate affective investment that creates a strong identification among the members of a community. (...). Freud also highlights the double nature of the libidinal

¹⁴⁸ *Ibid.*, pp. 76-77.

¹⁴⁹ Cf. Freud, 1921.

¹⁵⁰ Laclau, 2005, p. 86.

¹⁵¹ Cf. Mouffe, 2013a, pp. 46-47.

¹⁵² “To take into account the affective dimension of politics is (...) crucial for democratic theory and this calls for a serious engagement with psychoanalysis” (Mouffe, 2005, p. 25).

¹⁵³ “Freud’s analysis of the process of ‘identification’ brings out the libidinal investment at work in the creation of collective identities and it gives important clues concerning the emergence of antagonisms” (*loc. cit.*).

¹⁵⁴ Freud, 1921, p. 92.

drives that he calls Eros and Thanatos. In *Civilization and Its Discontents*, for instance, he presents a view of society as perpetually threatened with disintegration because of the inclination to aggression present in human beings. (...). It is necessary to acknowledge this instinct of aggressiveness, and realize that civilization uses a variety of methods to check it. One method consists, through the mobilization of the libidinal instincts of love, in fostering communal bonds to establish a strong identification among the members of a community, thus binding them in a collective identity.¹⁵⁵

El énfasis de Mouffe, de esta manera, recae sobre el modo en que Freud echa luz sobre la dimensión afectiva, pasional, de las identificaciones sociales, y el papel que esta *investidura* (afectiva de los lazos comunales) puede desempeñar en el establecimiento de una comunidad que mantiene a raya la división social endógena. Más allá de esto, sin embargo, su acreditación y promoción de la renegociación política de la ontología psicoanalítica parece en general adherir a los delineamientos asentados en *Hegemonía*, con algunas dispersas referencias a los desarrollos posteriores de Laclau. Así pues, la relevancia que esa elaboración obtiene en el pensamiento propio de la autora tiene más que ver con una fundamentación de su diseño político óntico (agonista) que con la profundización y demostración filosóficas del horizonte trascendental de la ontología social que la respalda, que tanto habría ocupado la atención de su colaborador¹⁵⁶.

Lo anterior se muestra, asimismo, en consonancia con el enfoque preeminentemente óntico de los análisis de la autora, abocados a la elaboración política del programa radical agonista, una vez que relegan el “plato fuerte” de su demostración filosófica al marco tal cual presentado en *Hegemonía*. Esto, unido, además, al hecho de que en *Hegemonía* el psicoanálisis no tiene ninguna especial prioridad onto-epistémica, no es más que “*one reference among many others*”¹⁵⁷ que contribuyen a forjar el ensamblaje teórico, “posmarxista”, de los autores¹⁵⁸, nos permite entender la adopción, por parte de Mouffe, de

¹⁵⁵ Mouffe, 2013a, pp. 46-47.

¹⁵⁶ “[Freud’s innovation] should not be conceived so much as the incorporation, for philosophical consideration, of a new regional field but, rather, as the opening of a new transcendental horizon within which the whole field of objectivity has to be thought again — as a widening, on the ontological level, of the kind of relations between objects which it is possible to think about” (Laclau, 2000, p. 72).

¹⁵⁷ Stavrakakis, 2007, p. 3.

¹⁵⁸ Sobre las diferentes corrientes que convergen en la elaboración de ese enfoque, Mouffe comenta que: “We attempted to provide (...) [a theory of the political] by bringing together two different theoretical approaches: the critique of essentialism found in poststructuralism, as represented by Derrida, Lacan, Foucault (but also

términos tales como ‘identificación’, ‘sobredeterminación’, ‘fijación parcial’, ‘dislocación’, ‘puntos nodales’, ‘falta constitutiva’, ‘sutura’, ‘lo real’ e ‘investidura’ afectiva. Su instrumentalización, esto es, no con vistas a una revisión sustancial profunda del marco ontológico establecido a partir de ese libro, mas de su contribución general a la comprensión y elaboración antiesencialistas del carácter contingente, precario e inestable de ambos, orden sociopolítico y agente social. Así, lo que he querido ilustrar a partir de la incorporación textual de dichas categorías en mi exposición hasta el momento, calcada de la aplicación que Mouffe les asigna, es el carácter argumentativo lateral y teóricamente sustituible que obtienen en el contexto de su obra; meramente marginal en relación con la productividad analítica y teórica de su trayectoria filosófica.

Con respecto, entonces, al papel teórico del psicoanálisis en el pensamiento de la filósofa (el tercer vector arriba), su utilidad queda, por lo tanto, reducida al papel argumental que cumple en la justificación ética que Mouffe deriva de la ontología psicosocial de Freud como corroboración normativa de la democracia agonista (primer vector). El problema es que, dado que el agonismo de Mouffe queda últimamente amarrado a una posición política específica (liberal), esta cuestión se traduce en una aseguración invariable de ese sistema, apuntando en la dirección –para repetir una advertencia proferida por no otro que su coautor– de una transformación de *“a particular ontic/arrangement into an ontological category. This is the best prescription to end in ethnocentrism and sociological essentialism”*¹⁵⁹.

Sea como fuere, y habiendo así sopesado el aporte del psicoanálisis en el contexto de la producción individual de la autora, podemos volver finalmente la atención sobre cómo la reivindicación de los afectos que se desprende de esa justificación que Mouffe va a buscar en Freud, se acomoda –aún– con la coordenada ontológica discursiva (segundo vector). La relación entre las lógicas discursivas y los anudamientos afectivos de la política democrática.

by American pragmatism and Wittgenstein); and several important insights from Gramsci’s conception of hegemony. This theoretical approach, (...) has sometimes been referred to as post-Marxist” (Mouffe, 2013a, pp. 129-130).

¹⁵⁹ Laclau, 2004, p. 298.

2.3. Política y afectos

En *Crowds and Party* –un tributo al célebre (por su título en inglés) *Crowds and Power* de Elias Canetti–, la teórica política estadounidense Jodi Dean analiza las formas momentáneas de agrupación colectiva, en su opinión, características de las “masas protestantes” de la última década. Su aproximación, en mi lectura, representa una lógica incompleta o, como la llamaré, *intermedia* a las formas de identificación político-hegemónicas del argumento ‘(a)-(g)’, que recompuse en lo primero: una “lógica” que podemos calificar de *productiva-afectiva*. Es a partir de estas “identificaciones” intermedias, entre la identificación político-simbólica y la producción afectiva, y, especialmente, de la reivindicación del potencial estratégico radical que representan, que buscaré críticamente analizar y reevaluar los límites del marco discursivo de ese argumento, hegemónico; de las identificaciones políticas. Los supuestos teóricos discursivos del populismo. Es así como procederé, entonces, a analizar el cruce entre la lógica discursiva y el elemento afectivo en la teoría de la hegemonía y estrategia (democrática radical) populista que Mouffe desarrolla.

Frente al diagnóstico de que, en las mencionadas instancias masivas de poder colectivo, cuyo paradigma vendría dado por el movimiento *Occupy Wall Street*, del que Dean misma tomara activamente parte, “*the celebration of autonomous individuality prevents us from foregrounding our commonality and organizing ourselves politically*”. La teórica estadounidense desarrolla una vindicación del partido –mejor dicho, del Partido; interesándole una “nueva teoría del partido comunista”– en tanto “*the body that can carry the egalitarian discharge after the crowds disperse channeling its divisive promise of justice into organized political struggle*”¹⁶⁰.

¹⁶⁰ “I highlight the “egalitarian discharge” of the crowd event as an intense experience of subjective collectivity. I make fidelity to this event the basis for a new theory of the communist party. (...). Canetti makes a point I return to (...): crowds come together for the sake of an absolute equality felt most intensely in a moment he refers to as the “discharge” (...), the discharge provides a material ground for the party. The party is a body that can carry the egalitarian discharge after the crowds disperse channeling its divisive promise of justice into organized political struggle” (Dean, 2016, pp. 4-6). Cf. Canetti, 1960, pp. 17-19.

Para Dean, la determinación de esas *muchedumbres* ya sea como ‘turbas’ ya sea como ‘el pueblo’ es un efecto del proceso político que activan. De aquí la tarea que su interpretación adjudica al partido como la plataforma de constitución política de dicho evento en el “pueblo”. En este sentido, lo que la ‘muchedumbre’, significada por el primer término del título de *Crowds and Party*, introduce no son necesariamente las condiciones de la identificación simbólica que, en el panorama de la lucha político-hegemónica de Mouffe y Laclau, van a depender de una estrategia discursiva de articulación política. Sino lo que Dean, siguiendo a Canetti, describe como una ‘descarga momentánea de igualdad’ alrededor de nombres, tácticas e imágenes comunes que requieren, no obstante, del partido “[to bring] the fragments together, making them legible as many fronts of one struggle against capitalism”. “Where the proliferation of issues and identities disperses and weakens us (...) the crowd events of the last decade are forcing a new sense of collective power”¹⁶¹. Dean percibe, de esta manera, a eventos tan diversos como

those associated with the Occupy movement, Chilean student protests¹⁶², Montreal debt protests, Brazilian transportation and FIFA protests, European anti-austerity protests, as well as the multiple ongoing and intermittent strikes of teachers, civil servants, and medical workers all over the world (...) [as] protests of the class of those proletarianized under communicative capitalism. These are not struggles of the multitude, struggles for democracy, or struggles specific to local contexts. Nor are they merely the defensive struggles of a middle class facing cuts to social services, wage stagnation, unemployment, foreclosure, an indebtedness. They are revolts (...) of those whose communicative activities generate value that is expropriated from them.¹⁶³

(‘Capitalismo comunicativo’ es el término que Dean introduce para su descripción del capitalismo tardío en función de su cooptación comunicacional de los valores democráticos¹⁶⁴). En cualquier caso, si estas experiencias intensas de “descarga” colectiva

¹⁶¹ Dean, 2016, p. 25.

¹⁶² Por más que la visión de Dean, según advertiré, representa una generalización indudablemente idealizada de los movimientos a los que refiere, resulta completamente inadecuado atribuirla al movimiento estudiantil chileno de 2011, estructurado en torno a demandas específicas y líderes con afiliaciones partidistas explícitas, y organizado a partir de plataformas instituidas de base. No obstante, lo propio no puede decirse de las protestas estudiantiles que lo subsiguieron en el período siguiente, en que esas demandas dan paso a reclamos dispersos sin una dirección específica convenida; a un rechazo de, y conflicto entre, las afiliaciones políticas y a una organización cada vez más debilitada, frágil y fragmentada en torno a símbolos que no logran ya cristalizar en una auténtica voluntad colectiva.

¹⁶³ Dean, 2016, p. 16.

¹⁶⁴ Como Dean describe:

que se congregan en torno a signos y tácticas comunes de tal manera se desmontan de las lógicas pluralistas y equivalenciales que Mouffe y Laclau analizan, es porque tendrían, según Dean las interpreta, un punto de sintonización común, transversal, en los efectos hegemónicos de las formas de expropiación y proletarianización capitalistas. En estos casos, no se trata de prácticas articuladoras diferenciales-equivalenciales, sino de procesos mucho más vagos, espontáneos e indirectos de “identificación” que tienen su lógica no en la formación de cadenas federadas en torno a demandas y símbolos cristalizados –ni, aun, en las uniones solidarias que los preceden¹⁶⁵– sino en una congregación alrededor de un abanico multiforme de signos y tácticas asociativos comunes parciales, mucho más inmediatos, aleatorios y tangenciales¹⁶⁶, pero últimamente conectados por el cableado común inmanente del circuito de explotación capitalista¹⁶⁷. De aquí la oportunidad política, que Dean emplaza en el partido, de su configuración retroactiva como movimientos de lucha anticapitalista.

Como veíamos, esta interpretación se engrana en una crítica de las lógicas individualistas dominantes que impiden que estos procesos se consoliden políticamente,

Communicative capitalism designates the strange convergence of democracy and capitalism in networked communications and entertainment media. On the one hand, networked communications technologies materialize the values heralded as central to democracy. Democratic ideals of access, inclusion, discussion, and participation are realized in and through expansions and intensifications of global telecommunication networks. On the other hand, the speed, simultaneity, and interconnectivity of electronic communications produce massive distortions and concentrations of wealth as communicative exchanges and their technological preconditions become commodified and capitalized. (...). As the network of networks through which such transactions take place, the internet is the vehicle and terrain for politics and the economy. Changes in communication technologies associated with digitalization, speed (of computer processors as well as connectivity), and memory/storage capacity impact democracy and capitalism, amplifying elements of each (...). (Dean, 2010, pp. 4-5).

¹⁶⁵ “(...) las relaciones equivalenciales no irían más allá de un vago sentimiento de solidaridad si no cristalizaran en una cierta identidad discursiva” (Laclau, 2005, p. 123).

¹⁶⁶ “(...) because of the instability of meaning in communicative capitalism (...) contemporary movements are less likely to rely on empty signifiers like “freedom” and “justice”. We should thus expect greater reliance on common images, tactics, and names — the more generic, the greater the reach: umbrella, tent, mask, Occupy, hashtag. Micro-politics, identity politics, anarchism, one-off demos, clicktivism, and ironic events seem more compelling (they would definitely be easier) than the sustained work of party building because they affirm the dominant ideology of singularity, newness, and now” (Dean, 2016, p. 21).

¹⁶⁷ “(...) under communicative capitalism, paid, precarious, and unpaid labor should not be treated separately: these forms of labor constitute a “circuit of exploitation”. (...). Under communicative capitalism most of us can’t avoid producing for capitalism. Our basic communicative activities are enclosed in circuits as raw materials for capital accumulation” (Dean, 2016, pp. 17-18).

que sean capaces de establecer lógicas de identificación comunitaria, ningún tipo de agente colectivo. Una crítica de lo que Dean dictamina como la imposición liberal de la comprensión de la agencia política como una facultad individual cuya unidad es el sujeto, “*a form that encloses collective political subjectivity into the singular figure of the individual*”¹⁶⁸. Dean acusa, especialmente, la manera en que este discurso habría sido asumido por un determinado sector (y luego como una tendencia más generalizada) de la izquierda, taxativamente encabezado por el posmodernismo político de Mouffe y Laclau¹⁶⁹. En su veredicto: “*When the Left echoes injunctions to individuality, when we emphasize unique perspectives and personal experiences (...) [m]aking individual difference the basis of our politics, (...) we strengthen the ideology that impedes the cultivation of politically powerful collectivities*”.¹⁷⁰

Ahora bien, de un lado, la pensadora estadounidense es notoriamente injusta en su raudo compendio de las implicancias de la postura de Mouffe y Laclau, y, en efecto, se equivoca en atribuir de plano esta ‘política de la identidad individual’ a la posición teórica de los autores: desarrollada justamente en contraposición crítica con la noción del agente como un sujeto individual unitario, seguro y privilegiado. Del otro lado, esto no quiere decir que la dispersión y pluralización de identidades diferenciales que, una vez operada la deconstrucción radical de *Hegemonía*, acude en su remplazo, en remplazo de la figura del individuo agente imputado (esto es, de la mano de su resignificación como contingente y precario, sobredeterminado, socialmente sedimentado e imposible de retrotraer a un núcleo personal “duro”), no reintroduzca, en otro sentido, la forma identitaria individual (diferencial) como la unidad básica de la política necesaria (equivalencial). Que no retenga, en fin, la lógica de la identificación particular diferencial como la unidad elemental del análisis relevante; pues, como intentaré demostrar en esta parte, el problema es justamente que lo hace.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 73.

¹⁶⁹ *Ibid.*, pp. 54-55.

¹⁷⁰ *Ibid.*, p. 35.

El argumento, en mi apreciación, “intermedio” de la ‘muchedumbre’ de Dean, reclama en contraste el reconocimiento de una experiencia colectiva de poder que no puede simplemente reducirse al orden discursivo, de la simbolización identitaria o la *identificación* políticas¹⁷¹. Una configuración (no articuladora-equivalencial, sino –como explicaré en un instante– afectiva-productiva, transversalmente inducida por las operaciones hegemónicas del capitalismo) donde cualquier posición o deseo particular, diferencial, se pierde en una marea informe, que sólo puede conformarse práctico-discursivamente –vale decir, políticamente– en forma retroactiva. Dando retroactivamente expresión a un deseo o voluntad popular emergente.

Para Dean, el fenómeno global de las muchedumbres insurgentes apunta al debilitamiento de las formas de articulación política basadas en posiciones individuales de identidad –que se prestan fácilmente a ser hegemónicamente interpeladas, en su “realismo”, por los imperativos del capitalismo comunicativo¹⁷²–, presentando una oportunidad real de emancipación política que ha de ser, en su argumento, la tarea inminente del partido comunista saber aprovechar. En la postura de Dean, el valor liberal de la libertad individual, que ocluye “*the material and collective conditions for action*”¹⁷³, no puede dissociarse de la connotación del ‘individualismo posesivo’¹⁷⁴. Si su apelación es, en este sentido, a no dejar “*the reality that produces individualism*” –la realidad del capitalismo, que reduce la propiedad a la posesión individual y la libertad, sobre esa base, al individuo– “*determine our political horizon*”¹⁷⁵, es porque, en su perspectiva, el individuo no puede recuperarse como un discurso hegemónico de la política radical. El individuo sólo puede actuar como

¹⁷¹ En palabras de Dean, y como mostraré en lo subsiguiente: “*Pushing against dominant arrangements, the crowd prefigures a collective, egalitarian possibility — but “prefigures” in a completely literal way: “prior to figuration.” The crowd by itself, unnamed, doesn’t represent an alternative; it cuts out an opening...*” (*ibid.*, p. 124).

¹⁷² El calificativo de “realista” les viene del hecho de que estas formas políticas precisamente “*embrace the politics of identity*” de la realidad capitalista, “*the capitalist appeal to individualism...*” (*ibid.*, p. 55).

¹⁷³ Cf. *ibid.*, p. 82.

¹⁷⁴ I. e., del individuo concebido como “*the proprietor of his own person or capacities, owing nothing to society for them*”, donde “*freedom is a function of possession*” (Macpherson, 1964, p. 3) y lo que está en juego es “*liberalism’s mutual constitution of individual and owner*” (Dean, 2016, pp. 74-75).

¹⁷⁵ *Ibid.*, p. 70.

individuo posesivo; es siempre lo antitético a lo común y lo político, a la comunidad política, al comunismo.

Por esa razón, Dean ciertamente no concibe a la muchedumbre como un estadio intermedio de construcción política del pueblo. Sino que la sitúa entre los procesos de agitación, organización y dirección de las multitudes, y la dinámica de representación retroactiva del partido que debe saber servir a la oportunidad de constituir las políticamente¹⁷⁶. Y aunque expone de este modo una lectura convenientemente romantizada y homogénea de los movimientos de protesta que pondera¹⁷⁷, su crítica del individualismo y coligada valoración del momento colectivo de esas experiencias le permiten franquear el dominio simbólico-discursivo para enfocar la atención sobre el elemento, que he denominado, ‘afectivo-productivo’ en juego en dichos eventos. “*Attention to affect can open up a register beyond texts and practices, providing access to a domain of attachments and expectations productive of a mode of life*”¹⁷⁸. El partido, entonces, debe proveer la infraestructura de *transferencia*¹⁷⁹ de esa productividad afectiva, colectiva, de la

¹⁷⁶ Cf. *ibid.*, p. 148.

¹⁷⁷ Convenientemente, en vista de que Dean, queriendo salvaguardar una cierta autonomía de esos procesos – educada de su propia recolección personal de la experiencia paradigmática del movimiento *Occupy* en los Estados Unidos (cf. *ibid.*, pp. 1-4)–, incurre en ignorar las operaciones hegemónicas que tienen necesariamente lugar en ellos. Como Stavrakakis, sin embargo, señala, cuando un movimiento “*fails to (...) [acquire a hegemonic form] – as in the case of the Occupy movement in the US– this is likely to set limits to the future prospects of the movement in question*” (Stavrakakis, 2014a, pp. 7-8). Sin embargo, Dean deposita la remediación de esta falencia enteramente en el partido (no en el propio movimiento, en ningún tipo de lógica política popular, de los propios agentes). *Convenientemente*, en consecuencia, idealizando la fuerza productiva de la experiencia colectiva como base de la política radical.

¹⁷⁸ Dean, 2016, p. 220.

¹⁷⁹ Se hace preciso, por mi parte, señalar que el empleo que hace Dean del concepto de transferencia es técnicamente mucho más complejo y específico (i. e., psicoanalítico) que la aplicación lata y general que propongo, a los presentes efectos, teóricamente recuperar. Una aplicación que derivo, básicamente, de su lectura de que: “*The psychoanalytic concept of “transference” (...) involves the relation between the analyst and the analysand. (...). Of course, the party is not an analytical session. Leaders and cadre are not psychoanalysts. This does not mean, however, that something like transference is not at work in the relation between crowd and party*” (Dean, 2016, pp. 183-184). “[*The party*] provides a transferential object that can stand in for the crowd, not representing it but pushing the urges it activates in the direction of equality and justice. With meetings and actions the party produces assemblies of intensity that press comrades into action, involving them into practices and activities through which they are accountable to one another” (*ibid.*, p. 242). Y también, a la inversa, “[*the*] party finds the people in the crowd. (...). [*It*] responds (...) to the subject by recognizing it in the crowd and thereby making the crowd into something more than it is (...), letting its egalitarian moment endure in the subjective process of people’s struggle (...), maintaining the gap of desire of the people as a collective political subject. Without the perspective of the party, multiple resistances blur into the menu of choices offered up by capitalism” (*ibid.*, p. 259).

muchedumbre; “*a structure for relief*”¹⁸⁰ y condensación de su descarga en una capacidad institucional concentrada, extensa y durable.

El reverso, desde luego, de esta reducción completa y romantizada del ‘pueblo’ a un *efecto* de la mediación del partido, es la negación del potencial político de las demandas específicas, de las identidades particulares. La lógica hegemónica como construcción política *positiva* del pueblo; un proceso de representación comunitaria que surge igualmente, como decía anteriormente, desde abajo. Aunque las identidades diferenciales no sean la unidad elemental de los frentes de protesta (como en el argumento hegemónico-populista de Mouffe y Laclau), esto no significa que deba, por el contrario, serlo la pura muchedumbre, completamente indiferenciada e informe. Las fuentes del poder popular no pueden reducirse a una lógica burda de individualismo *versus* comunismo. Lo que me interesa recobrar es que son tanto político-discursivas (identitarias, simbólicas) como afectivas-productivas (indeterminadas, no simbólicas).

Ahora bien, a primera vista la denuncia de Mouffe es, sin duda, muy similar a la de Dean:

The mistake of liberal rationalism is to ignore the affective dimension mobilized by collective identifications and to imagine that those supposedly archaic ‘passions’ are bound to disappear with the advance of individualism and the progress of rationality. This is why democratic theory is so badly prepared to grasp the nature of ‘mass’ political movements as well as phenomena such as nationalism. The part played by ‘passions’ in politics reveals that, in order to come to terms with ‘the political’ (...) it needs to have a real purchase on people’s desires and fantasies. To be able to mobilize passions towards democratic designs, democratic politics must have a partisan character.¹⁸¹

Al igual que Dean, Mouffe reconoce (a) que el individualismo liberal ignora la dimensión afectiva movilizadora por las identificaciones colectivas, especialmente patente en los movimientos sociales de masas, y (b) el papel que deben desempeñar los partidos en la configuración política de ese proceso. Pero aquí es donde la similitud se acaba. Pues lo que Mouffe denomina ‘pasiones’ son las fuerzas afectivas al origen de las formas colectivas de

¹⁸⁰ *Ibid.*, p. 245.

¹⁸¹ Mouffe, 2005, p. 6.

identificación¹⁸², que la teoría democrática liberal, en sus “*refusal to accept the ever present possibility of antagonism and (...) belief that, as far as it is rational, democratic politics can always be interpreted in terms of individual actions*”¹⁸³, ha fallado en debidamente asimilar; en ningún caso una *producción* irreductible a las mismas. Son los lazos que las sostienen.

Por eso, aunque su análisis de esta dimensión afectiva vuelve precisamente sobre el asunto de la ‘descarga’ de Canetti, lo que rescata no es una noción de la colectividad como productora de pasiones que resultan sustancialmente irreductibles a las condiciones estructurales de la *significación* sociopolítica (Dean), sino una reafirmación de su justificación ética del agonismo y el rol correspondiente de la política parlamentaria¹⁸⁴. Mouffe se apoya en Canetti para defender que los partidos tienen un rol importante por desempeñar en la expresión agonista de los conflictos latentes en la sociedad, dado que “*the various affective forces which are at the origin of collective forms of identification*”¹⁸⁵, ilustradas por la descarga, requieren de la condensación discursiva de una plataforma política establecida para significar posiciones específicas.

Lo que Dean pone de relieve con su comprensión, por más que sensiblemente idealizada, de los movimientos que analiza es que los símbolos comunes y los líderes no bastan para establecer relaciones de identificación políticas, significativas. El partido debe abocarse, a la vez, a condensar y direccionar el precipitado afectivo que obtiene a niveles asociativos más circunstanciales, momentáneos y confusos de las relaciones y erupciones sociales, y que resulta materialmente irreductible a las estructuras práctico-discursivas en que los agentes constitutivamente se identifican. Para Mouffe, este fenómeno intermedio es ontológicamente imposible: o las pasiones dependen de un discurso que las significa y moviliza (obteniéndose la identificación con una identidad colectiva: un vínculo *político*),

¹⁸² Cf. *ibid.*, p. 24.

¹⁸³ *Loc. cit.*

¹⁸⁴ “He [Canetti] makes us grasp the important part played by the parliamentary system in the transformation of antagonism into agonism and in the construction of a we/they compatible with democratic pluralism” (Mouffe, 2005, p. 23). Cf. *ibid.*, pp. 21-25

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 24.

o no tienen, por de pronto, nada que ver con la política. Desde su punto de vista: “*Mobilization requires politicization, (...) allowing for passions to be mobilized politically within the spectrum of the democratic process*”¹⁸⁶. La función de los partidos es esta canalización agonista de las pasiones políticas; no su construcción retroactiva.

Las pasiones políticas están desde el comienzo enteramente circunscritas al ámbito de la significación¹⁸⁷. De la identificación discursiva de los agentes con una pluralidad de formas diferenciales-equivalenciales de identidad sociopolíticas específicas, que van desde un “vago sentimiento de solidaridad”¹⁸⁸ hasta la unificación fuerte de los símbolos y figuras hegemónicas de las causas populistas. En efecto, al concebirlas como prácticas significativas, “*practices where the discursive and the affective are articulated, producing specific forms of identification*” que, por su vez, proveen “*the motor of political action*”¹⁸⁹, Mouffe obtura el rol correlativamente intermedio que tienen por desempeñar los partidos en la hegemonización de esos niveles menos definidos y articulados. Una tarea que resulta especialmente estratégica por ejemplo en los casos en que se verifica una proliferación de sentimientos, pasiones efervescentes, que desbaratan el incipiente “vago sentimiento de solidaridad” que monta y, a dichos efectos, fracasa en unificar la equivalencia en un sistema de significación/identificación estable. Por ende, impidiendo o extenuando la emergencia de una demanda o figura capaz de cristalizar esa unidad. La concreción, en fin, de la operación hegemónica como requisito para la creación de una auténtica identidad popular.

¹⁸⁶ Mouffe, 2005, pp. 24-25.

¹⁸⁷ Sobre el presente empleo de los conceptos de discurso, significación, simbolización y afectos se hace preciso aclarar lo siguiente. Si bien, técnicamente podríamos decir que: el discurso se descompone en la inscripción significativa y afectiva, pero no todo lo discursivo—i. e., discursivamente inscripto: lo significativo y lo afectivo—, es simbólico, sino que el discurso puede contener también elementos no simbólicos: los efectos de la dislocación y lo que Mouffe va a entender como el poder de los afectos. En la práctica teórica, sin embargo, como se desprende del texto tanto de Mouffe como de Laclau, estos términos, salvo —desde luego— el de lo afectivo, constantemente se transponen. Así sucede, por ejemplo, con lo que llaman ‘discursivo’ y su trasposición con la ‘significación’, como se echará de ver a partir de la cita subsiguiente en el cuerpo del texto. O con los conceptos de discurso y lo simbólico, a partir de su comprensión lacaniana. Una laxitud terminológica que, para no embrollar innecesariamente el análisis, acordemente retomo.

¹⁸⁸ Laclau, 2005, p. 122.

¹⁸⁹ Mouffe, 2018, p. 74.

Al mismo tiempo, sin embargo, hay en la obra de Mouffe dos reflexiones puntuales que apuntan a la politización de una experiencia no completamente capturada en el circuito simbólico. Como una, referida justamente a la alusión que hace Mouffe al fenómeno de la ‘descarga’, ya la introduje, comenzaré aquí por la otra. En su último libro a la fecha, Mouffe abandona su empleo del término ‘pasiones’ para referirse a la dimensión afectiva específica de la política, optando por retomar la noción más amplia (conceptualmente extensiva) de los ‘afectos’, que no necesariamente tienen que ver con la política¹⁹⁰. Esta reintegración conceptual tendría teóricamente su base en la distinción spinoziana entre la ‘afección’ o los afectos en relación a su efecto, al mover en forma instantánea, en este caso, al individuo humano; y los ‘afectos’ o la experiencia vivida y durable de esa movilización¹⁹¹, que podríamos capturar –en nuestro lenguaje– como ‘afectos emocionales’: deseos, pasiones, sentimientos, etc.:

In a reflection on the affects in his *Ethics*, Spinoza makes a distinction between affection (*affectio*) and affect (*affectus*). An ‘affection’ is a state of a body insofar as it is subject to the action of another body. When affected by something exterior, the *conatus* (the general striving to persevere in our being) will experience affects that will move it to desire something and to act accordingly. (...) Questioning the privilege accorded by Marxism to the material determinations and the problematic antinomy that it establishes between matter and ideas, Lordon shows how Spinoza allows us to transcend it through the notion of ‘affection’ which results as much from ideas as from material determinations. It is when the junction between ideas and affects takes place that ideas acquire power.¹⁹²

Por una parte, esta es la justificación más elaborada que ofrece Mouffe de su postura en torno a los afectos. A pesar de sus “determinaciones materiales”, la “afección” supone desde el comienzo una experiencia entretejida en la textura discursiva, un estado psicobiológico en todo caso “resultante de las ideas”. La elaboración indudablemente actualiza un rotundo, por más que renovado, repliegue en la convicción teórico-discursiva de que no puede haber esqueje de “determinación material” que rebose del seno formal de la “idea”. Ninguna *experiencia* residualmente física o sensitiva que transpire de la mera existencia psicofísica

¹⁹⁰ “(...) con “pasiones” designo cierto tipo de afectos comunes, a saber, aquellos que se utilizan para construir las formas de identificación nosotros/ellos” (Mouffe, 2016, p. 35) Pero, desde luego, los políticos no serían el único tipo de afectos comunes, además de que también habrían afectos individuales.

¹⁹¹ Sigo aquí la lectura de Deleuze en: *cf.* Deleuze, 1978. *Cf.* Spinoza, 1677, pp. 123-183.

¹⁹² Mouffe, 2018, pp. 73-75.

individual del sujeto (en la medida en que, como Mouffe y Laclau dictaminan en su respuesta a la polémica crítica de Geras: “*nothing follows from this existence*”; “*from the existence*” –en general– “*of the object*”¹⁹³).

La otra parte, sin embargo, es que esta reafirmación introduce al mismo tiempo un elemento incongruente, que últimamente transgrede las intenciones de ese repliegue: un elemento positivo irreductible, cuyo movimiento insufla un contenido no discursivo a las representaciones del sujeto. Aunque no exactamente *productiva* en el sentido antes descrito, esta “investidura” no puede reducirse a ninguna concepción formal del afecto (como en la definición de Laclau, por ejemplo, donde: “El afecto (...) significa una discontinuidad radical entre un objeto y el que le sigue”¹⁹⁴).

Aun así, sin embargo, la utilidad del reflujo teórico, verificado en el trayecto textual de Mouffe, de las ‘pasiones políticas’ en el caudal conceptual de los ‘afectos’, recae en la fuerza o poder (*power*) que confieren *internamente* desde el comienzo a las ideas y, por ende, en la funcionalidad de la dinámica del *affectio/affectedus* para examinar el rol que detentan en la formación de las identidades políticas y sociales. Textualmente: en “*seeing ‘affections’ as the practices where the discursive and the affective are articulated, producing specific forms of identification (...) crucial for politics*”. De modo que cualquier intento por recobrar ese “poder” de los contornos analíticos de este enfoque excedería el repliegue teórico característico de dicho marco. Asimismo, me parece que esa proyección analítica es justamente la razón por la que Mouffe debe sincerar su distancia con respecto a la recuperación de la lectura relevante de Spinoza por parte de la así llamada teoría de los afectos, a la que el reciente *revival* del filósofo moderno temprano indudablemente se debe:

Some of the promoters of the ‘affective turn’ present their view of affect as based on the thought of Spinoza, but there are good reasons to question such genealogy. I find much more convincing the interpretation of Frédéric Lordon¹⁹⁵ who, in his reading of the role of affects in Spinoza, underlines how for him politics is an *ars effectandi*, which deals with the production of ideas with the power to affect (*idées affectantes*). (...). Bringing together Spinoza, Freud and Wittgenstein, we can see inscription in discursive practices as providing

¹⁹³ Laclau, 1990b, p. 111.

¹⁹⁴ Laclau, 2005, p. 152.

¹⁹⁵ Lordon, 2008.

the affections that for Spinoza bring about the affects that spur desire and lead to specific action. It is recognized in this way that affects and desire play a crucial role in the constitution of collective forms of identification.¹⁹⁶

Spinoza resulta, en efecto, problemático porque no reduce todo el cuento al poder de los afectos con respecto a las ideas — o “*power*” en el sentido práctico-discursivo que Mouffe quisiera. Los afectos (*affectus*) dependen de su correlación con las ideas. Consisten en una movilización, derivada y expresiva, del citado ‘conatus’, de la “fuerza de existir” (*vis existendi*) o “potencia de obrar” (*potentia agendi*)¹⁹⁷, en tanto que determinada por el ámbito representativo de aquellas. De aquí que suponga, en definitiva, una experiencia vivida; el movimiento mismo, irreductible, del existir¹⁹⁸. Un *poder* que no puede, en cualquier caso, reducirse al referido repliegue cabal en la idea. Que no es, para reconectar con el comienzo, sólo la idea; sino la vivencia.

Es por esto que la redefinición spinoziana a la que Mouffe adscribe en su comprensión de los afectos acarrea las implicancias positivas antes referidas. Y que la teórica deba, en seguida, reinscribirla “*in discursive practices*” (e incluso, con Lordon, en el ámbito mismo, especial, de la política), a fin de poder replegar el resultante “poder” afectivo en los confines formales de su marco discursivo. Pero esto no quiere decir, por el contrario, que Mouffe niegue esas implicancias de plano, sino más bien que debe analíticamente restringirlas en función de sus compromisos teóricos. ¿Por qué no equivale esto a lo mismo que negarlas? La razón, como hemos visto, es que su teoría no puede prescindir de ese supuesto, aun cuando lo restrinja. La potencia afectiva debe referir a un orden profundamente distinto del discursivo. De lo contrario, ¿de dónde proviene la fuerza, la carga o las “determinaciones materiales” de la *afección* que la actualiza? ¿En qué consiste esa potencia? ¿Qué significa que los afectos “estimulen el deseo”?

¹⁹⁶ Mouffe, 2018, pp. 75-76.

¹⁹⁷ Cf. Spinoza, 1677, pp. 123-183. Más concretamente, en el aumento (como, p. ej., en el caso del afecto básico de la felicidad) o disminución (como en la tristeza) de esa potencia (*cf. loc. cit.*).

¹⁹⁸ Cf. Deleuze, 1978.

Es sobre esta base, finalmente, que volviéndose contra la crítica de los teóricos del “giro afectivo”¹⁹⁹, “*who claim that (...) [the hegemonic] approach only takes account of the discursive dimension*”, Mouffe puede replicar que “*by separating the discursive from the affective, they miss their constitutive inter-implication*”²⁰⁰. Mientras que: “*On the contrary, the discursive theory of hegemony acknowledges such inter-implications when it asserts that ‘something belonging to the order of affect has a primary role in discursively constructing the social*”²⁰¹²⁰². Mouffe necesita referirse a ese “algo” extradiscursivo, pero no puede teorizar sus implicancias desde los confines categóricos de su ontología: el aspecto de no integración de lo afectivo en lo discursivo; su no subsunción en tanto que “co-constitutivo” de las identidades políticas y sociales²⁰³. Sólo puede quedar forzosa e

¹⁹⁹ I. e., referente al giro afectivo de mediados de los noventa en las ciencias sociales, fundado en las contribuciones seminales de Brian Massumi (cf. Massumi, 1995) y Eve Kosofsky Sedgwick (cf. Frank, 1995), y polemizado por “la amplia literatura” generada durante su álgido período de tendencia, en lo que se consagra como la teoría de los afectos: un “conjunto heterogéneo de obras” donde “no es posible hablar de una perspectiva unificada” (Mouffe, 2016, p. 21).

²⁰⁰ Mouffe retoma aquí textualmente la crítica de Yannis Stavrakakis en referencia específicamente a los defensores del enfoque *poshegemónico* (particularmente, Richard Day, Scott Lash y Jon Beasley-Murray): cf. Stavrakakis, 2014b.

²⁰¹ Laclau, 2004, p. 326.

²⁰² Mouffe, 2018, p. 74.

²⁰³ La absorción de la dimensión afectiva por la ontología discursiva es, en efecto, compatible con esta función co-constitutiva y de interimplicación (cf. Stavrakakis, 2014ba 2014b) entre ambas en la práctica, en el sentido de que es en ese plano óptico, de las prácticas discursivas, que se constituyen, afectivamente, las identidades políticas. (Cabe notar que Laclau, por su parte, explícitamente desestima el alcance de esta distinción temática: “[B]y discourse I do not understand something restricted to the linguistic conceived in its narrow sense, but a relational complex of which enjoyment is a constitutive element. (...) linguistic representation is (...) an internal component of *jouissance itself*” (Laclau, 2004, p. 303). En respuesta, precisamente, a Stavrakakis, el filósofo argentino ofrece dos razones para sostener esta relación: (a) que si el afecto aparece como una intrusión en lo lingüístico, lo lingüístico podría cerrarse sin esa interrupción, aun cuando esta fuera inevitable, “[t]his is the best road to lead to a purely essentialist/structuralist conception of language” (*loc. cit.*); y (b) que presenta el riesgo parcial de “esencializar” al inconsciente haciendo de este una agencia en sí mismo (cf. *ibid.*, pp. 303-304). Mi reflexión pretenderá demostrar que la distinción no tiene por qué conducir a ninguno de estos casos: los afectos son co-constitutivos –en ningún caso meras intrusiones– respecto de las prácticas discursivas de las identificaciones sociopolíticas, de modo que siempre están implicados en aquellas, sin embargo, por este mismo motivo no pueden suponerse ontológicamente reductibles a las mismas. “*Otherwise the (often indeterminate) specificity of the two interconnected dimensions is bound to be lost (...) and the conditions of possibility for their interpenetration greatly obscured*” (Stavrakakis, 2007, p. 94). Asimismo, esto no significa, tampoco, ninguna esencialización parcial del inconsciente: lo afectivo no es una mera intrusión que, de suponerse irreductible, implique convertir al inconsciente (que interrumpe el orden lingüístico) en agente. Su especificidad ontológica reside precisamente en que no puede reducirse a los efectos del inconsciente ni, como es evidente, a intención o voluntad algunas. Esto es lo que el ejemplo de la “descarga” de los movimientos políticos de masa trae manifiestamente al frente).

incongruentemente replegado en la esfera intradiscursiva, bajo “*the discursive theory of hegemony*”. De esta manera, Mouffe rechaza la lógica dualista de la completa división de la realidad en dos ontologías primarias (afectiva y discursiva) sólo para acabar, en un nuevo dualismo, oponiendo su completa interimplicación bajo una sola, la discursiva.

Sea como fuere, el tránsito de las ‘pasiones políticas’ a los ‘afectos’ verificado en el trabajo más reciente de Mouffe implica una revalorización de lo afectivo como una dimensión distinguible respecto de la ontología práctico-discursiva defendida, en la medida que señala una experiencia últimamente inconmensurable. De esta manera, incluso cuando la incumbencia de los afectos para la política se mantenga enteramente reductible a su dependencia de la provincia discursiva (en su calidad co-constitutiva de, e interimplicación con, las identidades sociopolíticas), presiden al origen de las mismas como, y esto es lo que no podían capturar las ‘pasiones’, discursivamente irreductibles. Al quedar, sin embargo, implicados en el registro hegemónico de las prácticas identificatorias, concurriendo en los antagonismos y sobredeterminando las cadenas significativas, su realidad es sublimada en el plano socio-simbólico supliendo el referente de las *pasiones* descritas. (En un modo, se hace preciso notar, paralelo con respecto a los efectos disruptivos de las dislocaciones: si bien en ambos casos, de las dislocaciones y los afectos, se trata de una irrupción simbólicamente irrepresentable que sin embargo obtiene una cierta significación parcial y contingente a partir de su inscripción discursiva, las dislocaciones no tienen ninguna realidad más allá de esa experiencia límite; son de este modo lógicamente inherentes²⁰⁴. Los afectos, en cambio, recogen una realidad cuyo contenido material –independiente de cualquier anclaje conceptual o denotativo– no puede en principio reducirse a ningún límite

(*) Donde Laclau presupone una conexión interna necesaria de esta *jouissance* con respecto a la constitución afectiva, tal que le permite considerarlas de manera explícitamente intercambiable (cf. Laclau, 2004, p. 303, nota 6).

²⁰⁴ Esta es la lectura de la ‘dislocación’ que Stavrakakis, volviendo a la obra tardía de Lacan, desmiente. Objetándole consistentemente, en mi opinión, a Laclau que la dislocación en el psicoanalista se relaciona con una falta de *jouissance* que apunta a un residuo real ontológicamente éxtimo (no discursivo) (cf. Stavrakakis, 2007, pp. 87-104). La resolución que, por mi parte, propongo en el tercer capítulo no consiste en esta ni ninguna rectificación teórica desde el psicoanálisis, sino en una rotunda “desontologización” discursiva del terreno material de la práctica, y su posible reconstrucción crítica proveniente, no del aparato teórico-conceptual psicoanalítico, sino de una reivindicación de la materialidad positiva, no simbólica de los afectos.

de ese tipo. Ni, por consiguiente, circunscribirse enteramente a la lógica discursiva — de co-constitución afectiva-discursiva de las identidades políticas y sociales. Pero esto es lo que la teoría de Mouffe no puede desambiguar: por más que los afectos apunten a una dimensión materialmente irreductible e influyente, toda la realidad debe desenvolverse en la matriz lógica, omnímoda, del discurso).

Lo segundo, es la lectura que Mouffe extrae de, nada menos que, la ‘descarga’ de Canetti (a la que curiosamente nunca refiere por su nombre), cuya recolección le sugiere la posibilidad de una experiencia intermedia —o significativamente irreductible— de “identificación” colectiva. En los movimientos políticos de masas, Canetti, en la explicación de Mouffe, observa que “*there is (...) [a] drive that makes them [the social agents] want to become part of a crowd to loose themselves in a moment of fusion with the masses*”²⁰⁵. Esta “atracción”, este, como Mouffe seguidamente asila, “‘*crowd*’ *appeal* [*that*] *will always be with us*”²⁰⁶, es lo que debe ser movilizado hacia formas democráticas de identificación política. El reino de las pasiones²⁰⁷. Pero entonces de lo que se trata es, precisamente, de una fuerza afectiva ontológicamente irreductible al plano de la significación y las diferencias, esto es, de las identificaciones sociopolíticas específicas de los agentes. Lo que la identificación intermedia que derivó de Dean justamente recupera: la producción afectiva de una experiencia común más allá del discurso y las prácticas. Pero Mouffe, evidentemente, no puede conceder ninguno de estos dos desenlaces sin incurrir en un compromiso insalvable de los principios de ordenación de su sistema.

²⁰⁵ Mouffe, 2005, p. 23. La definición canettiana de la descarga: “*During the discharge distinctions are thrown off and all feel equal. (...) It is for the sake of this blessed moment (...) that people become a crowd*” (Canetti, 1960, p. 18).

²⁰⁶ Mouffe, 2005, p. 23.

²⁰⁷ “*(...) once we accept with Canetti that the ‘crowd’ appeal will always be with us, we have to approach democratic politics in a different way, addressing how it can be mobilized in ways which will not threaten democratic institutions. What we are encountering here is the dimension of what I have proposed to call ‘passions’ to refer to the various affective forces which are at the origin of collective forms of identifications*” (*ibid.*, p. 24).

2.4. Los afectos en la práctica

Hasta ahora, para recapitular, hemos visto que la ‘sociedad’, según la concepción de Mouffe, tiene su fundamentación lógica en la dislocación y el antagonismo, con base en los cuales se conforma afectivo-discursivamente en tanto *objeto*, de acuerdo con la lógica política de la hegemonía. Sin embargo, lo que he querido demostrar es que el potencial político de los afectos no se agota en esta relación de co-constitución política, es decir, en la operación de los afectos como cemento de la identificación; o, antes, que estos no se agotan en tanto *efectos*: sus propiedades materiales resultan irreductibles a los procesos de sobredeterminación simbólica y, de hecho, Mouffe al menos les reconoce una potencialidad positiva. Reconoce que apuntan, en lo mínimo, a un orden que no puede ser formalmente reducido al orden discursivo. Con respecto a la política, esto implica reconocer que no todas las formas de identificación pueden simplemente subsumirse bajo el marco estratégico hegemónico del populismo (en que una identidad particular, *por efecto de* inversiones afectivas, se convierte en el símbolo universal de una identidad popular). Se dan también “identificaciones intermedias”, expresiones en mayor o menor medida *productivas*²⁰⁸, formas parciales, menos diferenciadas y definidas –y, por lo mismo, más susceptibles de ser hegemónicamente reabsorbidas o arrastradas hacia causas adversas–, que se hace preciso reconocer y canalizar políticamente.

²⁰⁸ No deja de ser, al respecto, interesante notar que Laclau prestamente reconoce que el rol de los afectos puede ser fuertemente determinante para el sostenimiento (hegemónico) de la identificación simbólica, mas también puede ser débil (“*cases in which the symbolic order is more immanent and self-sustained*” [Laclau, 2010, p. 237]). Sin embargo, sólo puede teóricamente evadir por completo la consideración de su reverso: que la determinación de la identificación simbólica también puede ser fuerte o, conversamente, débil (caso en el cual la intensidad de los afectos es más irreductible o autónoma, sobrepasando la articulación simbólica). En efecto, esto le significaría conceder que, si bien la relación entre las dimensiones afectiva y simbólica sólo puede ser intradiscursiva, sus realidades no pueden reducirse a esta relación. Ello sólo puede, a su parecer, implicar “[*to remain*], *to some extent, prisoner of a dualism which creates an obstacle to its own development*” (*ibid.*, p. 238). Por el contrario, lo que me ha interesado mostrar es que el obstáculo de esta perspectiva justamente reside en la lógica dualista misma de oponer a la *completa* división de la realidad en dos ontologías primarias (afectiva y discursiva) su *completa* interimplicación bajo una sola, la discursiva. No se trata de buscar explicar el componente afectivo de la relación por remisión a una experiencia *absoluta* (*cf. ibid.*, p. 239), sino de reconocer el modo en que su realidad excede a la relación misma (vale decir, los aspectos en que es discursivamente singular e irreductible, i. e., propiamente *productiva*).

Para retomar el dualismo que oponía hace un momento, lo que propongo es que entre la completa subordinación ontológica de los afectos a la esfera discursiva (Mouffe) y su completa autonomía (la postura que Mouffe critica), la naturaleza no simbólica que entreveíamos apunta al carácter productivo, singular de los mismos. Esto tiene, por de pronto, dos implicancias. La primera, es que los afectos no pueden capturarse bajo la ontología formal omnimoda del discurso. La segunda, es que, para poder entonces darles adecuadamente cabida en la teoría, se hace preciso “desontologizar” y, con ello, “desabsolutizar” esa matriz. Precisamente porque lo que se tiene no son los extremos ontológicos de un dualismo estricto (como Mouffe ataca) ni una lógica de pura interimplicación relacional, como bajo la subsunción general de la estructura práctico-discursiva (que Mouffe defiende), sino una interrelación, y a la vez un desborde, prácticos de significación y producción afectiva, esta experiencia no puede reducirse a ninguna constelación determinada de condiciones de posibilidad formales. Ni por el lado del discurso, ni, por cierto –como he rechazado–, del de los afectos. En lugar de intentar reducirlos categorialmente, debe más bien tratarse de buscar reestablecerlos a partir de la experiencia concreta de su interrelación práctica.

El corolario, derivo entonces, es una extensión de la noción pertinente de la ‘práctica’. Si la confutación de la subordinación discursiva del ámbito afectivo en este argumento da paso al desbordamiento de ambos estratos, se ha evidentemente expandido la *realidad material* de la práctica. El terreno de las relaciones, expresiones y actividades humanas no puede más circunscribirse al ámbito de la inscripción discursiva; las fermentaciones de los afectos lo producen también de hecho.

Para el análisis de la democracia, esto tiene la implicancia de que todo intento por canalizar las pasiones políticas hacia el filtro del consenso conflictual que Mouffe justifica requiere no sólo de un trabajo socio-simbólico constante e intensivo de reconstrucción e integración de continuo en torno al compromiso afectivo (“*passionate commitment*”²⁰⁹) con los valores democráticos. Sino de una interface organizacional extensiva capaz de transferir

²⁰⁹ Mouffe, 2000, p. 97.

hacia sí las producciones afectivas excedentes a esos procesos socio-simbólicos –los afectos en su calidad de irreducibles a las lógicas formales de co-constitución, afianzamiento o investidura, del argumento hegemónico–, para atraerlas y arroparlas políticamente (en vista de que, en su defecto, podrían resultar vehiculadas hacia cadenas significativas rivales, no encontrar asilo simbólico en ningún proyecto específico y reabsorberse o desgastarse, o bien ser disipadas por fuerzas de otros tipos como, por ejemplo, las espirituales, esotéricas, *New Age*, etc.). El trabajo movilizador medular del partido –como plataforma política formal– debe implicar lograr establecer esta red de transferencia.

Sin embargo, el marco teórico omnímodo de la lógica de la identificación discursiva y una legitimación afín de la figura representativa tradicional de los partidos políticos, le impiden a Mouffe pensar una relación “intermedia” (entre la representación simbólica y la producción afectiva) –más, podríamos correlativamente decir, *productiva*– del partido con las luchas concretas, capaz de atraerlas y potencializar la emergencia de una formación política contrahegemónica. En efecto, su subsunción discursiva de los afectos hunde completamente en las sombras el potencial productivo de estos excesos. Su potencial en tanto fuerzas materiales movilizadoras. La oportunidad política que ponen en movimiento. Todo el sector extendido de aquello que he concebido como formas de identificación intermedia, de medio camino en relación con las prácticas discursivas –más determinadas y completas– de identificación socio-simbólica.

Esta rehabilitación política resulta instrumental para remediar el punto estratégico ciego del proyecto: que la construcción contrahegemónica de una voluntad general no puede simplemente dejarse a las dinámicas de representación sintética del abanico cada vez más amplio –en proporción con la tendencia acumulativa incremental de los puntos de crisis del sistema– de demandas democráticas insatisfechas. Estos descontentos deben modularse productivamente como *opuestos* a la lógica hegemónica vigente. Es por esto que la estimulación transferencial de los partidos y otras plataformas políticas relevantes me parece tan imprescindible.

2.5. Sobre las fuentes *productivas* del poder popular

2.5.1. ¿En el nombre del liberalismo idóneo o del anticapitalismo incompetente?

Mouffe plasma su comprensión de la relación entre capitalismo y lucha contrahegemónica en la siguiente radiografía:

There are many points of antagonism between capitalism and various sectors of the population, and this means that, when this struggle is envisaged as an extension of the democratic principles, there will be a variety of anti-capitalist struggles. In some cases they might not even be perceived as being ‘anti-capitalist’ by people involved in them and many will be conducted in the name of equality and conceived as struggles for democracy.

People do not fight against ‘capitalism’ as an abstract entity (...). It is always on the basis of concrete situations that they are moved to act. If they struggle for equality it is because their resistances to various forms of domination are informed by democratic values and it is around those values, addressing their actual aspirations and subjectivities, and not in the name of anti-capitalism, that people can be mobilized.²¹⁰

El capitalismo genera una multiplicidad de puntos de antagonismo –más bien, como sabemos, de dislocación– en las situaciones concretas de las personas, que las impulsan a actuar. Pero, en vista de que una respuesta alternativa, radical, es “cualquier cosa menos automática”²¹¹, esas iniciativas no se perciben necesariamente a sí mismas como

²¹⁰ Mouffe, 2018, pp. 49-50. Cabe notar que esto representa una diferencia con respecto a la posición tomada en “Post-Marxism without Apologies”, la cual proyectaba que:

the potential emergence of a radical anti-capitalist politics through the deepening of the democratic revolution, will result from global political decisions taken by vast sectors of the population and will not be linked to a particular position in the social structure. In this sense there are no *intrinsically* anti-capitalist struggles, although a set of struggles, within certain context could *become* anti-capitalist (Laclau, 1990, p. 127).

Esta visión cambia en función de la reconceptualización introducida con el concepto de dislocación. La noción de dislocación permite entender las disrupciones del capitalismo como una oportunidad para la política democrática radical: (i) posibilitando la emergencia de resistencias al capitalismo, (ii) cuya simbolización resulta más prestamente asegurada por las lógicas coyunturales de la expansión democrática (la fase actual de la “revolución democrática”) que por las lógicas más ubicuas y globales del neoliberalismo como razón hegemónica de lo social en el capitalismo tardío (cuyas desestabilizaciones prácticas están, según veíamos, al origen discursivo de dichas demandas). Lo que procuraré aquí y en lo subsiguiente por mi parte reivindicar, en cambio, es la necesidad de rehabilitar el reverso anticapitalista del imaginario democrático que informa las citadas “situaciones concretas” de resistencia. La producción afectiva y los procesos de reinscripción discursiva que las dislocaciones del capitalismo en su incompatibilidad con las lógicas sociales establecidas rasgan en dicho tejido, a través de su recuperación en tanto de tal manera resistencias a los efectos hegemónicos de aquel en su presente lógica.

²¹¹ Villalobos, 2002, p. 95.

anticapitalistas. Antes bien, emergen simplemente en resistencia a formas de dominación concretas que las afectan, cuyos reclamos pueden formularse y ser representados en el nombre del imaginario democrático y, de este modo, vehiculados por el carril lógico – político, democrático-liberal *raso*– de la síntesis populista, hacia procesos radicales de reforma e institución (contra)hegemónica.

El problema es: ¿hasta qué punto esos recursos a una cierta ilusión política y normativa de la democracia pueden o logran efectivamente desceparse de su inscripción en el discurso neoliberal hegemónico para poder encarrilar por el camino idóneo –el camino liberal agonista– de la política populista como estrategia realmente contrahegemónica (esto es, de una estrategia que, al fin, no se desarme frente a las ofertas sectoriales de alivio temporal e individual de los esquemas que la institucionalidad neoliberal rápida y eficazmente diseña para desmontar la “amenaza roja” de las coaliciones populares federadas y reabsorberla)? ¿Hasta qué punto es posible referir a algo así como las “aspiraciones y subjetividades actuales”, democráticamente orientadas, de las personas en el ambiente hegemónico saturado de una razón práctica que ha estado sistemáticamente abocada a anular el “sentido común” que las alimenta? ¿Hasta qué punto, entonces, la antagonización en el origen de las luchas refractarias que Mouffe constata no redundan en una reacción trágicamente inmanente cuya expresión está ya desde el principio capturada en la lógica del régimen interpelado?

Si el mérito del proyecto democrático radical es que proporciona un modelo propositivo, contundente y relevante de ofensiva contrahegemónica (con respecto a la hegemonía neoliberal posdemocrática), la extensión del distanciamiento crítico-cognitivo y el grado de antagonización política de los reclamos y luchas precisamente concretos, diferenciales, de la identificación equivalencial –la construcción articuladora del “pueblo”– que demanda, debe asumirse, desde el punto de vista estratégico, como un flanco necesario de análisis. Después de todo, como Mouffe insistentemente remarca: “*The people is not a homogeneous subject in which all differences are somehow reduced to unity*”. Vale decir:

We are not faced, as is often claimed, with a ‘mass’, as understood by Gustave Le Bon, where all differentiation disappears to create a totally homogeneous group. Instead we find ourselves within a process of articulation in which an equivalence is established between a

multiplicity of heterogeneous demands in a way which maintains the internal differentiation of the group. (...) a relation of equivalence is not one in which all differences collapse into identity but in which differences are still active. It is only to the extent that democratic differences are opposed to forces or discourses that negate all of them that these differences can be substituted for each other. This is precisely why the creation of a collective will through a chain of equivalence demands the designation of an adversary. Such a move is necessary to draw the political frontier separating the 'we' from the 'they', which is decisive in the construction of a 'people'. (...). This process of articulation is crucial because it is by their inscription in this chain that singular demands acquire their political signification. It is not so much where those demands come from that counts, but how they are articulated with other demands.²¹²

Este pasaje es formidablemente sintomático del problema actualmente planteado, ya que, si bien reafirma el sentido diferencial de las luchas democráticas particulares, les niega “aspiraciones y subjetividades” emancipadoras. Estas aspiraciones y subjetividades sólo pueden *construirse* al nivel estructural de la identificación hegemónica; no hay manifestaciones radicales fuera del campo de la representación populista. Sólo particularismo, facciones sectoriales, afecciones pasionales, vagas solidaridades; equivalencias limitadas y endebles. No hay política (retroactiva) de los afectos, sólo los afectos de la política hegemónica. Por eso, el sujeto radical del populismo además de una forma política cualitativamente distinta de las series asociativas que lo componen, es la forma de la política (no institucional) *par excellence*. (La forma institucional, en contraste, es la estructura representativa máxima del partido; podríamos decir que no es la política auténtica del populismo, mas la política ya formalizada, una construcción identitaria asentada y oficialmente inscrita). Esto es lo que implica la identificación entre lógica política (auténtica) y lógica hegemónica.

Por último, no podemos perder de vista que la política, para Mouffe, en cualquier caso —esto es, la política democrática en sentido amplio—, tiene una forma hegemónica implícita, una especificación primordial e indisoluble. Ya sea en la forma más auténtica de la lógica populista o en la forma institucionalmente establecida del partido, la política democrática, la política democrática *radical* por oposición a la “política” entre comillas de las luchas democráticas particularistas, es liberal agonista. Aunque de un modo bastante condensado,

²¹² Mouffe, 2018, pp. 62-63.

en esta descripción dispongo el trenzado de los tres objetos centrales de mi crítica (y reconstrucción) según tres ejes:

- 1) Lo que más arriba ironizaba en términos del “camino idóneo” o la “lógica política rasa” de la política democrática liberal agonista: el estatus normativo paradójico de la democracia liberal como la forma hegemónica implícita de la política radical que Mouffe reivindica (fundada en el colapso normativo de la política propiamente entendida con la política democrática liberal), problematizada en el primer capítulo.
- 2) Las implicancias del colapso general simultáneo, que ahora analizo, entre dicha ‘política’ y el marco teórico-discursivo de la teoría para la política democrática radical, a saber: su (i) reducción de la política democrática a la representación identitaria; (ii) subsunción material de los afectos; (iii) rechazo del potencial político de ciertas luchas particularistas de conformarse en hegemónicas.
- 3) Las implicancias del colapso ontológico fundamental del marco teórico-discursivo o ‘colapso práctico-discursivo’, de la realidad material y su estructuración discursiva. Tanto para la comprensión *general* de lo político-social (a la vez que de todos los demás ámbitos onto-epistémicos reconocidos, como, p. ej., de lo social –como distinto–, lo cultural, económico, las ciencias, la psicología, etc.). Así como para la comprensión *especial* de la política óptica, en sus componentes programáticos esenciales, de, p. ej.: representación política (*vs.* una democracia más activa, inclusiva de formas participativas, más directas, autónomas y afectivas); reforma democrática liberal del Estado (*vs.* una reforma democrática sustantiva) y sistema tradicional de partidos (*vs.* una reestructuración posrepresentativa, diversificada, extensa y descentralizada de sus plataformas políticas), que abordaré en el tercer capítulo.

En la perspectiva de Mouffe, el proyecto democrático radical descansa en una adhesión a los principios democráticos liberales, y una defensa de su extensión y acentuación como la lógica que hace posible la significación de las causas particularistas concretas, que las dislocaciones del capitalismo motivan, “*as struggles for democracy*”. La democracia radical

obtiene sus credenciales a partir del ‘nosotros’ que comienza a construirse con la moderna “revolución democrática” y el advenimiento de los “nuevos movimientos sociales”²¹³, consolidándose a través de la institucionalización de su dilatación y profundización en el marco de los principios de igualdad y libertad que la conforman. De aquí que, como leíamos en el recorte textual reciente, más allá del origen de los movimientos sociales lo que importe sea su disposición seriada en una maquina política capaz de llevar adelante procesos radicales de institucionalización y reforma. El embrollo, sin embargo, radica en que la presente situación posdemocrática consiste justamente en la evacuación de los principios cuya conjunción paradójica debía hegemónicamente –aún– informar las luchas y movimientos por la democracia, sus “aspiraciones y subjetividades”. La lógica neoliberal conlleva nada menos que una erradicación y redefinición concomitante de esa realidad; con la anexa reinscripción aplastante de las identidades “actuales”, concretas, en que la política radical debía y tenía que apoyarse.

Es aquí que se torna clave, en mi opinión, reconsiderar el potencial emancipatorio de dichos reclamos a partir de la recuperación de sus –y esto es lo que buscaré argumentar–: sentido anticapitalista común y transversal (i. e., en tanto resistencias particularistas que irrumpen de las fracturas expuestas de la razón práctica totalizante y al mismo tiempo profusamente defectuosa del capitalismo regente) e identificación democrática “popular” (i. e., como la lucha por un espacio de mayores y más cabales igualdad y libertad, en oposición a las antedichas “*forces or discourses that negate them*”).

²¹³ Mouffe sintetiza esta historia como sigue:

The decisive mutation in the political imaginary of Western societies took place at the time of what Tocqueville called the ‘democratic revolution’. As Claude Lefort has shown, its defining moment was the French Revolution with its novel affirmation of the absolute power of the people. This initiated a new symbolic mode of social institutions that broke with the theologico-political matrix and, with the *Declaration of the Rights of Man*, provided a vocabulary to question the different forms of inequality as illegitimate. (...). From the critique of political inequality, this ‘passion for equality’ led, through the different socialist discourses and the struggles that they informed, to the questioning of economic inequality, thereby opening a new chapter of the democratic revolution. With the development of the ‘new social movements’, a further chapter was opened, the chapter in which we are now living, characterized by the questioning of many other forms of inequality.

It is remarkable that, after more than 200 years, the power of the democratic imaginary remains in force, encouraging the pursuit of equality and liberty in a multiplicity of new domains (Mouffe, 2018, pp. 42-43).

De esta manera, sin embargo, no se trata, como Mouffe reconviene, de una lucha contra el capitalismo como una entidad “enemiga” abstracta, sino contra los efectos reales, las realidades positivas, de su operación en curso. Lo que recomiendo es una praxis expresiva de interpretación de las disrupciones que este capitalismo realmente existente, en su variada y prolífica encarnación neoliberal, produce en, precisamente, las “situaciones concretas” de las personas, que las remecen. No en la encumbrada modalidad pedagógica, paternalista, arrogante y burda que la filósofa advierte todavía en la izquierda de “*making them realise the ‘truth’ about their situation*”²¹⁴, sino a partir de una exposición elocuente y accesible, y hasta lo “más vulgar y naif posible”²¹⁵, de los perjuicios concretos que la incompatibilidad entre el anhelo “popular” de democracia y la ordenación neoliberal vigente inagotablemente genera en sus “subjetividades y aspiraciones”. En oposición a la arremetida de que:

Instead of designating the adversaries in ways that people can identify, they [i. e., the “extreme left”] use abstract categories like ‘capitalism’, thereby failing to mobilize the affective dimension necessary to motivate people to act politically. They are in fact insensitive to people’s effective demands. Their anti-capitalist rhetoric does not find any echo in the groups whose interests they pretend to represent.²¹⁶

Mi impresión es que si las personas pueden ser movilizadas, contra la refutación de la autora, “*in the name of anti-capitalism*” es a través de la puesta en práctica de su recuperación significativa-afectiva –más bien que simbólica de manera llana y explícita– como denuncia (contra)hegemónica de las causas (sociales) reales del malestar individual y colectivo, proyectándolas sobre un adversario político tangible: los defensores del *statu quo* neoliberal. Mientras Mouffe insista, no obstante, en reducir el radio de cualquier praxis anticapitalista al miope escenario prospectivo de que “*many of the forms of subordination that will need to be challenged are the consequences of capitalist relations of production*”²¹⁷, contará con un análisis “insensible” no solamente a los efectos hegemónicos del funcionamiento actual del capitalismo, sino al fenómeno mismo de la resistencia social.

²¹⁴ *Ibid.*, p. 50.

²¹⁵ Castro, 2011, p. 24.

²¹⁶ Mouffe, 2018, p. 50.

²¹⁷ *Ibid.*, p. 49.

No sólo las consecuencias de la reinscripción neoliberal de las “aspiraciones y subjetividades” de las personas son mucho más ubicuas y complejas que “las consecuencias de las relaciones capitalistas de producción” que Mouffe sanciona, sino que las respuestas que sus brechas impelen no siempre recorren claras relaciones de subordinación de pronto percibidas nítidamente como injustas²¹⁸. De hecho, lo que he querido señalar es que en tanto que los ideales democráticos van siendo reinscritos en las lógicas neoliberales, relegados por los efectos exuberantes de su reproducción normativa y subjetivante (i. e., de compensación identitaria²¹⁹), esas identificaciones pierden su fuerza contrahegemónica. Se vuelven cada vez menos materiales, seguras y discernibles. Es por esto que definiendo la necesidad de reivindicar las formas “intermedias” de las luchas que emergen de esas resistencias, y repensar el potencial emancipatorio que deparan.

Una reivindicación que implica, en mi explicación, abordarlas con un discurso capaz de concederles herramientas para responder a las dislocaciones que experimentan. Para que estas no acaben experimentadas como parciales y reabsorbidas hegemónicamente, sino que propicien formas de identificación contrahegemónicas, o de rehegemonización radical. Este es el discurso que propongo articular en función del sentido anticapitalista común de esas resistencias (en tanto resistencias emergidas de la desestructuración hegemónica) y el imaginario “popular” de democracia (que debe informarlas). El discurso que debiera, en mi opinión, reclamar el propósito público de la filosofía y la reflexión políticas comprometidas con la democracia, recalando cada vez más en el debate –y el sentir– público.

La democracia radicalizada no puede derivarse más de una ampliación y profundización radical de la actual “democracia”. La confrontación con la posdemocracia neoliberal demanda que la estrategia populista sea no sólo complementada con las plataformas centrales de transferencia que transpongo de la concepción de Dean, sino, y

²¹⁸ Esto es, como relaciones de explotación, dominación o discriminación: *cf. ibid.*, p. 61.

²¹⁹ I. e., respecto de sus, supuestas, faltas o privaciones. El discurso neoliberal –como se sigue de toda y cualquier formación político-hegemónica– suple esas carencias proyectadas de los sujetos con ciertas ilusiones prospectivas de plenitud, en este caso, ofrecidas por los ideales economicistas, individualistas y competitivos del mérito propio, el éxito económico, el alcance del poder adquisitivo y la acumulación privada de posesión.

primordialmente, movilizada en torno a la brecha de incompatibilidad radical entre el capitalismo neoliberal actual y la actualización democrática “popular”.

2.5.2. ¡No más recios líderes populistas!

Por último, y con respecto a lo que Laclau describe como el doble movimiento de la representación: de la identidad hegemónica como el resultado del proceso de representación de las diferencias, en la medida que asume la representación total de la cadena equivalencial de aquellas, visto que en su reverso “*it is by their inscription in this chain that singular demands acquire their political signification*” al tiempo que retienen, igualmente, su diferencialidad. Debemos aún reevaluar la función de los símbolos hegemónicos²²⁰ y, en especial, de la figura perennemente contestada del líder.

En mi anterior discusión sobre la concepción de ciudadanía que Mouffe elabora mencioné que la manera en que la filósofa la especifica le impide operar como un principio articulador para una pluralidad realmente diversa de perspectivas. Lo que expliqué entonces es que su ‘ciudadanía democrática radical’ lo mismo que debe hacerse significativamente disponible y suficientemente atractiva como una reivindicación política extensivamente válida, requiere funcionar como un símbolo tendencialmente vacío de su significado original específico a fin de unificar la mayor cantidad de demandas posible y convertirse en hegemónica. Movilizar una amplia y diversa pluralidad de identificaciones democráticas destroncándose, como efecto de esta misma dinámica, cada vez más de su contenido denotativo para poder cristalizar la lucha hegemónica en torno a su nombre. Pero, por las razones que aduje, el símbolo específico que la propuesta de Mouffe postula no puede

²²⁰ El “símbolo”, o lo que Laclau denomina ‘significante vacío’, “es algo más que la imagen de una totalidad preexistente: es lo que *constituye* esa totalidad, añadiendo así una nueva dimensión cualitativa. Esto corresponde al segundo movimiento en el proceso de representación: desde el representante a los representados. Por otro lado, si el significante vacío va a operar como un punto de identificación para todos los eslabones de la cadena, debe efectivamente representarlos, no puede volverse autónomo de ellos. Esto corresponde al primer movimiento que encontramos en la representación: desde los representados al representante. Como sabemos este doble movimiento es el *locus* de una tensión. La autonomización del momento totalizador más allá de cierto punto destruye al pueblo al eliminar el carácter representativo de esa totalidad. Pero una autonomización radical de las diversas demandas tiene el mismo efecto, porque rompe la cadena equivalencial y hace imposible el momento de la totalización representativa” (Laclau, 2005, pp. 204-205).

articular una identidad hegemónica del tipo. Su interpretación democrática radical de la ciudadanía no puede convertirse en un reclamo que permita una unificación populista y genuinamente transversal en torno a su fórmula.

La eficacia de los símbolos hegemónicos, en efecto, radica en que la extensión en que el eslabón particular que consigue condensar la articulación equivalencial logra revestirse de un sentido universal capaz de representar a la cadena completa como una totalidad: la identidad última y mítica del “pueblo”. En que logra, esto es, prestarle performativamente su concreción, su textura material, a ese producto final añorado y que de lo contrario no tendría cómo emerger de la mera lógica equivalencial. Esta *encarnación* de lo universal por lo particular (i. e., que “totaliza” a la trama completa) “sólo puede significar”, de ese modo, “dar un *nombre* a lo que está siendo encarnado; pero como lo que está siendo encarnado es una plenitud imposible”²²¹, para representarla debe separarse de su contenido conceptual. Transfigurarse nada más que en el “símbolo” de esa universalidad ausente; de la ilusoria identidad plena que ninguna voluntad popular puede jamás alcanzar.

Pero, en la contraparte, esto no significa que ese nombre sea o pueda convertirse alguna vez en un simple “medio neutral o transparente”²²²: su incorporación produce una dimensión cualitativamente nueva que es como tal irreductible a los contenidos diferenciales que representa. A pesar de que la identidad particular deba, en su pasaje de particular a hegemónica, propender necesariamente a ahuecarse, su cristalización significa que ha logrado políticamente teñir una gran serie de identificaciones/demandas. De manera que estas resultan también, en virtud del mismo proceso, transformadas por su causa. Así pues, siempre va a existir una brecha entre el objeto social mítico y la contextura designada.

En *La razón populista*, Laclau explica que cuánto más amplia la cadena equivalencial (más extenso el “nosotros”) más grande es la brecha, es decir, más alejada esta identidad va estar de la representación de sus diferencias particulares y mayor, en consecuencia, deberá ser su dependencia pura del nombre. “De esta manera casi imperceptible, la lógica de la

²²¹ *Ibid.*, p. 152.

²²² *Ibid.*, p. 129.

equivalencia conduce [de la pluralidad de elementos homologados] a la singularidad, y esta a la identificación de la unidad del grupo con el nombre del líder”, es decir, con una individualidad, que es “la forma extrema de singularidad”²²³. Desde luego, una identidad social que se vuelve, de esta manera, centralmente dependiente del movimiento (unilateral) vertical de la representación en su “forma extrema”, como en los casos en que el “símbolo” hegemónico central lo asume la figura individual del líder, tiende inevitablemente a sacrificar el vínculo con las luchas e identidades particulares de los ciudadanos, y a seguir –aunque Laclau crea poder eludirlo– derroteros de corte autocráticos antes que efectiva o radicalmente democráticos. Diametralmente opuestos, asimismo, por lo demás, al objetivo de mi presente revisión programática, volcada justamente al rescate del poder social de esas bases, concerniente al movimiento contrario: de los representantes al representado.

La figura del líder es, después de todo, diferente de cualquier otro símbolo. No sólo extrema en razón de su individualidad, sino por su carácter *personal*: es un agente individual el que presta su nombre, y el hecho de esta operación de síntesis simbólica no puede jamás desligar a la persona. El personalismo autocrático es una tendencia por lo tanto inerradicable de esta forma extrema de identidad hegemónica. Así, por más que Mouffe, por su parte, tome explícitamente cautela de este negativo desenlace, mantiene la línea personalista de Laclau en su defensa de la importancia y centralidad de líderes fuertes cuya relación con las bases civil-ciudadanas puede, en su opinión, *perfectamente* preservarse:

The role of the leader in the populist strategy has always been a subject of criticism and it is the reason why those movements are often accused of being authoritarian. Many people find charismatic leadership very dangerous and no doubt it can have negative effects. But independently of the fact that it is very difficult to find examples of important political movements without prominent leaders, there is no reason to equate strong leadership with authoritarianism. Everything depends on the kind of relation that is established between the leader and the people. In the case of right-wing populism, it is a very authoritarian relation where everything comes from the top without real grassroots participation.

But the leader can be conceived of as a *primus inter pares* and it is perfectly possible to establish a different type of relation, less vertical between the leader and the people.²²⁴

²²³ *Ibid.*, p. 130.

²²⁴ Mouffe, 2018, p. 70.

El problema es que la unificación de una identidad popular operada en el nombre de un líder fuerte es tendencialmente incompatible con una “base fuerte”, orientada por el ideal práctico, radical, del autogobierno efectivo del pueblo. El líder puede emerger como el símbolo hegemónico central del “pueblo”, pero esto significa que no puede imponer su voluntad por sobre esa voluntad popular cuya identidad amasa y, de tal forma, representa. Lo contrario entrañaría que esa identidad que adquiere al servir como nombre responde a la representación de su propia voluntad personal antes que a la de los representados; es decir, que no es, ni en tendencia siquiera, un nombre, un símbolo popular, un principio articulador genuino. Sin embargo, eso es lo que propende a suceder cuando el líder es el punto último o central –la “forma extrema”– de identificación existente, vale decir, cuando de lo que se está ante es justamente un liderazgo *fuerte*. (Un liderazgo de *primus inter pares* alude, en cambio, a la mera descripción analítica de su función simbólica: al hecho de que la identificación nominal de un líder puede prestarse para la unificación general del “pueblo”. Un líder fuerte, sin embargo, siempre por definición va a ser algo más contundente que el símbolo constitutivo de esa identidad emergente; su fuerza siempre va a indisociablemente provenir de una voluntad (personal) que no puede tendencialmente reducirse al orden nominal²²⁵. Siempre va a ser lo que llamo aquí despectivamente un recio líder populista).

²²⁵ Esto es lo que, en mi opinión, se deduce de la descripción que extrae Laclau (a partir de la lectura de Freud) de que “siempre que la necesidad de un líder fuerte se encuentra sólo a mitad de camino, el líder será aceptado si presenta, de modo particularmente marcado, los rasgos que comparte con aquellos que se supone que debe liderar. En otras palabras: los liderados son, en gran medida, *in pari materia* con el líder –es decir, este último se vuelve *primus inter pares*–” (Laclau, 2005, p. 83): su identidad está dividida, es el *primus*, pero también uno de los pares (*cf. ibid.*, p. 84). La implicancia es que esto deja de ser aplicable para los líderes fuertes (i. e., no “a mitad de camino” de ser fuertes), cuyos rasgos personales devienen irreductibles a su identidad *in pari materia* con los liderados.

3. ¿“REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA” O REFORMA RADICAL? LA POLÍTICA DEMOCRÁTICA EN EL SIGLO XXI

3.1. Liberalismo político y posdemocracia

En su libro de 1993, Mouffe declara que:

In stressing the centrality of the idea of pluralism for modern democracy, I recognize the latter's debt to the liberal tradition. One of my main theses, though, is that in order to develop fully the potentialities of the liberal ideals of individual freedom and personal autonomy, we need to dissociate them from the other discourses to which they have been articulated and to rescue political liberalism from its association with economic liberalism.²²⁶

Mouffe refrenda el reconocimiento y asunción del valor del pluralismo como el atributo central de la democracia moderna. El legado esencial de su encajamiento en el discurso y las instituciones del liberalismo político, basados en el estado de derecho, la defensa de los derechos y el respeto por la libertad y la autonomía de los individuos. Esta es, en efecto, su posición frente a la pregunta –con la que prepara antecedentemente el terreno de su partición de aguas en la cita– de: *“Is it possible to disentangle political liberalism from (...) the connotations it has acquired by its long association with economic liberalism”?*²²⁷.

La filósofa deriva su respuesta del argumento de C. B. Macpherson acerca de la contingencia histórica del engarce entre liberalismo y capitalismo en la conformación de la democracia moderna, acoplándose al rescate que este autor emprende de los valores éticos del primer término, en su aforo simbólico *“to carry through the struggle for a radical liberal democracy”*, *“whose objective is the extension and deepening of the democratic revolution”*²²⁸ aun en el contexto actual del marco cada vez más ubicuo del segundo término (del capitalismo). *“He [Macpherson] provided many of us on the left with a language that*

²²⁶ Mouffe, 1993, p. 7.

²²⁷ *Ibid.*, p. 41.

²²⁸ *Ibid.*, p. 102.

*allowed us to recognize the importance of political liberalism at a time when it was, unlike today, very unfashionable*²²⁹.

El ‘liberalismo político’, que Mouffe adopta, toma de esa forma sus propiedades de: (a) la no necesidad (contingencia histórica) de su articulación con el modo de producción capitalista; (b) su correlativa independencia del ‘liberalismo económico’, y (c) el potencial simbólico –significado por los valores que remontan a la corriente “liberal democrática ética” de John Stuart Mill²³⁰– para la política democrática radical. Es fundamentalmente a partir de las implicaciones *positivas* de la libertad en el posicionamiento ético de Mill²³¹ y la deriva radical tendida de ahí por Macpherson que Mouffe, en definitiva, dictamina

the specificity of modern democracy and the central role played by pluralism. By this I mean the recognition of individual freedom, that freedom which John Stuart Mill defends in his essay *On Liberty* as the only freedom worthy of the name, and which he defines as the possibility for every individual to pursue happiness as he sees fit, to set his own goals and attempt to achieve them in his own way²³². Pluralism is therefore linked to the abandonment of a substantive and unique vision of the common good (...). It is at the centre of the vision of the world that might be termed liberal, and that is why what characterizes modern democracy as a political form of society is the articulation between liberalism and democracy.²³³

Es esta libertad individual la que, en conjunción con la igualdad expansiva desencadenada con la “revolución democrática” y profundizada por las luchas progresistas, destila para Mouffe el valor simbólico radical de la organización democrática liberal como base ético-política de su proyecto de democracia radical pluralista. De modo que, aunque este significado ético radical del “liberalismo político” aparezca desde el principio subordinado

²²⁹ *Ibid.*, p. 115.

²³⁰ *Cf.* Macpherson, 1977, pp. 1-2.

²³¹ Esto es, en tanto que separa la libertad del derecho a la propiedad privada, reducidos por el individualismo posesivo. Ahora bien, cabe notar que mientras Macpherson tiene en mente lo que describe como el modelo del desarrollo de Mill, basado en el aumento del auto-desarrollo personal de todos los miembros de la sociedad (para cuya promoción el sistema democrático aparece, entonces, como el más ventajoso) (*cf. ibid.*, pp. 47-48), Mouffe enfatiza lacónicamente en el elemento positivo de la noción de libertad defendida conspicuamente en su libro *Sobre la libertad*, conforme se desprende textualmente del pasaje que transcribo en la justificación de la cita siguiente.

²³² “*The only freedom which deserves the name, is that of pursuing our own good in our own way*” (Mill, 1859, p. 83).

²³³ Mouffe, 1993, p. 120.

a la lógica capitalista del “liberalismo económico”²³⁴, Mouffe en cierta medida comparte con Macpherson su optimismo en torno al potencial práctico del liberalismo político como el ideal movilizador de un programa de emancipación y radicalización democráticas. Esta es la razón de que, con respecto a “*those on the left who affirm that the radicalization of democracy requires relinquishing liberal democracy*”, su respuesta consista en la aseveración de que: “*In several cases, this false dilemma proceeds from the widespread confusion between the political institutions of liberal democracy and the capitalist mode of production. While it is true that such an articulation is the one that we have so far encountered historically, it is a contingent one*”²³⁵. E insista en que:

It is within the framework of the constitutive principles of the liberal state –the division of power, universal suffrage, multi-party systems and civil rights– that it will be possible to advance the full range of present-day democratic demands. To struggle against post-democracy does not consist in discarding those principles but in defending and radicalizing them.

This does not mean accepting the capitalist order as the only possible one and, although it remains within the liberal-democratic political framework, the politics of radical reformism that I advocate is not thereby prevented in challenging the capitalist relations of production. This is why it is important to distinguish between political liberalism and economic liberalism.²³⁶

El problema, preludiado en la Introducción, es que con la barrida neoliberal posdemocrática la radicalización no puede ya simplemente conducirse como una nueva fase en la expansión y profundización de la democracia liberal. No se trata tan sólo de que “*in neoliberal capitalism new forms of subordination have emerged outside the productive process*”²³⁷ y, por ende, dado paso a los “nuevos movimientos” que se ofrecen estratégicamente a los procesos de una síntesis populista amplia informada por unos valores comúnmente asociados a la democracia²³⁸, aún resonantes con las “aspiraciones y subjetividades actuales” de las personas. Sino de que el neoliberalismo como racionalidad práctica del capitalismo

²³⁴ Cf. Macpherson, 1977, pp. 9-21. Sobre la incompatibilidad con respecto el ideal democrático del auto-desarrollo individual que se genera, a raíz de esto, en Mill: cf. *ibid.*, pp. 50-64.

²³⁵ Mouffe, 2018, p. 48.

²³⁶ *Ibid.*, pp. 48-49.

²³⁷ *Ibid.*, p. 6.

²³⁸ Cf. *ibid.*, pp. 6-7.

tardío, que tiene su despliegue esencialmente en las décadas de 1980-1990²³⁹ y experimenta, más recientemente, una transición desde una economía productiva a una incrementalmente financiera y cada vez más inmaterial, representa política y socialmente un quiebre cualitativo, progresivo, con respecto a los procesos y fases de la moderna “revolución democrática”, efectuando un atentado contra la lógica democrática, expansiva, de la ciudadanía sin más²⁴⁰. Una subversión, en definitiva, completa de la relación entre gobernantes y gobernados, que va cediendo aceleradamente paso al decretado nuevo estadio que Colin Crouch bautiza como ‘posdemocracia’²⁴¹, reputando de esta manera el término que Mouffe toma prestado “*to indicate the erosion of the two pillars of the democratic ideal: equality and popular sovereignty*”²⁴². Según enarbola:

The current situation can be described as ‘post-democracy’ because in recent years, as a consequence of neoliberal hegemony, the agonistic tension between the liberal and the democratic principles, which is constitutive of liberal democracy, has been eliminated. With the demise of the democratic values of equality and popular sovereignty, the agonistic spaces where different projects of society could confront each other have disappeared and citizens have been deprived of the possibility of exercising their democratic rights. To be sure, ‘democracy’ is still spoken of, but it has been reduced to its liberal component and it only signifies the presence of free elections and the defence of human rights. What has become increasingly central is economic liberalism with its defence of the free market and many aspects of political liberalism have been relegated to second place, if not simply eliminated.²⁴³

Lo que críticos recientes del neoliberalismo como Wendy Brown y Dardot y Laval²⁴⁴ han, no obstante, sugerentemente demostrado es que ya no tiene por lo mismo sentido insistir en

²³⁹ En función de la puesta en marcha de una batería de políticas económicas, sobre la base de un proyecto político con un “objetivo estratégico” (i. e., la competencia generalizada, orientada hacia el crecimiento), que se impone como una razón gubernamental en el sentido foucaultiano del término: *cf.* Dardot, 2009, pp. 391-395; pp. 23-25; *infra*, 248.

²⁴⁰ Es decir, no sólo de la ‘ciudadanía’ en su prevista expansión social, sino también en su criticada reducción formal; de aquí la subversión completa referida en lo siguiente: *cf.* Dardot, 2009, pp. 387-388.

²⁴¹ *Cf.* Crouch, 2000. Crouch, más recientemente, reafirma ese análisis, recolectando que:

In 2003, I described a process that I labelled post-democracy, whereby all the institutions of liberal democracy survived and functioned, but where the vital energy of the political system no longer rested within them, but had disappeared into small private circles of economic and political elites. I did not say we had arrived at such point in the settled democracies, but that we were on the road to it (Crouch, 2018, p. 126).

²⁴² Mouffe, 2018, p. 13.

²⁴³ *Ibid.*, p. 16.

²⁴⁴ *Cf.* Brown, 2015; Dardot, 2009 & 2017.

la crítica de la ‘democracia formal’ ni replegarse intempestivamente en la defensa de un liberalismo “político” artificialmente desgajado de su inscripción económica²⁴⁵. El neoliberalismo concebido como la lógica o *razón* normativa de la fase actual del capitalismo excede radicalmente el ámbito de esos esquemas. No solamente desactivando la utilidad analítica de la distinción, ya desde sus orígenes problemática, entre liberalismo político y liberalismo económico (cuyas trayectorias se dan de manera históricamente inseparable²⁴⁶), sino desplegando una ofensiva directa contra sus bases: ya no se trata siquiera de la libertad con respecto a los límites del gobierno, dados por los principios de la economía y el mercado (liberalismo), sino de una razón gubernamental²⁴⁷ economicista, basada en la formalización del mercado (neoliberalismo). Si lo directa y radicalmente puesto en cuestión es la relación misma entre gobernantes y gobernados, más precisamente, en el sentido normativo de la igualdad y el gobierno popular que componen las bisagras tradicionales del ideal democrático, contrariamente al decurso dilatado de la “revolución democrática”, con lo que nos encontramos es con una erosión progresiva, integral y –al cabo– antidemocrática de las conquistas políticas, sociales y ciudadanas.

Ya no se trata solamente de la *pospolítica* institucional comprometida con el dogma centrista de que no hay alternativa admisible a la globalización neoliberal²⁴⁸ y su reducción a la mera gestión administrativa y tecnocrática de una exangüe “política de expertos” (que Mouffe adjudica como precondition del derrumbe del pilar del autogobierno). Ni tampoco de la oligarquización social diagnosticada como correlato del auge exponencial del sector financiero a expensas del productivo; la instrumentalización económica general de la política; el creciente deterioro de las condiciones de los trabajadores y los procesos de precarización y proletarianización de la clase media (causas de la eliminación del pilar igualitario)²⁴⁹. Sino de la arremetida contra los derechos, instituciones y valores de una

²⁴⁵ Cf. Dardot, 2009, p. 396.

²⁴⁶ Cf. Macpherson, 1977, pp. 91-12.

²⁴⁷ Una razón práctico-política que se instaura en “los procedimientos mediante los cuales se dirige, a través de una administración de Estado, la conducta de los hombres” (Dardot, 2009, p. 15). Cf. Foucault, 2004, p. 218 & p. 336.

²⁴⁸ Cf. Mouffe, 2005, pp. 48-51.

²⁴⁹ Cf. Mouffe, 2018, pp. 16-18.

democracia liberal persistentemente desfondada, que acaso va reteniendo poco más que la fachada constitucional procedimental y su nombre.

Incluso en su más reciente libro, sin embargo, Mouffe examina “*the conditions in which the neoliberal model became hegemonic in Western Europe*”²⁵⁰ refiriéndose a la coyuntura analizada en *Hegemonía*: las condiciones socio-económicas específicas de su implementación en los ochenta. En consecuencia, resulta al menos genealógicamente comprensible que este marco le impida adecuadamente analizar las condiciones y desafíos que su proyecto de política radical hegemónica debe hacerse capaz de enfrentar en el presente, y la acuciante revisión que, a dichos efectos, requiere.

Si el neoliberalismo, más allá de una articulación particular entre democracia liberal y capitalismo, donde el ‘liberalismo económico’ se superpone a los valores, prácticas e instituciones del marco político²⁵¹, refiere, como Dardot y Laval examinan, a una razón hegemónica global que informa el campo completo, objetivo y subjetivo, de la vida social contemporánea sobre la base economicista, generalizada, de la competencia²⁵², la cara oscura de este proceso apunta naturalmente a un vaciamiento y resignificación radical, “re-institucionalizante”, de la democracia en todos sus aspectos. No a una determinada articulación que, en lo mínimo, retiene la *forma* –liberal o liberal-económica– de la democracia. Sino que todas las instituciones políticas de ese aparato: división de poderes, multipartidismo, sistema electoral, estado de derecho, etc., comparecen intensivamente socavadas. Transpuestas, respectivamente, en función: del provecho de un ejecutivo reforzado y el contrafuerte jurídico-administrativo de un Estado oligárquico²⁵³; de una maquinaria pospolítica, transaccional, de simple alternancia electoral; de la dilución de la responsabilidad de los gobernantes para con sus gobernados y la reinscripción economicista

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 25.

²⁵¹ *Cf. ibid.*, pp. 16-18.

²⁵² Sobre el tema de esta “regulación mediante la competencia”: *cf.* Dardot, 2009, pp. 194-199; 2017, pp. 55-70. (Si bien para Dardot y Laval la competencia se transforma así en el primer principio regulativo, yo más bien cercaría la especificidad del neoliberalismo en función de su conjugación con otros principios, como, p. ej., lo serían el mérito, el elitismo, etc.).

²⁵³ *Cf.* Dardot, 2017, pp. 157-159.

de la conducta misma de los ciudadanos²⁵⁴; del arbitraje político prácticamente exclusivo del Estado, regido por los principios de la economía de mercado y la preeminencia constitucional del derecho privado²⁵⁵.

Así es como, amén de ese doble carácter de poder positivo e institucionalizante, asentado en intervenciones políticas repetidas y una producción simbólica y normativa gigante²⁵⁶ (es decir, de “articulación” hegemónica²⁵⁷, afectivo-discursiva, en tanto construcción objetiva y subjetiva de la sociedad como un todo inexorable) y su contraparte, de vaciamiento y erosión del sistema liberal democrático, los poderosos efectos de financiarización económica, política, social y subjetiva de la hegemonía neoliberal realizan su totalización de la vida (no obstante que de manera últimamente errátil, interrumpida y desigual²⁵⁸). El modo, en suma, como la financiarización en cuanto modelo económico, político, social y de subjetivación que se articula mediante la generalización del valor de la competencia como norma de conducta, reconstruye a la política, individualiza las relaciones sociales a expensas de las solidaridades colectivas, y promueve la producción de un nuevo sujeto, íntimamente sometido a sus preceptos²⁵⁹. La forma, al final, en que la racionalidad

²⁵⁴ Cf. Dardot, 2017, pp. 9-15; pp. 72-73. La integración hegemónica neoliberal

supone que los individuos se convierten en ciudadanos como consumidores [más bien, como *homo oeconomicus*: cf. *infra*, nota 260] y no en base a derechos civiles, políticos y sociales como ha propuesto la versión liberal de la ciudadanía marshaliana. (...). El neoliberalismo destruyó la ciudadanía liberal. Al perder los derechos sociales y sindicales [el análisis está referido al caso chileno] lo que resta de la ciudadanía –esto es, derechos civiles y políticos–, pierde sustancialidad, deviniendo en un carácter puramente abstracto y formal. Esta pérdida dio origen al proceso de *desciudadanización estructural* que subsume formalmente al propio discurso liberal en un mero ejercicio intelectual, anecdótico y romántico; y a los que padecen materialmente el abandono por parte del Estado, los subsume en una desprotección frente al capital, precarizando la vida y produciendo una realidad flexible para personas igualmente flexibles, que se mueven entre trabajos regulares y precarios (...) (Vargas, 2019).

²⁵⁵ Cf. Dardot, 2009, pp. 157-182 & 2017, p. 54.

²⁵⁶ Cf. Dardot, 2017, pp. 65-66.

²⁵⁷ No, de este modo, en el sentido diferencial-equivalencial del populismo (hegemonía populista), sino “desde arriba”. De una articulación normativa por el principio de la regulación mediante la competencia, como razón gubernamental (hegemonía neoliberal).

²⁵⁸ Esto es, en el sentido que Brown enfatiza: “*Neoliberalism as economic policy, a modality of governance, and an order of reason is at once a global phenomenon, yet inconstant, differentiated, unsystematic, impure*” (Brown, 2015, p. 20). Dardot y Laval, por su parte, hacen más bien hincapié en el carácter metódico y sistemático de dicho fenómeno, llamando la atención sobre su integración y coherencia (cf. Dardot, 2009, pp. 189-193) y, en general, precipitadamente solapando sus niveles flexibles y variables de adaptación y desunión.

²⁵⁹ Sobre estas transformaciones: cf. Dardot, 2009. Brown recoge, de manera más integral, este proceso en:

neoliberal estructura y reorganiza la relación entre gobernantes y gobernados y sus estatus, rigiendo como una lógica práctico-normativa ubicua para todos los niveles y dominios de la vida; en fin, como la forma misma del existir humano²⁶⁰.

El punto esencial, en cualquier caso, es que no se trata de una mera estrategia hegemónica o ‘razón configuradora de mundo’²⁶¹ cuya “*widely and deeply disseminated governing rationality*”²⁶² realiza un orden político-institucional de alcance mundial, sino de una que subvierte de manera radical y variada las lógicas democráticas en acto. Es por esto que la democracia radicalizada no puede derivarse más de una ampliación y profundización radical de la lógica equivalencial constitutiva de la democracia realmente existente; el hecho es que esa democracia está siendo expoliada. De aquí el fatídico escenario político anticipado por Brown, de que:

If (...) neoliberal reason is evacuating these ideals and desires from actually existing liberal democracies, from what platform would more ambitious democratic projects be launched? (...). Why would peoples want or seek democracy in the absence of even its vaporous liberal democratic instantiation? And what in dedemocratized subjects and subjectivities would yearn for this political regime, a yearning that is neither primordial nor cultured by this historical condition? (...). Democracy can be undone, hollowed out from within, not only overthrown or stymied by antidemocrats. And desire for democracy is neither given nor uncorruptible (...).²⁶³

What happens to the aspiration for popular sovereignty when the demos is discursively disintegrated? How do subjects reduced to human capital reach for or even wish for popular

neoliberal rationality disseminates the *model of the market* to all domains and activities –even where money is not at issue– and configures human beings exhaustively as market actors, always, only, and everywhere as *homo oeconomicus*. (...). Widespread economization of heretofore noneconomic domains, activities, and subjects, but not necessarily marketization or monetization of them, then, is the distinctive signature of neoliberal rationality. However, “economization” is itself a broad term (...). Thirty years ago, at the dawn of the neoliberal era, *homo oeconomicus* was still oriented by interest and profit seeking, but now entrepreneurialized itself at every turn and was formulated as human capital. (...). Today, *homo oeconomicus* maintains aspects of that entrepreneurialism, but has been significantly reshaped as financialized human capital: its project is to self-invest in ways that enhance its value or to attract investors through constant attention to its actual or figurative credit rating, and to do this across every sphere of its existence. (...). The point (...) is that finance capital and financialization bring about a new model of economic conduct (Brown, 2015, pp. 31-34).

²⁶⁰ En el sentido de que apunta justamente a producir un tipo de autogobierno del propio individuo consigo mismo: cf. Dardot, 2009, pp.15-17; 2017, pp. 391-402. Brown también recurre a este análisis en: cf. Brown, 2015.

²⁶¹ Cf. Dardot, 2009, p. 14.

²⁶² Brown, 2015, p. 9.

²⁶³ Brown, 2015, p. 18.

power? What do radical aspirations for democracy, for humans crafting and controlling their fates together, draw upon as subjective desires, mobilizable as paradoxes or legitimating precepts?²⁶⁴

Si la democracia ha de operar como un significante hegemónico eficaz su simbolización tiene que poder retener su valor para connotar la autodeterminación política del pueblo²⁶⁵ y comandar el ideal de expansión y profundización de esa igualdad. Si bien la crisis financiera de 2008 puso a prueba el nervio y la resiliencia del neoliberalismo frente a sus desplomes, Mouffe identifica en las actuales condiciones coyunturales un momento crítico singularmente estratégico para impulsar una arremetida contrahegemónica común y verdaderamente transversal en el nombre del imaginario democrático “popular”. Capaz de desencadenar procesos de reforma radical de la *forma* actual de “democracia”, basados en la recuperación de sus instituciones y procesos en el marco de una expansión (pluralista) y profundización (agonista) de su moderna configuración político-liberal:

By acknowledging the crucial role played by the democratic discourse in the political imaginary of our societies and by establishing, around democracy as the hegemonic signifier, a chain of equivalence among the manifold struggles against subordination, a left populist strategy resonates with the aspirations of many people. In the next few years, I argue, the central axis of the political conflict will be between right-wing populism and left-wing populism. And as a result, it is through the construction of a ‘people’, a collective will that results from the mobilization of common affects in defence of equality and social justice, that it will be possible to combat the xenophobic policies promoted by right-wing populism.

In recreating political frontiers, the ‘populist moment’ points to a ‘return of the political’ after years of post-politics. This return may open the way for authoritarian solutions – through regimes that weaken liberal-democratic institutions– but it can also lead to a reaffirmation and extension of democratic values.²⁶⁶

El auge, característicamente desde el 2016 en adelante, de los movimientos y regímenes populistas de derecha y ultraderecha en Europa y también a través del continente americano, y la emergencia concomitante de figuras y partidos socialistas democráticos populares concurrentes (de una izquierda, esto es, que también se moviliza y renueva) señalizan, para Mouffe, el advenimiento de un “momento populista”. Un retorno o, quizás habría que decir, más bien una venganza de lo político que irrumpe enardecido a través de la brecha de los

²⁶⁴ *Ibid.*, pp. 44-45.

²⁶⁵ *Cf. Ibid.*, p. 20.

²⁶⁶ Mouffe, 2018, pp. 6-7.

efectos dislocatorios, prolongados y acumulativos del capitalismo neoliberal. De aquí la urgencia de una unificación popular transversal en torno a la reivindicación de los valores e instituciones democráticos progresivamente desalojados –según, a juicio de Mouffe, continuarían informando las aspiraciones y subjetividades de los ciudadanos– en una coalición hegemónica capaz de sublimar la polarización dicotómica, apremiante, de la sociedad en dos campos (enemigos). La resolución autoritaria tendencial de dicho escenario (preludiado por los populismos de derecha que Mouffe recrimina, cuyas lógicas nacionalistas y xenófobas –y cabe añadir, securitarias y policiales– tienden a alinearse con la dicotomía amigo/enemigo, en oposición a los objetivos democráticos de las luchas progresistas²⁶⁷), a través de los canales agonistas.

Sin embargo, el potencial de esta construcción populista transversal de contrahegemonía, de conseguir echar a andar una democracia radicalizada, informada por los ideales intensivamente degradados de igualdad y soberanía popular, exige –para poder contrarrestar el cuestionamiento fatalista de Brown– de la exposición de su incompatibilidad real con las lógicas capitalistas, según eclosiona justamente en las “situaciones concretas” de las personas. De la denuncia de los puntos de ruptura que provoca la resistencia a la base – como base, precisamente, de libertad; de emergencia de la libertad como interrupción de la forma intensiva y extensiva de sujeción neoliberal²⁶⁸– de las acciones de protesta. De, según

²⁶⁷ “*Right-wing populists do not address the demand for equality and they construct a ‘people’ that excludes numerous categories, usually immigrants, seen as a threat to the identity and the prosperity of the nation. (...) Their victory could lead to nationalistic authoritarian forms of neoliberalism that, in the name of recovering democracy, in fact drastically restrict it*” (Mouffe, 2018, p. 24). Cabe notar que este ‘populismo de derecha’ por lo tanto excluye –al menos en principio, una vez que el panorama se revela mucho menos nítido de lo que Mouffe supone– las versiones no democráticas de “universalización hegemónica en torno a un foco de exclusión antagónica” características de sus parientes cercanas, más extremas y, por cierto, en alza, de una derecha profascista (cf. *supra*, nota 65).

²⁶⁸ Desde luego, estos puntos de ruptura (dislocación) como focos de libertad responden a una concepción del sujeto distinta a la que parece tener cabida en las perspectivas foucaultianas extremadas de Brown y Dardot y Laval (y también, por cierto, a la de Mouffe que, al ignorar hacerse cargo de las implicancias de la dislocación para su teoría operativa del sujeto, se mantiene también –en cierta medida– en esa línea). Las cuales se revelan, en consecuencia, incapaces de despejar la posibilidad constructivista radical de una captura *total* (y no meramente hegemónica, esto es, precaria e inacabada) del sujeto; una sujeción sin resto. (Dado que la visión que propongo, por mi parte, consiste en reivindicar, por vía de los afectos, una materialidad estructuralmente irreductible de la experiencia, la libertad estructural de la dislocación no sería, aquí tampoco, una experiencia radical (de “ausencia de determinación”, cf. Villalobos, 2000, p. 83) como en Laclau, mas una, en todo caso, sujeta a las afecciones materiales del sujeto. Una ruptura crítica, esto es, que se da en el contexto diacrónico y sincrónico de un horizonte experiencial irreductible, de una experiencia vivencial desbordante y compleja.

exhorto, la movilización del significante anticapitalista como el reverso indisociable de la lucha por asegurar la libertad de autogobierno del pueblo. Por la democracia en su sentido legítimamente *popular*.

Ahora, y como veíamos en el segundo capítulo, esta defensa no sólo deriva, empero, sus bases de la presente revisión crítica de los efectos *productivos*, antidemocráticos y totalizantes del neoliberalismo, sino de una concepción general equívoca de las propios brotes de agitación sociales. La ontología social discursiva que Mouffe sostiene, su política identitaria liberal, le impide dar cuenta de los estadios más afectivos y autónomos de expresión y auto-comprensión políticas a fin de apropiadamente valorar el potencial radical de esas acciones y prácticas intermedias y relativamente no articuladas, y adecuadamente teorizar su relación respecto de las determinaciones neoliberales hegemónicas propias del capitalismo. De aquí la necesidad, anticipada, de avanzar hacia:

3.2. Una reconstrucción posdiscursiva de la práctica

Esta reconstrucción requiere comenzar, sin embargo, por un análisis más atento de la concepción discursiva que atribuyo a la ontología sociopolítica de Mouffe. ¿Cuáles son las implicancias específicas del constructivismo discursivo de su visión filosófica? En la respuesta que los creadores intelectuales de *Hegemonía* dedican a la célebre crítica de Geras, “*Post-Marxism Without Apologies*”, encontramos la siguiente declaración explícita:

Nuestro análisis rechaza la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas y afirma: a) que todo objeto se constituye como objeto de discurso en la medida en que ningún objeto se da al margen de toda superficie discursiva de emergencia; b) que toda distinción entre los que usualmente se denominan aspectos lingüísticos y prácticos (de acción) de una práctica social, o bien son distinciones incorrectas, o bien deben tener lugar como diferenciaciones internas a la producción social de sentido, que se estructura bajo la forma de totalidades discursivas²⁶⁹.

El sujeto no es nunca la falta radical o sus puras identificaciones estructurales; no es el “sujeto de la falta y la identificación” de Laclau, tanto como no puede ser nunca el producto de una determinación estructural plena).

²⁶⁹ Laclau, 1985, pp. 144-145.

Es decir que: todo el ámbito práctico es discursivo (como he intentado destacar mediante mi empleo de la expresión ‘práctico-discursivo’); (1) todo objeto es el producto de una articulación discursiva y no hay ninguna condición extradiscursiva de emergencia del discurso; (2) sólo puede hablarse en términos de una distinción entre práctica y discurso de manera errónea o por referencia a una mera diferenciación interna “a la producción social de sentido”; (3) producción socio-simbólica que se estructura como una totalidad discursiva, lo que, siguiendo la operacionalización de la teoría diferencial del lenguaje que los autores aplican, significa que: todas las áreas de la realidad práctica se estructuran mediante relaciones de diferencia y equivalencia.

Ahora bien, el primer postulado implica no sólo que no hay conocimiento sensible de los objetos (sólo la construcción discursiva de esa experiencia), sino que no hay propiedades materiales que no puedan reducirse enteramente al *medio* de representación pertinente, esto es: al hecho de que su existencia sólo se nos puede dar articulada discursivamente²⁷⁰. Es así como Mouffe y Laclau contraen la materialidad de los afectos y el aspecto sensible de estos bajo los conceptos, a su vez sobrepuestos, de realidad, práctica y discurso. La realidad –no sólo con respecto a la región sociopolítica, sino a todos sus demás recortes onto-epistémicos, por ejemplo: económico, científico, afectivo, cognitivo, psicológico, etc.– obtiene significado “material”, en la práctica, en virtud de su inscripción en una formación discursiva. Pero esto no quiere sino decir (a) que no involucra ningún exterior a sus propias condiciones de significación; (b) que estas condiciones son coextensivas con el dominio material de la práctica, y (c) que, de tal forma, colapsan condiciones epistemológicas y ontológicas, ofreciendo un marco trascendental aplicable a todas las regiones de lo existente, que rige todas las ‘formaciones discursivas’ referidas y lo que excluyen.

De ahí las resultantes, como ha notado Geoff Boucher en *The Charmed Circle of Ideology*: disolución de los referentes objetivos en las estructuras diferenciales de la significación discursiva y, consecuente, homogeneización de sus delimitaciones regionales (i. e., sociopolíticas, económicas, afectivas, científicas, etcétera) de acuerdo con el modelo

²⁷⁰ Cf. *Ibid.*, pp. 146-147.

local de la lógica práctico-discursiva. El marco trascendental recién aducido de las condiciones estructurantes de la realidad: las relaciones diferenciales y equivalenciales que cifran la estructuración discursiva transversal de lo existente. En sus palabras:

What Laclau and Mouffe eliminate is the possibility of a *post-discursive*, constructed referent that is not entirely covered by discourse. (...) Hence, (...) there is no post-discursive referent whose properties do not endlessly dissolve once more into the labyrinth of signification. (...) [Which] means that their discourse theory is strangely indifferent to the regional syntax of social structures and unable to perform even elementary institutional analysis. (...) This reduces (...) the complex institutional relations that hold between, for instance, domestic units, regimes of government, norms of consumption and the regime of accumulation, to patterns of signification. Consequently, Laclau and Mouffe ignore the mobile equilibrium between institutional fixity and social dislocation within and between these structural elements (...), because their theory is only capable of thinking in terms of (...) equivalence (...) and (...) difference (...). Quite straightforwardly, this complex and shifting network constraints is irreducible to merely “equivalence and difference”.²⁷¹

Esta es, de cualquier modo, la manera peculiar en que la reconstrucción preconizada por los autores de *Hegemonía* de las lógicas de la realidad sociopolítica funciona, supraregionalmente, como el paradigma para la formación epistémica general de “totalidades” práctico-discursivas, ya sea que económicas, jurídicas, científicas, afectivas, cognitivas, tecnológicas, o conforme se quiera. Lo que se tiene es un aplanamiento ontológico de la realidad operado por el paradigma regional de las lógicas políticas. Además,

the assertion that the “floating signifiers” articulated in discursive practices are subject-positions (...) implies an isomorphism between subject-positions and structural elements, so that the articulation of subject positions necessary entails the reconfiguration of social structures.²⁷²

La formación discursiva, como expuse en el segundo capítulo, obtiene tanto en el plano objetivo, del orden social atinente, como en el subjetivo, de las identificaciones sociales de los agentes. O, en general, educida la operación trascendental del marco teórico relevante: cualesquiera que sean los objetos (p. ej., sociales, físicos, afectivos, cognitivos, etc.) particulares o niveles prácticos (institucionales, epistémicos, experimentales, etc.) referidos, su realidad nunca va a ser más que el reverso de una determinada perspectiva socio-

²⁷¹ Boucher, 2008, pp. 97-98.

²⁷² *Ibid.*, p. 98.

simbólica (lo que Boucher describe en términos del isomorfismo entre los elementos estructurales y las posiciones de sujeto). Esta es una consecuencia directa de la identificación entre los planos ontológico y epistemológico que se infería del “colapso práctico-discursivo” de la teoría, con su correlativo aplanamiento estructural, paradigmático, de la realidad bajo la formalización lógica de la política.

Ahora bien, más allá de las dos implicancias generales citadas y que he retomado, Boucher extrae el siguiente corolario, acerca de cómo Mouffe y Laclau “*deny the exteriority of events to discourse, and therefore fall into the constructivist trap of being unable to specify why discursive regimes are historically transformed*”²⁷³. Es decir que: a nivel regional, el referido colapso conduce por su vez a un allanamiento estructural general (intraregional) de los diferentes regímenes discursivos atendibles, reduciéndolos a procesos opacos, altamente sobredeterminados e insondables, de desarticulación y rearticulación internas a la textura única del discurso. Donde, como el crítico aptamente divisa en el último párrafo: toda articulación hegemónica exitosa de elementos/perspectivas necesariamente conlleva una reconfiguración de los regímenes respectivamente regentes.

Para el caso paradigmático del régimen sociopolítico estudiado, ello significa que el marco teórico en cuestión es, para volver a la cita: indiferente a la sintaxis regional de las estructuras sociales e incapaz de realizar aun los más elementales análisis institucionales. De modo que cabría especificar así también el siguiente triple aplanamiento *ad intra*, de: (i) las causas del cambio; (ii) la división interna (intraregional) de este terreno, y (iii) sus instituciones y relaciones prácticas. Sea como fuere, lo que debemos generalmente aquí preguntarnos es ¿hasta qué punto el marco diferencial-equivalencial de la articulación sociopolítica ofrece una lógica adecuada de análisis para el complejo relacional de prácticas y estructuras institucionales de, y antes que todo, su propio campo?

Pero Boucher extiende también un segundo correlato, formulado en la premisa de que, dada la insistencia de Mouffe y Laclau en la sobredeterminación simbólica, el centro de una formación hegemónica “*becomes a locus of the saturation of meaning, that is, a political*

²⁷³ *Ibid*, p. 94.

*symbol*²⁷⁴, alegando, esto es, todavía un cuarto aplanamiento estructural interno a lo social: de su (iv) contextura política. Las operaciones hegemónicas constitutivas de toda formación discursiva, esto es, en que una identidad particular se erige en el símbolo que hegemoniza un campo regional dado, “[*imply*] a drastic reductionism in which this network of relations is flattened onto the regionally dominant”²⁷⁵ símbolo político. Con la salvedad, no obstante, de que si bien un símbolo político es hegemónicamente dominante en un determinado orden político-discursivo, no es nunca simple o exclusivo; toda formación hegemónica resulta e involucra la producción de un complejo político semiósico. Por eso, prácticamente hablando, no se trata nunca de una sola demanda específica o de la figura de un líder, sino de un espectro graduado y nunca definitivo de dominación simbólica.

Como indiqué, sin embargo, en mi discusión en torno al rol de la figura del líder, el símbolo en este ámbito no es nunca puramente dominante o representativo: siempre va estar contaminado por la particularidad que lo encarna. Con la consecuencia de que nunca va a poder realizar un *completo* aplanamiento o saturación simbólica de la matriz relacional pertinente. En toda formación hegemónica siempre van a desbordar elementos/perspectivas heterogéneos, que pueden dar con mayor o menor alcance lugar a eventos de desarticulación y rearticulación internos²⁷⁶ (lo que en una sección previa también expresé como el acecho de las diferencias).

Para Boucher, el aplanamiento lógico impuesto por el paradigma de lo social significa que esos procesos siempre van a resultar del conflicto político. Es decir, que toda transformación de las matrices estructurales (formaciones práctico-discursivas) va a depender de articulaciones que tienen últimamente su base en el antagonismo constitutivo, “*meaning that, for instance, economic crisis results from political conflict*”²⁷⁷. Pero la posición de Mouffe y Laclau es profundamente ambigua en esta área. De un lado, los

²⁷⁴ *Ibid.*, pp. 94-95.

²⁷⁵ *Ibid.*, p. 98.

²⁷⁶ Este es uno de los puntos centrales de mi desacuerdo con la tesis general de Boucher, acerca de que: “*By inverting the master (or empty) signifiers that hegemonises a discursive formation into a point of maximal saturation of meaning, Laclau and Mouffe transform hegemony into a theory of semi-expressive totality*” (*ibid.*, p. 100). Cf. *ibid.*, pp. 77-124.

²⁷⁷ *Ibid.*, p. 99.

cambios de esas matrices responden, mas bien que a la emergencia de antagonismos, a los efectos dislocatorios del discurso hegemónico. Los cuales, por su vez, pueden o no dar lugar a exclusiones antagónicas, específicamente políticas. Del otro lado, las propias matrices hegemónicas aparecen estructuralmente aplanadas –paradigmáticamente regidas– por las lógicas políticas, y, por ende, fundadas en esa exclusión; de modo que sí que, en todo caso, resultan del conflicto político.

En su réplica a las acusaciones de Geras, Mouffe y Laclau esgrimen que la economía en una sociedad capitalista no supone ninguna limitación estructural fundamental con respecto a la esfera social: ambos órdenes, por el contrario –y en efecto–, dependen del conflicto político. Con las dos implicancias de que: (1) “*the economic space is itself structured as a political space*”, y (2) la autonomía que ambas esferas, en su relacionamiento, “*enjoy will therefore always be relative*”²⁷⁸. El problema, sin embargo, es que estas dos consecuencias no son entre sí consistentes: la esfera económica y la esfera sociopolítica no pueden gozar de una mutua autonomía relativa y al mismo tiempo regirse por la lógica estructural única de la segunda (la esfera sociopolítica). La imposición paradigmática de las lógicas sociopolíticas aplanan cualquier autonomía regional de las mismas. Por el otro lado, la introducción del concepto de dislocación permite dar cuenta de cómo, conversamente, las insatisfacciones sociales frente el *statu quo* emergen a partir de los efectos disruptivos del capitalismo. De aquí que, como anticipé en mi examinación de esta implicancia en la segunda parte: si la política democrática radical ha de poder eficazmente aprovechar la coyuntura del “momento populista” que Mouffe diagnostica, tiene, en mi opinión, que saber explotar el sentido anticapitalista común de esas resistencias.

Frente a la progresiva erosión neoliberal del imaginario democrático, la política radical no puede meramente dedicarse a reivindicar un ideal menguante cada vez más desarraigado

²⁷⁸ Laclau, 1990, p. 115. Laclau formula el punto también de esta manera: “*What we find (...) is not an interaction or determination between fully constituted areas of the social, but a field of relational semi-identities in which ‘political’, ‘economic’ and ‘ideological’ elements will enter into unstable relations of imbrication without ever managing to constitute themselves as separate objects*” (Laclau, 1990, p. 24). Por supuesto y como no puede ser de otro modo para el teórico, todo ese campo es un campo discursivo, estructurado en el sentido diferencial-hegemónico de lo político. Todo lo social en sentido amplio se encuentra sujeto a ese metadiscurso hegemónico.

y distante de las “aspiraciones y subjetividades” concretas de la gente. Su trabajo tiene que consistir, a la vez, en recuperar el potencial emancipatorio radical de esos reclamos, la libertad que se prefigura a raíz de las rupturas –puntos de dislocación– cumulativas y prolongadas del neoliberalismo, mediante la movilización de un debate público que visibilice su implicancia anticapitalista. Por propicias que puedan parecer las circunstancias, ninguna estrategia popular de movilización verdaderamente contrahegemónica puede pretender impulsar reformas democráticas sustantivas (radicales) sobre la base de identificaciones y demandas que no se perciban a sí mismas como necesariamente anticapitalistas (antineoliberales).

Esto significa que los símbolos políticos no sólo nunca pueden completamente saturar “*the centre of a hegemonic formation*” (como Boucher imputa), sino que tampoco meramente resultan de una supuesta sobredeterminación emergente de la articulación equivalencial de una pluralidad de demandas y posiciones particulares, como los coautores de *Hegemonía* defienden. Los símbolos políticos no son meramente el significante emergente de una sobredeterminación simbólico-afectiva de las cadenas asociativas, sino que las identidades diferenciales que las componen inciden también desde el comienzo, condicionando la identidad radical del edificio hegemónico. De aquí que la fuerza de la estrategia de construcción cohegemónica no sólo dependa de la expansión y cristalización de las lógicas políticas articuladoras, sino del potencial emancipatorio de sus eslabones: del grado en que esas identificaciones hayan de poder percibirse a sí mismas como demandas que tienen prácticamente, en su origen, una determinación contrahegemónica (anticapitalista).

Pero, como he demostrado, la reivindicación de ese potencial radical de las identidades particulares implica reconocer que la identificación hegemónica no es la única forma de definición política, sólo la más completa y estable. Que se dan también formas parciales, menos definidas y diferenciadas tales que pueden ser atraídas y rearticuladas contrahegemónicamente. No sólo las antedichas identidades heterogéneas, autónomas o

“flotantes”²⁷⁹, sino diversos tipos o grados de lo que he llamado “identificaciones intermedias” en la medida en que se desmoldan de las lógicas políticas de la significación hegemónica. La implicancia es un “descolapsamiento” de la práctica político-discursiva que Mouffe pregona, y consiguiente complejización, en virtud de estas expresiones que exceden dicho molde, del panorama estratégico de moción radical. En virtud de una realidad, esto es, que apunta a un resto material o positivo no subsumible a la estructura discursiva: un cierto “poder” como Mouffe misma inconsecuentemente conjura. Una práctica, en fin, justamente *intermedia* a la definición simbólica (discursiva); que tiene una materialidad que la rehúye, una producción no simbólica. Todo esto es a lo que he procurado apelar con mi operación de una recuperación material de los *afectos*.

La integración del elemento que he llamado *productivo-afectivo*, de la materialidad discursivamente irreductible de los afectos, es lo que, en mi exposición, permite entonces justificar la “desabsolutización” de la inscripción discursiva de la realidad, con el resultante ensanchamiento del terreno material de la práctica. Esta concepción posdiscursiva del dominio general de la coexistencia humana pone, a los efectos concernientes, en cuestión la aplicabilidad general de la estructuración diferencial-equivalencial del paradigma sociopolítico una vez que abre paso a la “recomplejización” de los aplanamientos que procedían de ese colapso. Tanto en relación con el análisis de los propios niveles de complejidad relacional e institucional constitutivas del ámbito (*ad intra*), como con el relativo a su formalización paradigmática, general, de las distintas divisiones epistémicas de lo existente (*ad extra*).

La reconstrucción de esa manera, por lo tanto, garantiza un estatus regional y de interdependencia (o recíproca “autonomía relativa”) a todas las esferas onto-epistémicas prácticamente demarcables, en sus múltiples interimplicaciones y conflictos. De aquí que

²⁷⁹ ‘Flotante’ es el término que Laclau utiliza para denotar a las identificaciones particulares desarticuladas que permanecen, en virtud de su dislocación, “indecisas entre fronteras equivalenciales alternativas” (Laclau, 2005, p. 165). Pero yo además agrego una segunda opción, en referencia al caso en que esa indecisión significa que aquellas pierden su particularidad y devienen entonces indeterminadas o, como he conceptualizado, “intermedias”, dejando de este modo de individualizarse en función de su suspensión (“flotación”) entre dos fronteras rivales.

sea, por consiguiente, a partir de aquella que deba abordarse causalmente el campo, siempre afectivamente excedido y simbólicamente rebasado, de la realidad social²⁸⁰ y sus transformaciones. Sus niveles interrelacionales de constitución regional, y las diversas formas institucionales y complejas relaciones estructurales que los conforman. Incluida, por supuesto, la economía –i. e., en cuanto región onto-epistémica contingentemente demarcada, variable y relativamente autónoma, de la coexistencia humana²⁸¹– o los procesos, más complejamente, socioeconómicos, *inter alia*.

Desde esta perspectiva, los efectos del capitalismo en su lógica neoliberal prevalente no pueden concebirse meramente en función de sus dislocaciones del orden socio-simbólico establecido, es decir, desde el modelo formal de las lógicas políticas, sino y de manera fundamental, a partir de sus propias determinaciones prácticas, en todas sus complejas imbricaciones sociales, subjetivas y objetivas. Los estudios de Brown y de Dardot y Laval representan esfuerzos por elaborar precisamente esos alcances, de las dinámicas complejas y verdaderamente ubicuas de sus interrelaciones prácticas y las consecuencias que aseguran y refuerzan a nivel óntico.

3.3. Institucionalidad y reformismo radical

Ahora bien, si lo anterior da cuenta de los dos primeros “aplanamientos” de lo social, en el sentido de que la recomplejización de sus determinaciones prácticas conlleva también aquellas concernientes a (i) los procesos de transformación histórica y (ii) las delimitaciones regionales, en sus distintos niveles (que, bajo el aducido descolapsamiento, no cabe más abordar en términos de ‘sintaxis’), queda aún por indagar sus implicancias con respecto (iii) al plano institucional. Al modo en que las prácticas sociopolíticas se instituyen ónticamente. Si la sección precedente trataba de una reivindicación de las condiciones ontológicas del

²⁸⁰ Este es el modo en que, a mi parecer, hay, entonces, que entender la definición de que: “[4] *hegemonic formation is a configuration of social practices of different natures: economic, cultural, political, and juridical, whose articulation is secured around some key symbolic signifiers which shape the ‘common sense’ and provide the normative framework of a given society*” (Mouffe, 2018, pp. 43-44). Por cierto, no como una estructuración discursivamente delimitada, sino que siempre desbordada y excedida por sus efluvios afectivos.

²⁸¹ En principio, podría colegirse, mínimamente basada en las actividades del trabajo y el intercambio, como sus objetos propios.

modo de constitución y rearticulación de la política, queda aún por abordar sus dinámicas de fijación y (re)estructuración institucional.

El planteamiento de Mouffe supone dos procesos centrales en lo tocante a estas dinámicas, a saber: de institucionalización del movimiento social, y de reforma radical de la institucionalidad vigente. Como me ha interesado remarcar, sin embargo, debido a que el análisis de los procesos de construcción contrahegemónica (‘ónticos’, podría decirse, en su sentido *práctico*) depende de su capacidad para capturar una complejidad irreductible a la ontología discursiva en la que Mouffe se refugia, esta reconstrucción exige igualmente revisar la teorización, que propone la autora, de sus implicaciones institucionales (‘ónticas’, ahora en este sentido *institucional*; precisamente, de institucionalización de las prácticas radicales relevantes, de construcción contrahegemónica).

Hasta la publicación de *On the Political* en 2005, Mouffe sincera que: “*I was still thinking that socialist and social-democratic parties could be transformed in order to implement the project of radicalization of democracy that we were advocating in Hegemony*”²⁸². Esto es, bajo la idea de que la frontera izquierda/derecha debía ser estratégicamente reanimada. En su ensayo del año antepasado, en cambio, a propósito de las vicisitudes del neoliberalismo *post crisis* del 2008 y la coyuntura populista del presente momento, su envite es que esa frontera debe ser reconstruida a través de un movimiento populista transversal de izquierda. El ‘populismo’ aparece entonces desarraigado de los partidos tradicionales y reformulado como una iniciativa común amplificada de reivindicación democrática del pueblo frente a la cúpula neoliberal oligárquica²⁸³.

Si bien Mouffe no deja, con esto, de reafirmar el rol central tradicional asegurado para el dispositivo formal de los partidos²⁸⁴, la revisión exige tematizar la relación –que definitivamente soslaya– entre la conformación de una plataforma de partido efectiva y las resistencias y atisbos afectivos de protesta social. En tanto que el proyecto, contra la

²⁸² Mouffe, 2018, p. 5.

²⁸³ *Cf. loc. cit.*

²⁸⁴ *Ibid.*, p. 56.

señalada potencial endeblez contrahegemónica del movimiento (es decir, su construcción sobre bases de aguada, remota o limitada visión emancipatoria) ha igualmente de evitar la impostura de la instalación “*of a ‘populist regime’ with a pre-defined programme*”²⁸⁵ que la cooptación vertical de un líder desmedido en mi opinión entraña, se requiere, y esto es lo que desarrollaré en la última sección siguiente, integrar la visión transferencial del partido, que he puesto adelante, con una reinterpretación popular, participativa y eficaz de la ciudadanía. Una integración que cabría, por de pronto, denotar como ‘movimiento-partido’.

En relación, ahora, con el segundo proceso, de ‘reforma radical’, que Mouffe plantea: su institucionalización, en tanto que asegurada por ese “movimiento-partido”, tiene que responder a sus reclamaciones democráticas radicales (en mi reinterpretación, conversamente anticapitalistas), “[c]learly articulating democracy with equal rights, social appropriation of the means of production and popular sovereignty”²⁸⁶. En una manera que, según la teórica,

is therefore clearly different both from the revolutionary strategy of the ‘extreme left’ and from the sterile reformism of the social liberals who only seek a mere alternation in government. It could be called ‘radical reformism’ or, following Jean Jaures, ‘revolutionary reformism’ to indicate the fact that what they pursue, although it is through democratic means, is a profound transformation of the structure of socioeconomic power relations. (...) [It] accepts the principles of legitimacy but attempts to implement a different hegemonic formation.²⁸⁷

Como sabemos, a nivel sociopolítico, el programa institucional que Mouffe propone como marco directriz para los susodichos procesos radical-reformistas se apoya en la prescripción de una democracia radical agonista pluralista (es decir, volcada a las respectivas profundización y expansión de su configuración político-liberal moderna, hoy crecientemente destituida). Respecto de la cual, asegura que su forma hegemónica puede, con todo, tomar “*different names according to the specific trajectories involved*”:

It could be envisaged as ‘democratic socialism’, ‘ecosocialism’, ‘associative democracy’ or ‘participatory democracy’; everything depends in the contexts and national traditions.

²⁸⁵ *Ibid.*, p. 51.

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 45.

²⁸⁷ *Ibid.*, pp. 45-46.

What is important, whatever the name, is the recognition that ‘democracy’ is the hegemonic signifier around which the diverse struggles are articulated and that political liberalism is not discarded. An appropriate term could be ‘liberal socialism’ by which Norberto Bobbio refers to a social formation that combines liberal-democratic institutions and an economic framework with several socialist characteristics. (...). Visualizing the objective of socialism as the deepening of liberal democratic values, he is adamant that the realization of its goals does not require a break with constitutional government and the rule of law. He forcefully defends the idea that the socialist goals could be realized within the framework of liberal democracy, insisting that they could only be realized within such a framework.²⁸⁸

Como sea que la crítica inmanente del liberalismo político, desde Mill hasta Bobbio y Macpherson, permita abrir paso hacia un ideal socializado de libertad y soberanía, en que la ‘libertad individual’ no puede divorciarse de la ‘igualdad material’, y la soberanía del individuo no puede ejercerse aparte del autogobierno popular, Mouffe reconoce que Bobbio sólo puede “forzosamente” defender “*the idea that the socialist goals could be realized within the framework of liberal democracy, insisting that they could only be realized within such a framework*”. En efecto, a pesar de que la coautora de *Hegemonía* reconoce la necesidad de articular el objetivo de “la apropiación social de los medios de producción” con las reivindicaciones sociales del liberalismo político, se muestra escéptica frente a los alcances que este marco pudiera conceder al socialismo. En otras palabras, a pesar de que el ‘socialismo democrático’ es uno de los nombres posibles de la hegemonía radical-democrática, las relaciones capitalistas que la ‘política reformista radical’ “*is not (...) prevented in challenging*”²⁸⁹ pueden, con todo y según –al cabo– se dirime, generalmente subvenirse. La defensa más reciente de Mouffe en esta línea, basada en el enfático respaldo, de su posición, ahora último, a la “cuestión ecológica” consiste en la proclamación de una síntesis de elementos democráticos y socialistas “en un nuevo modelo de desarrollo”:

Besides the necessity of taking account of the new democratic demands, the defence of the environment is clearly one of the main reasons why a return to the postwar model is not possible. (...) to face the challenge of the ecological crisis a radical democratic project needs to articulate the ecological and social questions. It is necessary to imagine a new synthesis

²⁸⁸ *Ibid.*, p. 51.

²⁸⁹ *Ibid.*, p. 49.

between key aspects of the democratic and socialist traditions around a new model of development.²⁹⁰

Esto imprime una especificación de “*special urgency*”²⁹¹ que enfoca en el aspecto de las directrices económicas, antineoliberales, del reformismo radical democrático. No obstante, en la medida en que Mouffe se resiste a recuperar ese sentido anticapitalista prácticamente determinante de los actos particulares de resistencia, y a movilizarlo como el reverso necesario del significante democrático, no puede sino remitir esos procesos, conducentes al referido ‘nuevo modelo’, al voluntarismo de una altisonante, aunque evidentemente necesaria, “*truly Gramscian ‘intellectual and moral reform’*”, apoyada nada más que en un optimismo esperanzado en torno a la capacidad del reclamo ecológico “[*to*] *entice some sectors currently within the hegemonic bloc*”²⁹².

Cabe, en adición, señalar que en *La paradoja democrática*, en el marco de la cuestión del capitalismo en su lógica global y el rol necesariamente transnacional de Europa, Mouffe recopilaba tres medidas de reforma económica sustentadas en un ingreso básico universal (IBU)²⁹³. Lejos de los horizontes radicales de socialización con vistas a la propiedad colectiva, la igualdad en el acceso a los recursos y la democratización de las relaciones económicas, lo que proponía era, mediante estas medidas y en el marco internacional de una Europa integrada, domesticar al Capital²⁹⁴.

²⁹⁰ *Ibid.*, p. 52.

²⁹¹ *Ibid.*, p. 61.

²⁹² *Loc. cit.*

²⁹³ Cf. Mouffe, 2000, pp. 125-127. Se trata de:

1. A significant reduction of the legal and effective duration of the time spent working combined with a politics of active redistribution among salaried employees.
2. The encouragement of a massive development of many non-profit activities by associations, interacting with both the private and the public economies, instead of a purely market one.
3. The ending of stigmatization of the poorest and excluded sections of society by the allocation of an unconditional minimum income (basic income) (...) made in addition to (and not substitutive for) complementary resources” (*ibid.*, p. 126).

²⁹⁴ “*Implemented together, these three sets of measures could create the basis for a post-social-democratic answer to neo-liberalism. (...) In this time of globalization the taming of capitalism cannot be realized at the mere level of the nation-state. Only within the context of an integrated Europe, in which different states would unite their forces, could the attempt to make finance capital more accountable succeed*” (Mouffe, 2018, p. 127).

Pero, independientemente de la especificación de sus medidas y procesos de reforma institucional aplicadas en un contexto o ámbito determinado (europeo, ecológico²⁹⁵), el asunto al final es que el programa de democracia radical no logra proyectarse más allá de los parámetros del análisis tradicional del par liberalismo político-liberalismo económico²⁹⁶. O, conversamente: que al subsumir el análisis de las determinaciones económicas al de las lógicas socio-simbólicas en su reducción política (y, para rematar, democrática liberal) sólo puede ofrecer una visión limitada de la lógica totalizante de los efectos de financiarización de la hegemonía neoliberal y, consiguientemente, de la naturaleza de las iniciativas sociales emergentes, concretas, de cambio, tal que inevitablemente coarta el alcance radical de cualquier hoja de ruta de reforma democrática sustantiva.

3.4. Representación, transferencia y participación

An effective pluralism supposes the presence of an agonistic confrontation between hegemonic projects. It is through representation that collective political subjects are created; they do not exist beforehand. (...). The main problem with existing institutions is that they do not allow for the agonistic confrontation between different projects of society which is the very condition of a vibrant democracy. It is this lack of an agonistic confrontation, not the fact of representation, which deprives the citizens of a voice. The remedy does not lie in abolishing representation but in making our institutions more representative.²⁹⁷

Mi reflexión acerca de los alcances de la representación democrática y el papel de los partidos ha girado, entonces, en torno: a la democratización transferencial de dichas

²⁹⁵ En *Agonística*, Mouffe ya no se refiere al sueldo básico universal, sino y en expresión de la dirección ecológica que habrá de priorizar en adelante, a la propuesta de que “*some measures of European protectionism would be an important step towards establishing a different model of development that would be more respectful of the environment*” (Mouffe, 2013a, p. 62).

²⁹⁶ Esta era la crítica que Ellen Meiksins Wood, por ejemplo, planteaba en su cuestionamiento de:

What would it take to recover democracy from the formal separation of the ‘political’ and the ‘economic’, when political privilege has been replaced by economic coercion (...)? If capitalism has replaced political privilege with the powers of economic coercion, what would it mean to extend citizenship –and this means not just a greater equality of ‘opportunity’, or the passive entitlements of welfare provision, but democratic accountability of active self-government– into the economic sphere? (Wood, 1995, p. 237).

Es por esto que insisto en la movilización necesariamente antineoliberal, además de social-igualitaria, de la ofensiva contrahegemónica como base para una agenda reformista popular extensiva, de democratización radical genuina.

²⁹⁷ Mouffe, 2018, pp. 55-57.

plataformas (que exigía, como vimos, repensar el modelo socio-simbólico de constitución política y, a partir de ello, la existencia de diversas formas intermedias de “identificación”); a una descalificación crítica del rol central de la polémica figura del líder populista, y a una, hasta aquí pendiente, reconstrucción de la ‘ciudadanía’ a partir de la institucionalización del ‘movimiento-partido’. El panorama da cuenta de una tabla directriz, de esta manera, considerablemente más trabajada que la trazada por Mouffe en sus textos. La construcción hegemónica del “pueblo” no sólo tiene que poder canalizarse, potenciada por el papel mediador del partido y la actividad electoral, hacia la radicalización de la institucionalidad democrática que para Mouffe sólo puede instaurarse sobre la base normativa de su reformatión liberal-agonista. Sino que, al “descolapsarse” el marco teórico-discursivo de la teoría, lo que se descubre es una realidad de las relaciones, expresiones y actividades humanas que resulta muchísimo más compleja que la considerada por Mouffe en su modelo.

Lo sociopolítico aparece, entonces, como una región a la vez incontenible y relativamente segregada de la práctica humana, constitutivamente entreverada con los ramos socioeconómico, científicos, jurídico, psicoanalítico, tecnológicos, artísticos, etc., que producen esa realidad, cuyas dinámicas no pueden simplemente, a final de cuentas, embocarse en el angosto modelo de la lógica diferencial-equivalencial de la articulación política. Esta (re)complejización del marco teórico de análisis reincorpora otras formas de identificación, “intermedias” a esas lógicas, que pueden también estratégicamente movilizarse en una dirección contrahegemónica. Lo mismo que el potencial de los sectores y grupos autónomos o flotantes. De aquí la necesidad, que he defendido, de reacondicionar transferencialmente a los partidos y trabajar en la modulación del sentido común anticapitalista de las iniciativas y expresiones sociales emergentes. Dado que, a diferencia de lo que Mouffe plantea, la representación no sólo requiere ser profundizada, sino suplementada por la movilización transferencial y contrahegemónica de las diversas formas de resistencia que los, cada vez más profusos y dilatados, puntos de crisis del sistema neoliberal generan.

Esta reorientación de la política radical democrática requiere, por último, (re)complejizar también sus dinámicas de institucionalización, a fin de asegurar que la

participación de los diversos agentes en cuestión se mantenga y pueda establecerse en forma durable, asegurándoles una voz, esto es: una vía formal e involucrada de canalización de sus demandas y transferencia de sus descontentos. En tanto que ello, por cierto, denota una inversión de la fórmula que Mouffe favorece: no es la falta de confrontación agonista la que despoja de voz a los ciudadanos, sino que esta “voz” requiere de mecanismos de inclusión, participación, representación y fiscalización que puedan efectivamente producir y reafirmar ese terreno. Las instituciones sólo “pueden hacerse más representativas” en la medida que garanticen espacios de participación que genuinamente realicen el ideal agonista: no como una determinada “formalización” normativa de las arenas políticas respectivas, sino como la institución práctica, de concreción efectiva, del denominado ‘movimiento-partido’.

Lo que me interesa capturar con la palabra compuesta es el efecto de la integración de la labor transferencial del partido con una reinterpretación participativa y eficaz de la ciudadanía, en el marco de las lógicas hegemónicas de la democracia radicalizada (como institucionalización del ideal “popular” de democracia) y socializada (como institucionalización del sentido anticapitalista/antineoliberal que da lugar a la emergencia de esos movimientos populares que la instalan). Ahora bien, esto obliga, ciertamente, a repensar la ‘ciudadanía radical’ que Mouffe prescribe: tanto en el sentido de la delineada rearticulación transferencial de la dinámica central del partido, como de su diversificación y reinstrumentalización en plataformas de participación duraderas y vinculantes capaces, a niveles más directos y eficaces, de asumir facultades de coparticipación, designación, revocatoria y fiscalización parlamentarias; y de representación en relación con la pluralidad de los espacios extraparlamentarios de participación y empoderamiento a los que se hace preciso promover estas instancias; los procesos, a la postre, radicales de reforma democrática (en el espíritu agonista y pluralista que Mouffe ampara): las comunidades y territorios locales, los lugares de trabajo, las casas de estudio, centros recreativos y culturales, etc.²⁹⁸ Una democratización institucional cuya socialización abarca desde la

²⁹⁸ Democratización que debe, asimismo, por lo tanto, penetrar también en los otros dos poderes del Estado y las fuerzas armadas y de orden. En el judicial, por ejemplo, apuntando al mecanismo de elección de los miembros; a la garantía, difusión atractiva y retransmisión de las audiencias públicas, y a una integración más eficaz de la participación del *amicus curiae*. En el ejecutivo, mediante mejores formas de control internas,

jerarquía burocrática de la “gran política” a las relaciones económicas, formativas y culturales de la sociedad y todos sus cuerpos.

En este sentido, podría también hablarse de una transformación “participatoria” de los partidos en la dirección que Macpherson insinúa con motivo de la ponencia, en su último modelo (4B), de un sistema parlamentario de representación política partisana que pudiera hacerse compatible con un sistema de concejos, o piramidal, de democracia (a su vez, capaz de retener y justificar la función de los partidos)²⁹⁹. Es decir, según lo reinterpreto a los propósitos pertinentes: de partidos que a la par con la implementación transferencial impulsada propicien canales populares directos de coparticipación ciudadana a través de sus concejos o asambleas en una diversidad de niveles, tales que permitan lo que Dardot y Laval conciben como “la *puesta en común de la experiencia*”³⁰⁰ entre una multitud de instancias, i. e., las comunidades locales, organizaciones civiles, estudiantiles, sindicales, culturales, etc., según señalaba. Una propuesta que Mouffe, al menos, reconoce (o, en su defecto, no rechaza; en contrapunto con la del modelo 4A), como leemos en:

Macpherson does not propose to get rid of liberal political institutions but he often seems to accept them as a *pis aller*, a second best that we have to tolerate due to the weight of tradition and the actual circumstances in Western societies. This is why in ‘The Life and Times of Liberal Democracy’ he presents his Model 4B of participatory democracy, which combines a pyramidal direct/indirect democratic machinery with a continuing party system, as the most realistic. But he does not disqualify Model 4A, the pyramidal councils system, which, according to him, would be in the best tradition of liberal democracy, despite the fact that the framework of liberal political institutions would have disappeared. This latter is in my view a highly dangerous notion of participatory democracy, which does not take account of the crucial importance for modern democracy of liberal political institutions. (...) such institutions provide the guarantee that individual freedom will be protected against

mayor desconcentración y vías más eficaces de rendición de cuentas. En las fuerzas armadas y de orden, con una aseguración efectiva de su ligación al Estado bajo control democrático. Esto es, tan sólo por mencionar algunas sugerencias ilustrativas.

²⁹⁹ “(...) *supposing that a competitive party system were either unavoidable, or actually desirable (...), could it be combined with any kind of pyramidal direct/indirect democracy? / There are, in abstract theory, two possibilities of combining a pyramidal organization with competing parties. One, much the more difficult, and so unlikely as to deserve no attention here, would be (...) a soviet-type structure (...). The other, much less difficult, would be to keep the existing structure of government, and rely on the parties themselves to operate by pyramidal participations. (...) It (...) appears that there is a real possibility of genuinely participatory parties, and that they could operate through a parliamentary or congressional structure to provide a substantial measure of participatory democracy*” (Macpherson, 1977, pp. 113-114).

³⁰⁰ “Lo que constituye la calidad de la deliberación en una asamblea no es tanto el conocimiento de cada uno de los participantes como la *puesta en común de la experiencia* (...)” (Dardot, 2017, p. 162).

the tyranny of the majority or the domination of the totalitarian party/state. (...) It is only by virtue of its articulation with political liberalism that the logic of popular sovereignty can avoid descending into tyranny.³⁰¹

De cualquier modo, me parece que esta reinterpretación sugiere una pauta directriz efectivamente más activa, involucrada y radicalmente inclusiva que la versión altamente contextual y restringida que Mouffe, notoriamente a pesar de sí misma, defiende. Una que, a través de la remodelación *transfereencial* y *participatoria* de las dinámicas de participación-representación democráticas, contribuye a teorizar una serie de relaciones – entre Estado y sociedad civil, partido y movimiento, política parlamentaria y extraparlamentaria, sistema político y espacio público– que el modelo en cuestión constantemente desplaza por una defensa (últimamente cuasiesencialista³⁰², opuesta a lo que Laval y Dardot reivindican como una norma programática mínima³⁰³) de la vigorosa centralidad del parlamentarismo partidista tradicional. Que, en definitiva, al integrar el aspecto productivo-afectivo de la realidad social con una reestructuración más participativa, empoderada y socializada de la democracia, busca precisamente teorizar el marco cojo de la ciudadanía que Mouffe contrasta:

The radical democratic conception of citizenship that I am proposing (...) sees the state as an important scene in democratic politics because it constitutes the space where citizens can make decisions about the organization of the political community. It is indeed where popular sovereignty can be exercised. (...) However, it [i. e., the state] is not the only site of intervention, and opposition between party and movements, or between parliamentary and extra-parliamentary struggles should be rejected. According to an agonistic model of democracy, there exists a multiplicity of agonistic public spaces where one should intervene to radicalize democracy. The traditional political space of parliament is not the only one

³⁰¹ Mouffe, 1993, p. 105.

³⁰² En el sentido de que es en línea con su prescripción normativa de la institucionalidad liberal (para peor, justificada en la ontología psicoanalítica), *vis-à-vis* otras configuraciones posibles, que Mouffe afirma que: “*Democratic politics must be partisan*” (Mouffe, 2013a, p. 139).

³⁰³ “[Pretender] definir los límites programáticos de [las directrices en cuestión] (...) sería contrariar el principio mismo de la democracia. Pero este mismo principio implica un mínimo de normas, o más bien una norma mínima” (Dardot, 2017, p. 171). Si bien Dardot y Laval se refieren precisamente a las normas de acción específica (de lo que denominan ‘coaliciones democráticas’, a saber: la rotación y no renovación de los cargos en las funciones públicas de las mismas) la idea puede, en mi opinión, más generalmente extrapolarse a las propias relaciones institucionales en cuestión: entre los partidos y las formas extraparlamentarias de lucha política (Mouffe), o entre las ‘coaliciones democráticas’ y los ciudadanos (Dardot *et al.*), o aun, como propongo, asimismo, “normar”* por mi parte: entre las iniciativas particulares y el ‘movimiento-partido’.

(*) I. e., mínimamente normar a partir de la presente reconstrucción crítica de la ‘ciudadanía radical’ sobre la base transfereencial de las plataformas políticas relevantes.

where political decisions are made and, while representative institutions should retain, or regain, a decisive role, new forms of democratic participation are necessary to radicalize democracy.³⁰⁴

Aunque la teórica belga reconoce que la democracia radical agonista supone una rearticulación del Estado que requiere anexar también una variedad de otros aparatos y terrenos³⁰⁵: “[a] *multiplicity of associations with a real capacity for decision-making and a plurality of centres of power are needed to resist effectively the trends towards autocracy represented by the growth of technocracy and bureaucracy*”³⁰⁶, no lo teoriza. Es decir, no ahonda en el análisis de los modos de estructuración de esas interrelaciones. Carece, según he deslizado, de una “norma programática mínima” o, en el vocabulario que he procurado afianzar, las aplana. En la medida en que el marco discursivo en que Mouffe se basa le impide adecuadamente registrar la dimensión afectivo-productiva de la realidad social, su aproximación discursivo-representativa de la política, promesa de ciudadanía inclusiva, y los alcances participativos y contrahegemónicos de sus proyecciones reformistas fracasan en adecuadamente repensar e integrar las formas de participación inclusiva que incentiva (los espacios extraparlamentarios de deliberación y decisión políticas vinculantes que avalaba en la transcripción de la cita) y la extensión sociopolítica de la regulación agonista requerida para rearticular en dicha dirección al Estado.

Por último, una ‘norma programática mínima’ para la estructuración de las relaciones entre los propios, así reconcebidos, Estados y los países no liberal democráticos en el plano internacional tendría, similarmente, que implicar buscar instituir y validar formas federadas y autónomas, y asociadas en coaliciones o alianzas, de participación inclusiva y transversal (no obstante que siempre relativas a los respectivos contextos nacionales, regionales y culturales establecidos), y adoptar plataformas transferenciales también en esta área. Es desde esta perspectiva que se hace entonces posible, en mi opinión, avanzar hacia la ‘pluralización de hegemonías’ que Mouffe favorece, concibiéndola en el siguiente sentido mínimo de “*working towards the establishment of an international system of law based on*

³⁰⁴ Mouffe, 2018, pp. 68-69.

³⁰⁵ *Ibid.*, pp. 46-47.

³⁰⁶ Mouffe, 1993, p. 100.

*the idea of regional poles and cultural identities federated among themselves in the recognition of their full autonomy*³⁰⁷.

Pero esto no debe sin embargo apuntar –y aquí es donde la noción de ‘pluralización hegemónica’ enfrenta, contrariamente, su límite– a una relativización tendencial de todos los polos hegemónicos: los conflictos y las relaciones de poder que configuran siempre van a tender al desbalance y la confrontación entre las partes. De aquí que a lo que más pueda, en mi opinión, apelarse sea a un convenio en torno a una norma mínima (y no al equilibrio –indefectiblemente liberal– agonista que Mouffe imagina, “*among regional poles (...) where different vernacular models of democracy will be accepted*”³⁰⁸). Esto, por lo demás, aun cuando, y mientras las partes federadas continúen significativamente ancladas a sus identidades nacionales (a los estados-nación liberales, en el caso presentemente sopesado), deba quedar inevitablemente sujeto a las distorsiones de la asimetría militar imperante.

Ahora bien, la estrategia de acción política radical a nivel mundial, de construcción hegemónica destituyente del capitalismo neoliberal global, va a depender de las reconfiguraciones que pueda conseguirse avanzar desde el ámbito doméstico³⁰⁹. Una estrategia que depende, en este sentido, de la movilización conjunta del célebre *slogan* anglosajón de ‘*think globally, act locally*’. Y si bien no podrá más, en este espacio, apelar a ningún ideal “popular” de democracia no hay, teóricamente, razón alguna por la cual los cambios hegemónicos a nivel nacional deban imponer un sentido democratizador a la transformación de las lógicas de gobernanza del capitalismo global que pudiera impulsarse a nivel transnacional (aunque sí puedan hacerlo y sea imprescindible, por supuesto, que lo hagan a nivel de las coaliciones subfederadas de democracias liberales, como en el caso del polo regional europeo).

³⁰⁷ Mouffe, 2005, p. 117.

³⁰⁸ *Ibid.*, p. 131.

³⁰⁹ “*It is at the national level that the question of radicalizing democracy must first be posed. This is where a collective will to resist the post-democratic effects of neoliberal globalization should be constructed*” (Mouffe, 2018, p. 71).

Tal es, después de todo, la lección que cabe deducir de la emancipación, operada sobre el presente marco hegemónico de análisis, de las lógicas económicas y las lógicas político-sociales o, más fundamentalmente, de las lógicas materiales y las simbólicas. Esto es: que el descolapsamiento de la ontologización discursiva de la política implica relativizar el componente normativo de la democracia y restablecerle el estatus “ético-político” que Mouffe sólo podía paradójicamente asignarle. Relativizar, esto es, “*the main tradition of behaviour*” –vale decir, el componente ético-político ínsito en ese concepto, ‘tradición’, redefinido muy *grosso modo* en el sentido de “*specific practices depending on particular contexts*”³¹⁰– “*in our [Western, liberal] societies*”³¹¹. Podría decirse que nada menos pero también nada *más*.

³¹⁰ Mouffe, 2005, p. 121.

³¹¹ Mouffe, 1993, p. 16.

CONCLUSIONES

Poder popular

If the radical democratization of society emerges from a variety of autonomous struggles which are themselves overdetermined by forms of hegemonic articulation; if, in addition, everything depends on a proliferation of public space of argumentation and decision whereby social agents are increasingly capable of self-management; then it is clear that this process does not pass through a direct attack upon the state apparatuses but involves the consolidation and democratic reform of the liberal state. The ensemble of its constitutive principles –division of powers, universal suffrage, multi-party systems, civil rights, etc.– must be defended and consolidated.³¹²

La pauta práctica de política radical democrática que Mouffe ha diseñado, una vez que da por descontada la constitucionalidad liberal de las democracias modernas, no se propone ahondar en las directrices institucionales del proyecto. Sin embargo, puesto que lo que verificamos, en las actuales condiciones neoliberales posdemocráticas, es una evacuación no sólo de esos principios constitutivos del Estado liberal citados, sino del propio imaginario popular, igualitario, de democracia, la autonomía y definición de las demandas democráticas particulares y la proliferación de los espacios políticos en cuestión, se desbaratan.

De aquí que, como he argumentado: el potencial emancipatorio de esos pronunciamientos deba crucialmente, en consecuencia, depender de la circulación elocuente y accesible de un discurso democrático anticapitalista (antineoliberal). Capaz de rehabilitar la autonomía crítica de, y proporcionar una definición realmente radical a los mismos, en tanto que expresiones internas y válidas de resistencia contra la denigración democrática del orden vigente. Y así también, la ampliación, progresivamente coartada, de los espacios de participación política, impulsarse a través de procesos reformistas radicales de redefinición constitucional e institucional (de los dispositivos procedimentales y burocráticos del Estado; las plataformas de partido e instancias vinculantes; la participación

³¹² Laclau, 1990b, pp. 128-129.

ciudadana y los derechos sociales y democráticos³¹³; las leyes corporativas y relaciones de trabajo, etc.), basados en una agenda enfocada en medidas de mediano, corto y largo plazo.

De lo que se trata no es, ni puede ser más, de una “consolidación y reforma democrática del Estado liberal” desplazado. Una democratización sustantiva del aparato estatal neoliberal requiere de una transformación radical, capaz de reinventar las instituciones del liberalismo pluralista desde el horizonte de una democracia popular y socializada. Sobre la base de un ideal de libertad individual fundado en sus contrapartes de igualdad política, social y material. Por esto es que resulta tan importante, desde el punto de vista estratégico, suplementar los procesos articulatorios de las resistencias particulares con una reestructuración transferencial del partido, dedicada a convertir sus descargas en símbolos políticos radicales, sobre la base de un contenido democrático-antineoliberal. Así como, repensar los límites normativos y condiciones materiales de la horadada encarnación liberal de los principios democráticos desde la perspectiva de un proyecto político radical basado en una recuperación de la ‘libertad individual’ como el correlato de los ideales de soberanía popular (igualdad política) y socialización material extensiva, i. e., a través de la integración de mecanismos de control comunitario o colectivo (igualdad social y material).

Como es indudable, esta reconstrucción crítica del programa de democracia radical que Mouffe promueve, en tanto que pauta directriz general para una política radical-democrática abre incontables flancos posibles de escrutinio, consideraciones prácticas, trabajo y análisis más detallado. Una rápida mirada a los hechos que vienen tomando lugar en Chile desde el recién pasado 18 de octubre de 2019 puede servir como ejemplo para arrojar luz, de manera muy provisional, sobre la aplicación y delimitaciones teórico-analíticas de este trazado.

El, como ha sido públicamente consignado, “estallido social” chileno reventó en una protesta transversal liberada a través de una oleada de manifestaciones, marchas y concentraciones masivas, tomas y huelgas, y sendas destrucción y saqueos. Los saqueos

³¹³ “(...) *democratic rights: rights which, while belonging to the individual, can only be exercised collectively and which presuppose the existence of equal rights for others*” (Mouffe, 1993, p. 19). Mientras que los derechos sociales serían colectivos, adscritos a comunidades específicas (Cf. *ibid.*, p. 97).

reflejaron, quizás, el lado menos “contrahegemónico” (antineoliberal) de las protestas, pero también el más material y culturalmente afectado por los efectos institucionales y simbólicos-afectivos del modelo, reproduciendo y espectacularmente exacerbando los códigos de conducta de los mandatos hegemónicos: consumismo y afán de posesión, individualismo y competencia. Junto con los incendios y destrozos, concentraron la descarga de los más vulnerados y agobiados por el paradigma neoliberal chileno.

En el panorama de Mouffe, como en el discurso del gobierno chileno, este “tipo social” (el ‘violentista’ del repertorio léxico securitario del oficialismo) sólo puede encarnar al *enemigo del sistema*: “*those who do not accept the democratic ‘rules of the game’ and who thereby exclude themselves from the political community*”³¹⁴. Lo que esta definición ignora, y Mouffe en seguida reconoce, aunque, como no podía ser de otro modo, sin proceder –con todo– a explorarlo o rectificarlo, es que su “excluirse a sí mismos”, su carácter de grupos marginados y desarraigados, responde antes que todo a lógicas hegemónicas de exclusión de arriba hacia abajo (*top-down*)³¹⁵. Si bien estas siempre van indefectiblemente a existir³¹⁶ y tendencialmente generar violencia antisistémica, haciendo remecer y peligrar a la democracia, se trata de un efecto que el neoliberalismo y su creciente oligarquización y despolitización técnica de la política y todos los cuerpos sociales operantes, unida – particularmente, en este caso– a un aparato estatal fuertemente unitario y centralista (y a un gobierno acérrimamente policial y securitario), brutal e intensivamente exacerbaban³¹⁷.

³¹⁴ Mouffe, 1993, p. 4.

³¹⁵ “*Democracy is (...) endangered by the growing marginalization of entire groups whose status as an ‘underclass’ practically puts them outside the political community*” (*ibid.*, p. 6). Cabe recordar, sin embargo, que la ‘democracia pluralista agonista’ que Mouffe contrapone también tiene efectos de exclusión significativos, definidos –como quise demostrar en el primer capítulo– por el marco normativo del liberalismo.

³¹⁶ Recordemos que esto es lo que la paradoja constitutiva de la democracia sin más (contra la paradoja democrática liberal de Mouffe) significaba: que su igualdad siempre debe suponer una exclusión contestable.

³¹⁷ El caso chileno tiene, en efecto, ostensibles paralelos en este respecto con episodios como las protestas de 2011 en Inglaterra; la Revolución de los Jazmines de la Primavera Árabe en 2010, y las insurgencias de, respectivamente, el 2005 en Francia y el 2008 en Grecia que Mouffe recapitula de la siguiente manera:

One should not forget the riots in the suburbs in 2005, when young people went on a rampage for several days as a reaction to acts of police violence. They set fire to vehicles and destroyed public buildings, including schools and sport centres. Several pundits immediately tried to frame those events in religious or ethnic terms, concluding that they expressed a rejection of French society and values by Muslim immigrants. However, empirical studies later revealed the very mixed origin of the rioters,

Aquí es donde las plataformas transferenciales se revelan indispensables, pero lo mismo plantean una serie de retos prácticos, en torno a cómo por ejemplo comenzar a implementarlas de manera eficaz en orden a impulsar los procesos de reforma (“participatoria”) requeridos para la rehabilitación de los partidos y la política democrática, capaces de reinstalar una institucionalidad socialmente sincronizada y legítima: expansión federada, extensiva, inclusiva y participativa de las instancias vinculantes; mecanismos ciudadanos de revocación de mandatos y designación de candidatos; aparatos de control y fiscalización directos; iniciativa legislativa popular, etc. En cierta medida, la indecisión e inseguridad trasuntadas del Frente Amplio –la coalición que se plantea a sí misma justamente como alternativa al consenso pospolítico concurrente– para activamente mediar entre la calle y el parlamento a modo de servir de plataforma política transferencial extensa y diversificada de la protesta y el descontento social, ha fracasado en avanzar hacia formas legítimas de institucionalizar y simultáneamente hacerse parte del movimiento.

Por lo demás, la revuelta social recoge un caso paradigmático de articulación equivalencial y sobredeterminación hegemónica como formación emergente al interior de un campo gravitatorio excesivo de significados y afectos que la arrecian y rebalsan. A diferencia de los demás episodios masivos de protesta que han sacudido al país en las últimas dos décadas (de los estudiantes y las mujeres, además de diversos gremios y grupos ciudadanos) lo que trasciende es una descarga de descontento extendido y generalizado contra el modelo.

whose only common characteristic was their youth and the fact that they were unemployed and convinced that they had no future.

A similar episode happened in Greece in December 2008, when groups of young people engaged in several days of rioting. (...). There are sectors of the youth population whose interests are not taken into account by the current system of representation, and it is high time to find spaces within the liberal democratic framework for them to articulate their claims in a political way. This is what the Front de Gauche and Syriza in Greece are already trying to do.... (Mouffe, 2013a, p. 121).

Los decursos de estos movimientos, sin embargo, ya los conocemos. De aquí la defensa que presento, de una propuesta directriz de reconstrucción crítica del proyecto de política democrática radical mouffiano, que busca exponer y dar cuenta de sus principales limitaciones y deficiencias en el contexto neoliberal-posdemocrático vigente.

Las cadenas en ciernes que centran el campo, de tal manera “arreciadas y rebalsadas” por las iniciativas “intermedias”, más violentas, recién revisadas, y demás excesos heterogéneos (ya más o menos afectivos y autónomos) atraídos por el evento, devinieron rápidamente embebidas por las demandas, esta vez altamente concatenadas, de los distintos colectivos, grupos y gremios que habían venido sosteniendo luchas particulares con el Estado. Esta síntesis, que genera un núcleo hegemónico pulsante que se solidifica y expande, se valió de una colección variopinta y disgregada de símbolos. Comenzando con la consigna “¡evade!” (que se despliega, coreada, en el cántico “¡evadir, no pagar, otra forma de luchar!”) y dando inmediatamente paso a las de “Chile despertó”, “no son 30 pesos, son 30 años”, “renuncia Piñera”, “que se vayan los milicos de la calle”, “dignidad” y “no estamos en guerra”; la imagen de la cacerola y la cuchara; del “negro matapacos” y los ojos sangrantes, tapados o tachados; la canción “El derecho de vivir en paz” y la popularmente rebautizada “Plaza Dignidad”, por citar algunos de los ejemplos más prominentes y transversales de este alzamiento. Unos más bien inmediatos y circunstanciales, otros políticamente cargados de asociaciones históricas, nacionales; empapados de memoria.

Desde luego, las causas particulares también consiguieron universalizarse con un poder de sobredeterminación y atracción notable, por medio de figuras como el lema “No más AFPs” de los pensionados y la performance “un violador en tu camino” del colectivo feminista LasTesis³¹⁸. Mientras que, en el bando menos, por así decirlo, particular y concreto o efectivamente de base, la demanda de “Nueva Constitución” o, invariablemente, “Asamblea Constituyente” logra estratégicamente movilizarse e imponerse como el

³¹⁸ Una observación relevante que habría que traer a colación con respecto a la fuerza y prominencia demostradas por los movimientos feministas chilenos (reemergidos en mayo de 2018) en este levantamiento, remonta a la cuestión general –esto es, más allá de las deficiencias institucionales y otros factores históricos y contextuales específicos de la sociedad relevante– de que “*in post-industrial societies, many of the problems of (...) [working] people may be best articulated by women. They experience more keenly issues of work-life balance, of precariousness in the labour market, of deficiencies of care services, of the manipulation of consumers, though these are problems that men share too*” (Crouch, 2018, p. 136). Brown desarrolla un análisis perspicaz de esta materia en: *cf.* Brown, 2015, pp. 99-107. Una reflexión breve pero muy lúcida de la incidencia de este fenómeno en el factor antineoliberal (inédito) de la actual resurgencia feminista en Chile, puede leerse en: *cf.* Saavedra, 2018. Otra consideración interesante de tener en cuenta dice relación con las peculiaridades de los métodos de protesta desplegados por estos movimientos en la revuelta, a saber: creativos, no violentos, performativos-expresivos, visuales, verbalizados, etc.

principio articulador más radical y contrahegemónico (antineoliberal) de la movilización; y las asambleas y cabildos ciudadanos, a materializar el anhelo de una democracia más directa, descentralizada, vinculante, diversa, equitativa y popular.

Sin embargo, ningún partido logra legitimarse como mediador válido del movimiento. La desconfianza frente al acuerdo del proceso constituyente que consigue forjarse en el ex Congreso emerge justamente de sus deficiencias participatorias y el fracaso de los partidos afines para asumir y avanzar con respecto a esa exigencia y hacerse cargo de la crisis de representación perpetuada por esta deuda. Para asumir e insistir en la democratización que la movilización en sus diversas y creativas modalidades, y los cabildos informalmente, de manera insegura, extenuante y temporal, reivindican de hecho. En el sentido, esto es, de una legítima, efectiva y extensiva durabilidad institucional del poder y la participación populares. Ningún partido ha intentado, ni se ha propuesto, contra las fuerzas hegemónicas de competencia y fragmentación individualistas, transferencialmente movilizar la voluntad popular hacia procesos de reforma radical cuyo objeto conste en conferirle seguridad, durabilidad, transversalidad, coherencia, definición política y formalidad a aquella, en el sentido esencialmente contrahegemónico de la democracia “popular” reclamada. (Esto es, en la medida en que de lo que se trata no es, como en la fórmula hegemónica estándar del populismo, de un pueblo unido neto *versus* un enemigo/adversario común unificado: estas identificaciones son mucho menos definidas y claramente dicotómicas de lo que se las asume en la teoría. Los contenidos y sus bordes son difusos, inestables y dinámicos, heterogéneos y mutables, excesivos, incontenibles, etc. De aquí mi anterior recurso a la metáfora de un campo gravitatorio amplio y nebuloso en torno a un núcleo inseguro).

El proceso constituyente no es ni puede percibirse como la cura de todos los males sociales; el curso de acción conducente a la reforma participatoria de los partidos debe operarse en retroalimentación con los grupos sociales y la sociedad civil para influir en, y obtener una respuesta contundente desde, las decisiones constituyentes. El desarme de la dicotomía entre poder político y poder social consagrado por la dictadura militar³¹⁹ sólo

³¹⁹ Cf. Valdivia, 2011.

puede movilizarse constitucionalmente en el sentido radical-popular, contrahegemónico dispuesto, en sincronía con su materialización práctica, su retorno colectivo a las “alamedas” y los espacios públicos y comunitarios y al sistema político mismo, presionando contra la normalidad del modelo de posdemocracia neoliberal impuesto.

Una última cuestión que no puede dejar de considerarse en relación con el levantamiento social chileno vuelve justamente sobre la posibilidad de los acuerdos en un contexto de crisis del sistema político y social. La democracia agonista prescribe la institucionalización del ‘consenso conflictual’ como el marco normativo de la política, por lo que podríamos preguntarnos si no sería, acaso, justamente deliberación racional lo que se necesita en situaciones, como la actual, de hundimiento institucional latente.

El agonismo permite canalizar los conflictos existentes en la sociedad que en tiempos de rearticulación social se agravan; la tarea de los partidos debiera ser entonces buscar reconectar con la nueva realidad y renovarse en función de su emergencia, sin dejar a la vez de activamente mediar y movilizar a partir (del contenido político) de sus propias interfaces. Es esta habilitación transferencial la que legitima y torna, en mi opinión, posible enraizar la democracia en momentos de ruptura. Una democracia que no es, sin duda, meramente confrontación y discrepancia con respecto a los principios que encarna y el modo en que se la construye en el discurso y la práctica, sino, y por cierto, deliberación³²⁰, compromiso, prudencia y pragmatismo.

No se trata más del falso dualismo de consenso conflictual vs. consenso deliberativo; esta oposición pierde su asidero en la medida en que el agonismo deja de ser concebido como una “formalización” normativa de la arena política para pasar a significar la concreción institucional del caracterizado ‘movimiento-partido’. Tanto en cuanto base para la democratización sustantiva de la política oficial, así como la norma institucional mínima para aquella de otras instancias. En la medida en que apunta, más específicamente, a

³²⁰ “(...) *the place where it ought to be possible to reach agreement on a reasonable solution through argument and persuasion, while being aware that such agreement can never be definitive and that it should always be open to challenge*” (Mouffe, 1993, p. 130).

reivindicar la importancia de habilitar espacios de reflexión y debate en cuanto “puestas en común de las distintas experiencias” como fruto de la lección popular invocada en las calles, las distintas asambleas y los cabildos, ofreciéndoles, al mismo tiempo, la orientación, refuerzo y definición de un programa político. El ‘consenso conflictual’ tiene que ser un binomio; ninguno de los términos puede anular al otro. La tensión es inherente; pero de lo que debe, como he argüido, tratarse es de hacer al agonismo efectivamente más popular y democrático.

Mi impresión es que si los límites del proyecto populista originalmente gestionado en *Hegemonía*, develados por los casos aplicados de Syriza y Podemos³²¹ (y por los errores y fracturas declarados del Frente Amplio –y de la izquierda en general– en la actual coyuntura política y social chilena, en la medida en que tendrían un fundamento efectivo en la indecisión de la plataforma para seriamente aprovechar la oportunidad política de democracia popular atizada en las movilizaciones y cabildos), han de poder prospectivamente subvenirse, se requiere de la implementación de mecanismos de integración (*bottom-up*) de los movimientos heterogéneos de identificación de grupos y los afectos colectivos producidos³²² tal que suplementen las lógicas de construcción (contra)hegemónica. De una integración que de esta manera justamente los aleje de los rumbos antiinstitucionales y últimamente estériles adoptados por “*forms of protests like the Indignados in Spain or the various forms of ‘Occupy’*”³²³ –como Mouffe juiciosamente

³²¹ “It is in Greece and in Spain where we witnessed the first political movements implementing a form of populism aimed at the recovery and deepening of democracy” (Mouffe, 2018, p. 20).

³²² Y aunque, en efecto y significativamente, “Syriza’s initial victories stemmed in part from innovations in (...) party organizing: commitments to social movements, respect for movement’s autonomy, support of local solidarity networks, and enough involvement in institutions “to seem capable of transforming the balance of forces at the level of national political life” (Kouvelakis 2015)” (Dean, 2016, p. 26). Es decir, precisamente las implementaciones transferenciales y participatorias que recomiendo, últimamente “it seemed incapable of appreciating the need for activating party cadre to develop social capacities (...). Syriza (...) failed the most crucial democratic (...) test, of linking the administration up with popular forces (...). Syriza did not create the conditions [needed]” (Gindin, 2018, p. 58-63).

³²³ Mouffe, 2013a, p. 77. Cf. Mouffe, 2018, p. 19. La mayoría de los cuales comparten el rechazo

of representative democracy. Moreover, they also believe in the possibility for social movements, on their own, to bring about a new type of society where a ‘real’ democracy could exist without the need for the state or other forms of political institutions. Without any institutional relays, they will not be able to bring about any significant changes in the structure of power. Their protests against the neo-liberal order risk being soon forgotten (*loc. cit.*).

advierte y constituye el problema fundamental de *Crowds and Party*, donde el diseño transferencial se ofrece precisamente en respuesta–, pero también, y más atingentemente en relación con Syriza y Podemos, del caudillismo autocrático que tiende a verticalizarlos jerárquica y centralmente³²⁴.

Las solas dislocaciones y desafíos generados a raíz de las crisis evidentes y alargadas del proyecto hegemónico neoliberal vigente no bastan para crear por sí mismas las bases de la política democrática radical visualizada. La vieja, trasnochada y perennemente polémica relación teórico-práctica de horizontalidad y verticalidad, y la que el proyecto en cuestión introduce, de autonomía y hegemonía, deben ser constantemente repensadas y reinventadas; lo propio, la recreación aquí interpelada de la tríada de transferencia, participación y representación. El punto no es, como Mouffe busca blindar, atacar la representación, sino reivindicar, reforzar e institucionalizar su doble movimiento democrático, la identificación entre gobernantes (electos) y gobernados (bases ciudadanas), complementándola en una tarea que requiere de un enorme esfuerzo de malabarismo entre cautela y audacia, discreción y creatividad, gradualidad e iniciativa urgente, pragmatismo táctico y estrategia prospectiva. La brecha en Chile está abierta, con un histórico y tumultuoso proceso constituyente en marcha; pero su tiempo de vida es breve, y –aun cuando lograra renovarse– se desgasta³²⁵.

³²⁴ En efecto, como en el caso de Jean-Luc Mélenchon y el Frente de Izquierda mencionados en una nota anterior, en los de Pablo Iglesias con Podemos, y Alexis Tsipras con Syriza –cuyos populismos caudillistas Mouffe celebra– es, en una importante medida, el centralismo autocrático –unido a la brutal coerción económica de la Unión Europea en el caso griego– el que ha conllevado a la disgregación del poder popular del movimiento. En La France Insoumise, por otra parte, que Mouffe misma ha acompañado, Mélenchon ha –con mayor o menor éxito– procurado apoyar la práctica de una dinámica más horizontal y descentralizada, que busca distanciarse de la función tradicional de los partidos logrando atraer votantes “*who had previously voted for Marine Le Pen*” (Mouffe, 2018, p. 23). Quedará por ver si el colectivo logra institucionalizar ese balance a fin de movilizar democráticamente a los franceses en un sentido transversal, durable y, sobre todo, contrahegemónico. Mouffe pone la mirada también, con similares esperanzas, en el Bloco de Esquerda de Portugal y el partido alemán Die Linke (*cf. ibid.*, p. 21).

³²⁵ Quedará, así, por ver si la pandemia del covid-19 y las medidas y discursos del gobierno frente a esta, así como las transformaciones sociales y económicas a que esta conjugación conduzca, contribuirán a acentuar o, antes bien, a disipar esta brecha.

Liberación real

Por último, no quisiera concluir esta elaboración tentativa de una pauta de reconstrucción crítica, directriz, del proyecto de política democrática radical analizado, sin rápidamente contextualizarla en el mapa filosófico contemporáneo. Mi propuesta responde, después de todo, a un diagnóstico general acerca de una serie de tópicos de la teoría posmoderna-posestructuralista a la que la autora en consideración suscribe. Atendiendo, especialmente, a dos tendencias de su lectura: su hiperinflación formalista de la política, y los efectos mórbidos que desata para la política radical, relacionados con una concepción operativa equívoca de la dimensión cada vez más líquida, hegemónica y ubicua del capitalismo neoliberal. Es una inflación, de hecho, una hiperinflación, en la medida en que hace de la política, o de una *cierta* política, la *lógica* omnímoda de la realidad humana. Y es formalista, porque la *ontologiza* bajo una estructuración discursiva ‘diferencial-equivalencial’ que se desengrana de cualquier atisbo práctico de realidad empírica y de todo realismo que pretenda restituirle una materialidad exógena a la experiencia vivida.

Decía que esta inflación, o lo que anteriormente analicé en términos de un aplanamiento onto-epistémico general por lo político, sería además operada por una *cierta* política. Ya me he extendido lo suficiente en la demostración de este colapso de la política *tout court*, que se actualiza en el populismo como su forma *pura* o *auténtica*, con la política democrática liberal. La lógica hegemónica queda así reducida a esta lógica política. De aquí los “efectos mórbidos” para la política radical: si la política hegemónica sólo es legítimamente posible como política democrática liberal esto corre tanto para la ofensiva radical (que deja de ser ofensiva) como para la institución neoliberal (que deja de ser posdemocrática). Y de manera aún más general: si la política hegemónica describe la lógica hegemónica en general, todo y cualquier campo hegemónico se articula no sólo política sino discursivamente de acuerdo con la ontología formal del paradigma diferencial-equivalencial.

Desde luego, esto redundante en una comprensión contradictoria de la hegemonía capitalista neoliberal, cuya tendencia posdemocrática debe, de todos modos, seguir la lógica democrática de la articulación social. Similares contrasentidos ocurren con respecto a la

política contrahegemónica y el ‘populismo de derecha’ al que Mouffe se opone. Con respecto a la primera, porque acaba por reducirse a la política democrática liberal normal, traicionando su propio *ethos* radical; el *ethos* de la política democrática radical sin más. Con respecto al segundo, porque debe hacérselo calzar con las lógicas de la democracia liberal que precisamente revoca. Para qué hablar de los demás dominios onto-epistémicos cuyas prácticas están más alejadas de la política óptica, de la política como formalización institucional y normativa de la ‘sociedad’. Aunque podamos decir que los discursos hegemónicos de las ciencias o de cualquier otro campo del saber (en su práctica) dependen de ciertos procesos de síntesis articuladora de posiciones que logran imponerse, resulta absurdo convertir estas polémicas en la “estructura profunda” de la praxis científica sin más. La guerra de discursos, de formaciones discursivas, entre metarelatos incluso, no destila el terreno completo de la práctica; ni mucho menos.

Con respecto al populismo, que agrega a la mera síntesis articuladora de posiciones (más bien, identificaciones, como hemos visto) la fuerza de captura expansiva, paradigmática, del líder carismático que las proyecta contra un adversario discursivo, las inconsistencias de esta perspectiva se vuelven llanamente insostenibles. El populismo no es ni la lógica misma depurada e instrumentalizada de la política hegemónico-democrática en su núcleo prístino, ni una mera estrategia de construcción discursiva del “enemigo” democrático. Lo primero significaría una inversión paternalista y liminalmente autocrática de la democracia como autogobierno del pueblo. Lo segundo, una formalización fetichista de lo que no es ni puramente discursivo ni un objeto que personifica todos los males sociales, sino los agentes y grupos (la oligarquía político-económica) que impulsan la producción normativa-afectiva de la posdemocracia neoliberal hegemónica, cuyos artilugios afectan concretamente a las personas. De aquí que el populismo como estrategia de construcción hegemónica en mi perspectiva pase a ser algo lo suficientemente distinto como para merecer otro nombre: política democrática popular.

Es, pues, sobre esta base que introduzco, entonces, mi intervención, orientada precisamente a desinflar el idealismo formal que Mouffe avala, a partir de la restitución realista de una materialidad irreductible de la experiencia. Aunque es en los años contiguos

a la publicación de *Hegemonía*, en la segunda mitad de los ochenta, que los autores herederos –de un modo, incuestionablemente, original e idiosincrático– del llamado ‘giro lingüístico’ provocan las réplicas de sus contendientes materialistas (Ellen Meiksins Wood, Norman Geras³²⁶), es en la década siguiente y hacia finales de la subsiguiente, en los 2000, que se conforman sus dos grandes opositores del presente. Se trata de las corrientes englobadas bajo los paraguas, respectivamente, del giro afectivo y del giro realista de este siglo, el llamado realismo especulativo³²⁷.

En orden a situar mi reelaboración crítica con respecto a ellas, considero preciso antes referirme al estatus idealista de la ontología formalista que atribuyo al proyecto de la filósofa política belga una vez introducida la revisión de la dislocación (que, como hemos visto, obtiene un tratamiento cuando menos desafortunado en su obra). El ingreso de la tesis de la dislocación al relativizar el antagonismo expulsa al principio trascendental explícito de la teoría: la negatividad radical³²⁸. Pero con ello, en contraparte, no hace más que cerrar la dimensión discursiva en una inmanencia formalista, que es, en *realidad*, la estructura trascendental misma. Es decir que, al rechazar su principio real absoluto, en lugar de retraerse en el puro idealismo (de una realidad contingente, totalmente dependiente de nosotros), este sistema no hace sino, por así decirlo, reafirmar su realidad formal. La existencia, como opuesta a la construcción discursiva, no tiene nada que ver con nuestro mundo; pero esa estructura formal debe existir y ser real. Por eso, dictaminar que “nada se sigue de la existencia de las cosas”: (a) es contradictorio (debe existir al menos el discurso

³²⁶ Wood, 1986; Geras, 1988.

³²⁷ Título polémico acuñado con motivo de una conferencia que tuvo lugar en el Goldsmith Colledge, Londres, en 2007, para englobar el trabajo de los filósofos Ray Brassier, Ian Hamilton Grant, Graham Harman y Quentin Meillassoux, que plantean posiciones ontológicas y epistemológicas contrarias al correlacionalismo entre ser y pensamiento a la base del dualismo filosófico sujeto/objeto, y críticas del antropocentrismo que esa visión entraña al hacer del sujeto su centro.

³²⁸ Con base en el cual, los autores de *Hegemonía* podían afirmar que el movimiento “*away from idealism*” de su postura da cuenta de un panorama donde “*a world of fixed forms constituting the ultimate reality of the object (idealism) is challenged by the relational historical and precarious character of the world (materialism)*” (Laclau, 1990b, pp. 109-110). Una vez expulsado, sin embargo, dicho principio, “*the systematic weakening of form*” (*ibid.*, p. 111) que debía supuestamente seguirse de la demostración de ese carácter histórico, contingente, precario de lo real (fraguada a partir del psicoanálisis y la filosofía continental), necesariamente se revierte. No hay cómo detener ya la reducción de lo real a la forma; la materialidad, a un efecto estructural del propio discurso.

del que se sigue el mundo); (b) equivale últimamente a *menos* que suponerla nouménica (toda la realidad se reduce a la pura inmanencia)³²⁹.

El ingreso de los afectos como experiencia productiva hace trizas ese idealismo dualista impostado, obligando a repensar el *afuera* que está también en la experiencia, que pulsa en ella y la potencia. La materialidad que los afectos recuperan no sólo obliga a revisar las condiciones de posibilidad de la práctica (plano ontológico), sino a revalorar la irreductibilidad formal de la experiencia (plano estético-fenomenológico, o relativo a lo sensible y vivencial); su exceso positivo, no simbólico, como *producción* (plano óntico). Esta es la deuda que percibo en el giro afectivo: el haberle reinyectado sangre a la experiencia. (Por cierto, que tendió, sin embargo, a hacer bastante más que eso. No obstante, de seguirse por los ruedos de ese círculo, no se hace más que salir de la trampa formalista del constructivismo lingüístico para caer en otra con opuesto cebo. Mi intención ha sido simplemente mostrar, por el contrario, que así como no hay afectos puramente discursivos, no existen tampoco afectos materiales autónomos: inmediatos, fundacionales, meramente naturales. La experiencia no es exenta, pero tampoco discursiva de un extremo al otro).

Romper, en este proyecto, con la inmanencia significa romper también con la trascendencia, o al menos con la alteridad radical. Lo discursivo no se impone como una realidad omnímoda y primera, exhaustivamente antropocéntrica; no agota, en todo caso, nuestra relación práctica con las cosas. “La casa del ser” o la “cárcel del lenguaje” no tiene piso ni techo — quizás no haya expresión que ilustre de mejor manera las implicancias del desbordamiento realista que orienta la reconstrucción crítica que sugiero.

³²⁹ En el caso del nómeno lo que se tiene es una consideración de su existencia, aunque sea imposible conocerla, y con ello se descarta la posibilidad tanto del puro inmanentismo, como de una ontología general. En tanto que la presente ontología discursiva ofrece una ontología general inmanentista precisamente porque no admite dicha consideración (no remite siquiera a una estética formal, en el sentido de una teoría del conocimiento sensible): de lo que se trata es de una pura alteridad radical, *absolutamente* dualista. Es decir que lo que se tiene no es un idealismo epistemológico, como en Kant, sino una suerte de idealismo ontológico formal. En que la realidad no es sólo epistemológicamente dependiente del discurso, sino ontológicamente: queda reducida a la estructura formal, trascendental, absoluta de aquel. Si allende esta estructura, además, hay algo, “*nothing follows from this existence*” (Laclau, 1990b, p. 111).

BIBLIOGRAFÍA

BOUCHER, Geoff (2008). *The Charmed Circle of Ideology: A Critique of Laclau & Mouffe, Butler & Žizek*. Melbourne: re.press.

BROWN, Wendy (2015). *Undoing the Demos: Neoliberalism's Stealth Revolution*. Nueva York: Zone Books.

CANETTI, Elias (1960). *Crowds and Power*. Nueva York: Continuum, 1995.

CASTRO, Ernesto (2011). *Contra la Postmodernidad*. Barcelona: Alpha Decay.

CHANDLER, David (2003). "New Rights for Old? Cosmopolitan Citizenship and the Critique of State Sovereignty", *Political Studies*, vol. 51, nº 2, pp. 332-349.

CROUCH, Colin (2018). "Post-democracy and Populism", *The Political Quarterly*, vol. 90, nº 1, pp. 124-237.

_____ (2000). *Post-Democracy*. Cambridge: Polity Press, 2004.

DARDOT, Pierre & LAVAL, Christian (2016). *La pesadilla que no acaba nunca: el neoliberalismo contra la democracia*. Barcelona: Gedisa, 2017.

_____ (2009). *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa, 2013.

DEAN, Jodi (2016). *Crowds and Parties*. Londres: Verso, 2018.

_____ (2010). *Blog Theory: Feedback and Capture in the Circuits of Drive*. Cambridge: Polity Press.

DECREUS, Thomas; LIEVENS, Matthias & MOUFFE, Chantal (2011). "Hegemony and the Radicalization of Hegemony: An Interview with Chantal Mouffe", *Tijdschrift voor Filosofie*, vol. 72, nº 4, pp. 677-699.

- DELEUZE, Gilles (1978). "Lecture Transcripts on Spinoza's Concept of *Affect*", *Cours Vincennes*, Deleuze, E., Deleuze, J. (eds.). Recuperado de: <http://www.webdeleuze.com/php/sommaire.html> [10. 9. 2019].
- ERREJÓN, Íñigo & MOUFFE, Chantal (2015). *Construir pueblo: hegemonía y radicalización de la democracia*. Icaria: Barcelona.
- FOUCAULT, Michel (2004). *Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007.
- FRANK, Adam & SEDGWICK, Eve Kosofsky (1995). "Shame in the Cybernetic Fold: Reading Silvan Tomkins", *Critical Inquiry*, vol. 21, nº 2, pp. 496-522.
- FREUD, Sigmund (1921). "Group Psychology and the Analysis of the Ego", *The Standard Edition of the Psychological Works of Sigmund Freud*, vol. XVIII. Londres: Vintage, 2001.
- GERAS, Norman (1987). "Post-Marxism?", *New Left Review*, nº 163, pp. 40-82.
- GINDIN, Sam & PANITCH, Leo (2018). *The Socialist Challenge Today: Syriza, Sanders, Corbyn*. Londres: The Merlin Press.
- BUDGEN, Sebastian & KOUVELAKIS, Stathis (2015). "Greece: Phase One. An interview with Stathis Kouvelakis", *Jacobin*. Recuperado de: <https://www.jacobinmag.com/2015/01/phase-one/> [10. 10. 2019]
- LACLAU, Ernesto (2006). "Por qué construir al pueblo es la principal tarea de una política radical", *Debates y combates: por un nuevo horizonte de la política*. Buenos Aires: FCE, 2008.
- _____ (2005). *La razón populista*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- _____ (2004). "Glimpsing the Future: A Reply", *Laclau: A Critical Reader*, Critchley, S. & Marchart, O. (eds.). Nueva York: Routledge.

- _____ (2000). "Identity and Hegemony: The Role of Universality in the Constitution of Political Logics", *Contingency, Hegemony, Universality*, Butler, J., Laclau, E. & Žižek, S. Londres: Verso.
- _____ (1999). "Politics, Polemics and Academics: An Interview by Paul Bowman", *parallax*, vol. 5, nº 2, pp. 93-107.
- _____ (1990a). *New Reflections on the Revolution of Our Times*. Londres: Verso.
- LACLAU, Ernesto & MOUFFE, Chantal (1990b). "Post-Marxism without Apologies", *New Reflections on the Revolution of Our Times*, Laclau, E. Londres: Verso, 1990.
- _____ (1985)*. *Hegemonía y estrategia populista: hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- LACLAU, Ernesto & ZAC, Lilian (1994). "Minding the Gap: The Subject of Politics", *The Making of Political Identities*, Laclau, E. (ed.). Londres: Verso.
- LORDON, Frédéric (2008). *Los afectos de la política*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2017.
- MACPHERSON, C. B. (1977). *The Life and Times of Liberal Democracy*. Oxford: Oxford University Press.
- _____ (1964). *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*. Nueva York: Oxford University Press.
- MARCHART, Oliver (2007). *Post-Foundational Political Thought: Political Difference in Nancy, Lefort, Badiou and Laclau*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- MASSUMI, Brian (1995). "The Autonomy of Affect", *Cultural Critique*, vol.106 , nº 31, pp. 83-109.

- MAZZOLINI, Samuel & MOUFFE, Chantal (2019). “La apuesta por un populismo de izquierda. Entrevista a Chantal Mouffe”, *Nueva Sociedad*, nº 281, pp. 129-139.
- MILL, John Stuart (1859). *On Liberty*. Nueva York: Yale University Press, 2003.
- MOUFFE, Chantal (2019). “Centrist politics will not defeat Boris Johnson’s rightwing populism”, *The Guardian*. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2019/oct/01/centrist-politics-boris-johnson-rightwing-populism> [5. 10. 2019]
- _____ (2018). *For a Left Populism*. Londres: Verso.
- _____ (2016). *Política y pasiones: el papel de los afectos en la perspectiva agonista*. Valparaíso: Universidad de Valparaíso.
- _____ (2013a). *Agonistics: Thinking the World Politically*. Londres: Verso.
- _____ (2013b). “An Interview with Chantal Mouffe”, en *Chantal Mouffe: Hegemony, Radical Democracy and the Political*, Martin, J. (ed.). Abingdon: Routledge, p. 228-236.
- _____ (2005). *On the Political*. Londres: Routledge.
- _____ (2000). *The Democratic Paradox*. Londres: Verso.
- _____ (1993). *The Return of the Political*. Londres: Verso.
- _____ (1992). “Citizenship and Political Identity”, *Oktober*, vol. 61, pp. 28-32.
- _____ (1990). “Radical Democracy or Liberal Democracy?”, *Radical Democracy: Identity, Citizenship and the State*, Trend, D. Nueva York: Routledge, 1996.
- PANNIKAR, Raimundo (1982). “Is the Notion of Human Rights a Western Concept?”, *Diogenes*, vol. 30, nº 120, pp. 75-102.

- SAAVEDRA, Valentina & TORO, Javiera (2018). “La revuelta feminista: de la lucha de las mujeres a la lucha por una nueva sociedad”, *Mayo feminista: la rebelión contra el patriarcado*. Santiago: LOM ediciones.
- SPINOZA, Baruch (1677). *Ética demostrada según el orden geométrico*. Madrid: Orbis, 1980.
- STAVRAKAKIS, Yannis (2014a). “Discourse Theory, Post-Hegemonic Critique and Chantal Mouffe’s Politics of the Passions”, *parallax*, vol. 20, n° 2, pp. 118-135.
- _____ (2014b). “Hegemony or Post-Hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real”, *Radical Democracy and Collective Movements Today*, Katsambekis, G. & Kioupiolis, A. (eds.). Nueva York: Ashgate.
- _____ (2007). *The Lacanian Left: Psychoanalysis, Theory, Politics*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- _____ (1999). *Lacan and the Political*. Londres: Routledge.
- VALDIVIA, Verónica (2011). “Al rescate del Municipio. La síntesis ideológica de la dictadura pinochetista”, *Dossier Chile*, n° 8, pp. 108-133.
- VARGAS, Roberto (2019). “La implosión de la ciudad neoliberal”, *Pléyade*. Recuperado de: <http://www.revistapleyade.cl/la-implosion-de-la-ciudad-neoliberal> [27. 12. 2019]
- VILLALOBOS-RUMINOTT, Sergio (2002). *Hegemonía y antagonismo: el imposible fin de lo político. Conferencias de Ernesto Laclau en Chile, 1997*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- WOOD, Ellen Meiksins (1995). *Democracy Against Capitalism: Renewing Historical Materialism*. Londres: Verso, 2016.
- _____ (1986). *The Retreat from Class: A New “True” Socialism*. Londres: Verso.

WRIGHT, Eric Olin (2010). *Envisioning Real Utopias*. Londres: Verso.

ŽIŽEK, Slavoj (1987). “Beyond Discourse-Analysis”, *New Reflections on the Revolution of Our Times*. Londres: Verso, 1990.

ZOLO, Danilo (1997). *Cosmopolis: Prospects for World Government*, Cambridge, Polity Press.

*El uso de esta edición en español en lugar de la original en inglés, responde a que se trata de la traducción de Soledad Laclau, atentamente revisada por Ernesto Laclau. Lo mismo sucede con los casos de *La razón populista* y *Debates y Combates*.